

The Library
of the
University of North Carolina



This book was presented
by
The Rockefeller Foundation



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



10000476931

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

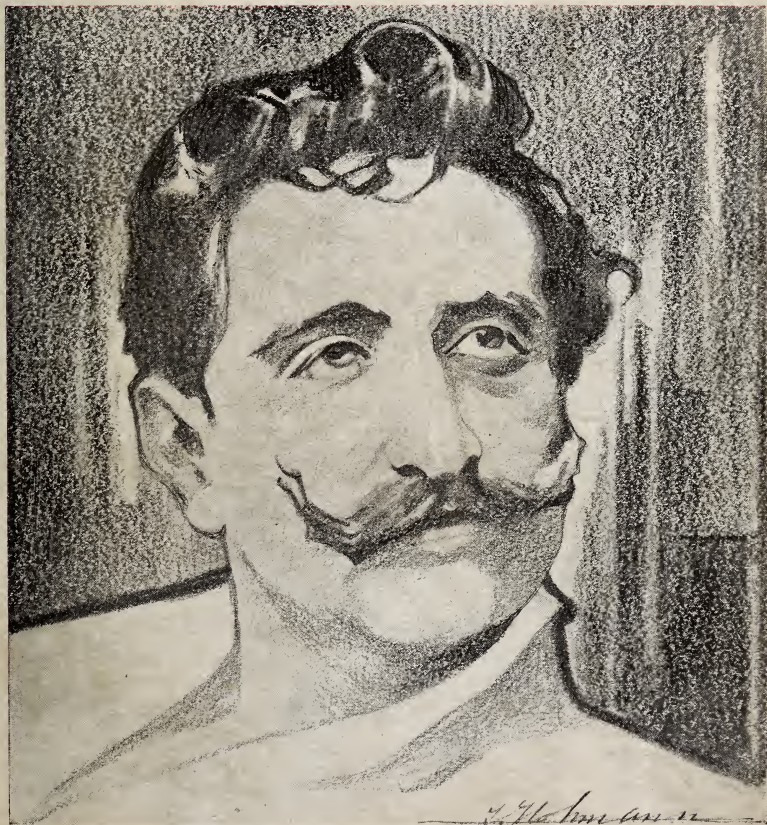
AUG 05 1992

~~_____~~ MAR 30 '99

JUN 26 1997

~~_____~~ JUN 30 '9

Crónicas Argentinas



ALBERTO GHIRALDO



Digitized by the Internet Archive
in 2014

<https://archive.org/details/cronicasargentino00ghir>

CRÓNICAS ARGENTINAS

ALBERTO GHIRALDO

F 2810
• G45
1912

CRÒNICAS ARGENTINAS



BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO E. MALENA, SAMPIENTO 2021

1912

SPC
Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

898 2

1342 CT

111

CRÓNICAS ARGENTINAS

BALANCE SOCIAL DE UN PUEBLO

Tomas de agua

Hay en uno de los más celebrados dramas de Ibsen, un grande y noble personaje, el doctor Stockman, médico de una empresa de baños en una población reducida, que, atraído por un amor irresistible á la verdad, denuncia á sus convecinos un peligro público inminente: el envenenamiento de la toma de agua de los baños.

Al hacer su descubrimiento el doctor Stockman acude al diario que en el pueblo pasa por independiente y liberal, — una «Sirena» cualquiera, más ó menos sonora, de esas que llaman á sus suscriptores con muchas frases de efecto, tal como en las

plazas públicas los vendedores de baratijas á la incauta clientela.

En el primer instante esa prensa... independiente acoje en sus columnas la denuncia de Stockman porque cree encontrar en ella un filón lucrativo. Pero, pasado el estupor consiguiente, destituido por inepto ó perjudicial el médico de los baños, combatidas las ideas del mismo por elementos interesados directamente en el negocio, entre los cuales se encontraba el propio hermano de Stockman, otros parientes cercanos y la mayor parte de sus amigos, poseedores todos de acciones de la gran empresa, cuya fundación se proclamó como el mayor adelanto material alcanzado en la localidad, el diario liberal no titubeó en negar espacio para su defensa al valiente médico que, á costa de su bienestar y el de los suyos, daba su voz de alerta en un asunto donde especuladores criminales negociaban con la salud de todo un pueblo.

No pudiendo hacerse oír desde los diarios, el bravo Stockman sale á la calle á gritar su verdad y en una asamblea pública, convocada por él es rebatido por los principales y más ricos hombres de la comarca, — accionistas todos, naturalmente, de la empresa, — y cuyas frases son escuchadas por el cándido auditorio como si fueran la encarnación del bien y la justicia. Stockman era un mal hombre que, con fines in-

confesables, quería el descrédito y la ruina de una empresa, que, sin escatimar sacrificios, había hecho más por el adelanto del pueblo que todos los sabios juntos, validos, como el presente, (de los conocimientos, y del prestigio que sus títulos les daban para mistificar perturbando el criterio de la mayoría. ¡ Pero allí, para detener la obra devastadora iniciada, estaban ellos, hombres insospechables, cuyos dineros y cuyas vidas habían estado siempre al servicio de la comunidad! ¿ Podía alguien dudar de sus afirmaciones? ¡ Por su honor juraban! Las aguas (de los baños eran tan insospechables como ellos. (¡ Así estaban las aguas!) Pedían, pués, que, en presencia de tan alta traición, el doctor Stockman fuera considerado, declarándolo así en asamblea, como «un enemigo del pueblo», cosa que se llevó á cabo (entre el aplauso de la concurrencia y los anatemas de los más fuertes accionistas de la empresa de baños. Puesta á votación la moción el doctor Stockman sólo tuvo un voto á su favor. ¡ Era el voto de un borracho!... Y esa noche el doctor Stockman fué apedreado hasta en su propia casa.

Los Stockman argentinos

El símbolo de Ibsen en el drama que me ocupa tiene, por cierto, aplicación muy oportuna en nuestro actual ambiente. Va-

rios son ya los Stockman calificados, entre nosotros, como enemigos del pueblo por los empresarios argentinos de toda clase de baños, con el asentimiento de una mayoría tan ignorante como timorata. Bien sabemos que en esta tierra todos, ó casi todos, mejor dicho,—hay escepciones consoladoras,—los que han denunciado el envenenamiento de las aguas públicas han corrido, poco más ó menos, la suerte del bravo médico.

Pero aún á riesgo de caer en zonas de dolor y de tinieblas seamos como Stockman y la verdad sea dicha. 'Que el que engaña envenena las fuentes de la vida!

Hablemos, pués, del caso local que tan de cerca nos atañe, del caso de nuestros baños, revelando sin temores el verdadero estado de sus tomas de agua.

A. igualdad de factores ...

Se ha dicho hasta el cansancio,—la prensa conservadora lo ha hecho en una forma desesperante,—que en la Argentina no hay cuestión social, que no existen en ella los motivos que en Europa, allá en los vestutos países, constituyen el malestar de las clases productoras. Asombra la ignorancia pero indigna el empeñamiento en esa misma ignorancia, por cuanto uno se encuentra forzado á pensar que tales afirmaciones responden sólo á móviles mezquinos de interés personal, exclusivamente comerciales;—ya que la

verdad se ha puesto de relieve, iluminándola con luz tan fuerte y tan pura que bien podría en esta ocasión aplicarse la frase corriente aquella: «hasta los ciegos la ven». Hay mala fé entonces.

Cantidades determinadas, cantidades iguales no pueden dar sino idénticos resultados. Hemos imitado todo. Hemos seguido á pié juntillas, las huellas del europeo. Espíritus rutinarios, no hemos hecho más que transportar á estas fértiles tierras los sistemas implantados allende el mar, muchos de ellos en desuso ya y hasta carcomidos. En política, en economía, en religión, en costumbres sociales, hasta en modas, no hemos sido sino tristes, lamentables imitadores. Y después pretendemos,—digo mal, pretenden ellos,—que los mismos sistemas políticos, la misma explotación económica, la misma organización social, en fin, que tan desastrosa situación ha creado, en el continente viejo al pueblo que trabaja y produce, dé, entre nosotros, un resultado distinto. ¡Esto sí que es pedir peras al olmo! Claro está, que en política, aquí como en Europa, es casi siempre el más audáz ó el más cínico, el más charlatán ó el más poderoso, el que ocupa el puesto público, el que vá al sillón legislativo, al tribunal judicial, ó ciñe la banda del primer magistrado. En economía ahí tenemos, aquí, como en Europa, al obrero de taller ó al que siembra los

campos, tiranizado en la misma forma por el terrible régimen capitalista imperante, sometido por la ley del salario, á la ambición y al capricho del amo: el moderno señor feudal criollo, en la Pampa ayer libre; el dueño de fábrica, el incansable pulpo absorbente de vida urbana, en la ciudad moderna febril y egoísta. Y á iguales males, iguales remedios. Por eso es que en el bello suelo de América ha aparecido ya lo que esa misma prensa mencionada ha dado en llamar «flor exótica» y otras lindes por el estilo.

Ahora si pasamos á los sistemas de educación en vigencia, á la constitución de la familia, á las costumbres y usos, no podremos sino decir que todo lo que á ello atañe es servil remedo.

¡Y hemos de pretender que las consecuencias, que los resultados sean distintos á los sumandos europeos siendo iguales, absolutamente iguales los factores!

Un parangón

«Adelante, señores rusos. Pasen ustedes y se hallarán como en su casa». La frase del caricaturista, puesta hace algún tiempo, en boca de un presidente argentino y dirigida á los inmigrantes rusos desde la portada de una de nuestras revistas populares, resulta algo más que una picante ironía.

Lanzada así, como un simple alfilerazo dirigido á herir las prácticas absurdas de una autoridad ofuscada por delirios de prepotencia, ella ha tenido la virtud de resonar con ecos firmes,—tal una ~~flagrante~~ y amarga verdad, capaz de dejar huellas hondas en los cerebros pensantes.

Veámos el porqué. La analogía de situaciones entre el más autócrata de los imperios y la más libre república en la letra de su constitución, es hoy desconsoladora. Y no es el caso de hablar de un hecho momentáneo, factible de transformación inmediata, gracias á un cambio de hombres en el timón del gobierno. La analogía radica en la misma fuente de vida de ambos pueblos, en la raíz del mal, en su origen económico por así decir, y que, bien mirado, mejor dicho, observado, ha traído lo restante, la consecuencia, el efecto, contemplado naturalmente como causa por la mayoría, expuesta siempre á esta clase de confusiones.

Al caso. El mal económico-social que aflige á Rusia es debido al acaparamiento de la tierra ejercido por una casta que, lógicamente, se encuentra al frente de los destinos del pueblo. Tolstoy, la gran voz de aquél, ha llegado á decir: «resuélvase el problema de la tierra y estará resuelto todo». Y así nosotros.

En la Argentina otra voz, la de Vélez Sarsfield, se alzó hace más de cuarenta años,

previando el peligro. Llegó á afirmar la conveniencia de devolver el dinero á los especuladores, á los concesionarios, impidiéndose el acaparamiento de la tierra pública que no debía tener dueños, es decir, no debería tener otros dueños que los que la trabajaran.

La voz no fué atendida y hoy el mal argentino, idéntico al mal ruso, se ha agravado en tal forma que, sin exagerar un ápice, podríamos, para caracterizarlo, repetir con más propiedad que nunca una gastada cláusula, pero no por gastada menos exacta: la cuestión es de vida ó muerte.

Ahora un dato elocuente por sí solo y que nos economizará tiempo y lábia: en la Argentina existen familias poseedoras de mil doscientas leguas de territorio, suficientes por sí solas para abastecer un pueblo entero.

Y ya que deseamos ser concisos y gráficos porque así lo exigen estas páginas, recurramos también á informaciones telegráficas recientes, tan rápidas como significativas, recogidas en la prensa diaria y que completan nuestro pensamiento respecto á la suerte por demás precaria reservada actualmente en este suelo ubérrimo al brazo productor que arriba lleno de sangre, músculo y esperanza:

—«Entre Ríos, Abril 1911».—Se nota marcado interés por colocar campos para agri-

cultura, pero los colonos resisten las exigencias que los terratenientes pretenden imponer, resistencia, bien justificada, dado el mal año agrícola anterior y las dificultades que se presentan actualmente, lo que hace que el colono exija con justicia mayor desahogo.

Si no bajan los arrendamientos y no se auxilia en forma eficaz á los colonos quedarán muchos campos desocupados desde que también la ganadería ha tenido sus quebrantos.

— Un grupo de familias con un total de doscientos hombres, agricultores de profesión, se ha presentado al gobierno uruguayo solicitándole tierras y facilidades á fin de trasladarse desde su actual residencia (Entre Ríos) á la vecina república».

—«Santa Fe, Colonia Matilde. — Los húngaros de que hablé en mi anterior se han ido al fin con los pies fríos y la cabeza caliente. A uno les pagaron la mitad de lo que les debían, y á otros nada.

Arreglamos aquí de modo que salieran una vez por todas de la penosa situación en que se encontraban, dirigiéndose al Rosario, en donde su cónsul tal vez los socorrería. Por lo demás la acción administrativa en lo concerniente á la inmigración, brilló por su ausencia.

Me sorprendió mucho encontrar entre esas pobres gentes, personas cultas y educa-

das. Eran hombres sanos, robustos, fuertes y perfectamente morales. Es, de veras, una lástima que de entrada en el país hayan recibido la tremenda impresión que llevan, y que se ha condensado en las cartas que todos ellos han escrito á su tierra, á sus parientes y amigos, refiriéndoles lo que les ha pasado y suplicándoles les envíen fondos para pagar el pasaje de vuelta.— «La Nación» de Buenos Aires.

Cuando se sabe que en la Argentina, país que cuenta hoy seis millones escasos de habitantes, con extensión sobrada para albergar á una cantidad cincuenta veces mayor, ocurren casos tan formidables, necesario es convencerse del desbarajuste económico-social á que aludimos ó reventar sin decir esta boca es mía, por temor al estado bárbaro presente, con ley de defensa social de por medio, ó á alguno de sitio, doblemente bárbaro, si eso es posible, por venir, . . .

Conocemos infinidad de hechos parecidos que han tenido por escenario las colonias de Córdoba y Santa Fe donde los vecindarios han realizado colectas destinadas á repatriar inmigrantes sin trabajo. Los repatriamos, decían aquéllos, porque de lo contrario nos veríamos en la obligación de darles de comer. . .

En cambio. . .

Escuchad. Terratenientes colosales existen,—al par de los rusos, ya está proba-

do,—que ni se preocupan en arrendar sus propiedades á la espera de que los linderos las valoricen. Jamás han tenido una sola iniciativa en favor de la colectividad, nunca un rasgo de inteligencia tendiente á dar frutos en pró de un país fértil, rico, esplendente sí, pero detenido en su desarrollo por inacción, por desidia, acompañadas ambas de un espíritu de lucro y acaparamiento rayano en la megalomanía poseedora y la crueldad estéril, inhábil y contraria á la expansión y verdadera grandeza de la raza.

Y el espejo de que hablamos, aunque distante, nos refleja con la exactitud suficiente para inclinarnos á la meditación. ¿Escarmentaremos alguna vez en cabeza ajena? Lo dudamos, pese á que el ejemplo de Rusia es de aquellos dignos de tenerse en cuenta.

El brazo criollo

Medios de explotación idénticos, fórmulas industriales y capitalistas igualmente vetustas, aunque este fuera un país nuevo no podían dar, lógicamente, sino resultados conocidos. Pensar en otra forma no era pensar...

Ahora nos azoramos ante el problema. ¿Por qué?

Falta de serenidad, carencia de observación y miedo á las ideas. He ahí el hecho.

Este es un país rico y nuevo se ha grita-

do hasta el cansancio, en cuyo cielo no pueden presentarse las sombras agobiantes de las regiones europeas. Aquí no hay cabida para esas ideas que como un viento de fuego soplan hoy en continentes ancianos. Aquí la vida se expande libre como la luz gloriosa y pura del sol de Mayo. Aquí...

Aquí el trabajador nativo, el brazo criollo descendiente directo de «los que forjaron la patria», es exprimido, es disecado como un fruto cuya corteza sólo ha de servir para abonar el surco. ¿Se conoce bien la situación del peón de campo correntino, esquilado al extremo de abonársele jornales de treinta centavos? ¿La del cosechero de caña en Tucumán, donde el dolor llega al colmo, sometiéndose al castigo del látigo y del cepo como al antiguo paria? ¿Se conoce bien la situación del mil veces desgraciado indio, explotado en el obraje del litoral en condiciones desconocidas aun en la misma Rusia? ¡Bah!

El país es rico, el país es nuevo, ¿quién lo niega? Pero, ¿y los sistemas?

¡Son centenarios y son pobres! Hay, pues, que cambiarlos ó aguantar....

Y esto no lo ha dicho Tolstoy, pero lo decimos nosotros. No es lo mismo, pero es verdad. Y dicho queda....

Los jornales

A cada rato se pretende hacer valer en contra de los que proclaman ideas nuevas de reivindicaciones proletarias, argumentos tan infantiles como este: en la Argentina los jornales son tres, cuatro veces superiores á los extranjeros.

Para rebatir este aserto vamos á proceder primero á una demostración matemática, por así decir, dando en cifras exactas el precio, relativamente irrisorio, por el cual el obrero vende hoy su inteligencia y su brazo.

Veamos:

Albañiles, ganan \$ 2.80 á 4 por día y trabajan 10 horas; peones albañiles, 2 á 2.50 por igual número de horas; carpinteros, 3 á 4.50 trabajando 10 horas en verano y 9 en invierno; fundidores, 3 á 4 íd., íd.; ebanistas, 3.50 á 5 íd., íd.; estibadores, 4.00 por 9 horas de trabajo; peones de barracas y depósitos, 2.50 á 3; herreros, 3 á 3.50 por 10 horas en verano y 9 en invierno; peones de íd., 2 á 2.50 igual número de horas; pintores, 3 á 3.50; molineros, 2.50 á 3.50 por 10 y 11 horas; tipógrafos, 100 á 120 por mes y 8 horas de trabajo; trabajo nocturno, 55 á 60 por mes, medias plazas; encuadernadores, 100; ponepliegos, 70; impresores, 120; conductores de máquinas, 90 á 120; foguistas, 90 á 100; conductores de carros, 60 á 80,

10, 11 y 12 horas; panaderos, 40 á 45 (con comida), 11, 12 y 13 horas; caballerizos, 80 por mes; peones id 70; cocheros de rémise, 120; cocheros de particulares, de 120 á 150; obreros marítimos en vapores de 1^a: cocineros de 1^a. por mes 120, de 2^a, 90; peones, 40; mozos, 35; en vapores de 2^a, cocineros de 1^a. 100; cocineros de 2^a, 80; peones 40; mozos 30; en vapores de carga: cocineros. 60; peones, 25; mozos, 25; cabos fogoneros en general, 85; cabos fogoneros de carga, 80; fogoneros, de 75 á 80; carboneros, 60; marineros y bodegueros, 60; marineros de lanchas, remolcadores y pontones, 55. Horario general para éstos: de 6 a. m. á 6 p. m. Pintores: pintores, de liso, de 4 á 5 \$; pintores letristas, de 5 á 6; pintores decoradores, de 5 á 6; oficiales albañiles, 4, 4.50, 4.60, 4.80 y 5; frentistas de 6 á 8; peones, de 2.50 á 3; oficiales carpinteros, .5 \$; medio oficiales, 4; barrenderos, 55 al mes; mecánicos en general, 5 á 6 \$; mecánicos de precisión, 65 centavos por hora; aprendices de 5 á 10 centavos por hora; oficiales bronceros, 5.50; aprendices, 5 á 10 centavos por hora; yeseros: oficiales, 7; medio oficiales, 4; moldeadores, 3 á 5 \$; mosaistas, á destajo 4 á 5 \$ diarios; empajadores de damajuanas, á destajo, 4.50 diarios; sastres, 100 \$ mensuales, término medio; planchadoras de taller, 2 á 2.50;

costureras de registro, 1 á 1.50 por día ; modistas, 2 á 2.50 por día ; obreros del puerto en general, 4 \$ diarios.

Ahora bien ; se dice que el obrero gana entre nosotros un jornal tres, cuatro veces superior al extranjero, porque se tiene la ingenuidad de hacer la comparación convirtiendo á francos ó á liras el jornal sin tener para nada en cuenta la equivalencia de la moneda en productos. Este argumento como decimos, es infantil. Con un franco en Francia un obrero hace lo que con un peso aquí. En Italia pasa análoga cosa con la lira, y en España con la peseta. Cualquiera de estos tipos de moneda equivale, pues, al nacional. Si con dos francos un obrero puede vivir un día en París, mientras que en Buenos Aires, no puede hacerlo con un nacional y ochenta centavos ó sean cuatro francos aproximadamente, preferirá sin duda poseer los dos francos en París, á los cuatro en Buenos Aires. Esto es bien lógico, por cierto.

Según los datos de referencia podemos calcular que el promedio de la generalidad de los jornales es, en los emporios comerciales de la república, de 3 á 4 pesos.

Para demostrar que de ningún modo estos jornales responden á las necesidades más perentorias del obrero, obtengamos en seguida el promedio de sus gastos. Imaginemos una familia de tres personas, ca-

so excepcional en la familia obrera. Pagan por una mala pieza, \$ 30. Por comida, muy sobria y sin vino, \$ 50. Por vestido, calzado, etc., \$ 20. Imprevistos, \$ 10. Total: 110 \$. Calculad que durante un mes se enferme alguien, la mujer, el hijo, (pensar en que él, el hombre, se enferme, no hay para qué: eso equivaldría á morir), y decidme si no es verdad que también entre nosotros la vida del pobre obrero es, hoy por hoy, una maldición.

Problemas agrarios

He hablado de la vida del obrero de vapor; del explotado al aire libre, bajo el sol ller. Quiero volver á ocuparme detenidamente del hombre que trabaja en el campo fecundo. No es mi ánimo impresionar al público lector trayendo á colación cuadros dramáticos de desolación y miseria. Solo he de poner de relieve verdades que he llegado á penetrar después de algunos años de observación y experiencia.

El campesino en la Argentina, el colono extranjero y el agricultor de Santa Fe, así como el peón criollo de Corrientes y el cosechero de caña de las provincias del norte, se encuentran en peores condiciones, si cabe, que el mismo mujick ruso de quien nos habla Tolstoy con frases tan elocuentemente tocantes.

Para la mayoría no es por cierto un

misterio el sistema de explotación empleado por los terratenientes argentinos. Durante la época de las cosechas en las provincias agricultoras, los jornales varían, es verdad, entre 3, 5 y hasta 8 pesos, pero es preciso tener en cuenta que los meses de labor, y eso cuando el tiempo ayuda, no constituyen sino una cuarta parte de año.

No hay tampoco que hacerse ilusiones respecto á la superioridad del jornal, por que con artimañas, y farsas de la peor índole los grandes empresarios llegan á reembolsar un 20, un 30 y hasta un 50 por ciento del jornal dado al obrero. Para ello se le obliga, dándole vales descontables en productos, á surtirse en las casas de comercio (almacén de comestibles, ropería, botica, etc.) administrados por los mismos empresarios.

A propósito del desgraciado paria correntino sólo daré un dato de elocuencia abrumadora. Su sueldo mensual varía entre 9 y 12 pesos como máximo, sobre el zoquete de carne, el puñado de yerba ordinaria y la dedada de tabaco con que se les envenena á diario.

Por una parte el acaparamiento de la tierra, formidable, colosal, en esta república, como ya lo hemos demostrado, acaparamiento realizado con el único objeto de especular sobre la palorización que la mis-

ma adquiriera con los años; y por otra la consecuente falta de iniciativa en la casi totalidad de los acaparadores,—al extremo de no existir una mísera escuela agrícola fundada por particulares dueños de campo,—han tornado imposible la vida del trabajador rural.

Para probar la importancia que este problema encierra bastaría con decir que él ya preocupa seriamente á los mismos órganos de opinión conservadora, según se desprende de la siguiente nota editorial publicada en un número de «Sarmiento» de Buenos Aires, correspondiente al mes de Abril reciente:

«El mal que aqueja á la República Argentina es la extensión. Gobernar es poblar.

Tal es la forma en que han planteado y resuelto la ecuación de nuestros problemas agrarios los dos espíritus más poderosos que hayan actuado en la organización definitiva de la república. Y es agradable ver, cómo estos dos espíritus tan contradictorios entre sí, se complementan en el anhelo del bienestar común y en la clara noción de los medios en que debían cimentarse la riqueza y el poderío nacional.

Claro que si el mal de la república era la extensión, el único remedio ineludible era poblarla. Alargar la paralela de hierro de los ferrocarriles al través de la llanura inmensa, cruzar la selva hostil en su fe-

cundidad tenebrosa vadear los ríos, perforar las montañas, subdividir la tierra derramando en ella la simiente inmigratoria que en aluvión enorme afluye atraída por las riquezas naturales, la dulzura del clima y la benignidad de las leyes, era resolver en crisis de progreso el mal de la extensión.

Así por lo menos lo comprendían aquellos dos ilustres estadistas: Alberdi y Sarmiento.

Sólo que al realizar la doctrina hemos seguido procedimientos tales en el sistema de colonización que dan, en su producto, resultados contraproducentes.

Y esto depende, á nuestro entender, de la forma en que se hace el enajenamiento de la tierra pública. No se la entrega dividida en lotes, á los pequeños propietarios que sons iempre los elementos trabajadores. Se le da á las grandes compañías, cuyos directorios residen en el extranjero y que hacen lo que tan exactamente se denomina la explotación de la tierra. Y esto, que á simple vista pudiera significar riqueza, significa, por el contrario, regresión económica en el presente y uno de los más graves problemas con que se encontrarán los estadistas de un futuro cercano.

Los que por cualquier motivo hacen un viaje á las provincias del interior ó á los territorios nacionales se convencen con fa-

alidad de la exactitud de nuestras observaciones.

En Tucumán, por ejemplo, ha desaparecido casi por completo, el pequeño propietario. El reducido polígono de tierra utilizable para la agricultura es de propiedad de los «ingenios», es decir, de las grandes compañías azucareras. De tal modo que la población trabajadora, el elemento obrero, es una población flotante desvinculada de la tierra y sin deseo ninguno de que progrese. En el verano las peonadas trabajan en las estancias que los grandes terratenientes poseen en las montañas, en los valles magníficos de Tafi, Amaicha, Colalao, etc., y en el invierno bajan á la llanura á la tarea dura y para ellos improductiva, de la zafra azucarera. Viven así poblaciones enteras sin arraigo ninguno, en continua emigración. Agreguemos que los salarios son reducidos, que las horas de trabajo se miden por la salida ó puesta del sol; que no se hace distinción ninguna en el trabajo de los niños, de las mujeres, de los adultos y de los ancianos, y convendremos en que «poblar» en esta forma no significa en ningún modo «gobernar» en el noble sentido que le diera el estadista americano.

Y esto que pasa en Tucumán se está reproduciendo por una ramificación natural de los grandes capitales en Salta y

en Jujuy. En esta última provincia trabajan en los dos únicos ingenios que existen, más de ocho mil obreros. De éstos la mayoría es indígena. Vienen en la época de la zafra y terminada la tarea regresan á los bosques llevando como única ganancia su ración de azúcar y una no despreciable cantidad de alcohol.

En los territorios nacionales sucede algo parecido. La explotación de los bosques ó el cultivo de la tierra se hacen en grande escala por medio de compañías que monopolizan todo: el capital, el trabajo, la producción, la exportación, la manufactura, la industria, de tal manera que la explotación entre el obrero y la tierra se hace imposible. El libre comercio ó el trabajo independiente no se puede realizar en estas regiones. Las compañías pagan con bonos á los trabajadores y esos bonos sólo son recibidos y canjeados por mercaderías en las tiendas ó los almacenes de la misma compañía. Los ferrocarriles ó las agencias de vapores están en combinación con estos sindicatos, de tal manera que ellos tienen una soberanía mayor y más real que la del estado mismo.

Y para corregir estos males, es claro que se impone una nueva legislación agraria.»

Y en el norte de la república aún ocurren cosas más graves, cosas que preferible

sería callar si yo no considerara el silencio como una complicidad. Allí no sólo se explota y se comercia con el obrero en la forma que queda dicho, sino que también se le humilla, se le beffa, se le azota. En los ingenios tucumanos hay todavía,—resabio bárbaro,—cepo y látigo que se ajusta y se esgrime respectivamente para el trabajador nacido en estas tierras. La espalda del peón santiagueño, que en la época de la zafra emigra de su provincia misérrima, sabe mucho de estas cosas terribles. El trabajador extranjero no llega allí. Tampoco se le llama. Y hacen bien. Pensemos entre tanto con Washington: «Es preferible que las llanuras estén cubiertas de sangre antes que habitadas por esclavos».

Concentración urbana

La situación oprobiosa en que yace el trabajador de la campaña argentina, es la que ha retenido ó empujado á la población hacia los grandes centros. Y así se explica que, sobre una población de seis millones de habitantes, una sólo ciudad, Buenos Aires, cabeza monstruo, cuente ya más de un millón, mientras que las espléndidas pampas continúan escasamente pobladas, condenadas á la esterilidad por su dueño y rey.

Esta desproporción en la población tiene, indispensablemente, que ser de perjudiciales resultados para la colectividad. Pero aunque así o reconozca el extranjero ó el nativo, que en condición peor se encuentra como hemos visto, prefiere la vida accidentada, de azar, en la ciudad encerrada, á la explotación inicua del campo donde se muere dando la frente al sol.

Esta es la situación verdadera á que se ha llegado, sin que de ello se dieran cuenta los hombres dirigentes ni sus cómplices, los más directos causantes del mal, los organizadores de capitales y empresas de esquilmación.

Conciencia obrera

A pesar de todo esto, mucho tiempo ha pasado antes de que las clases obreras de este país decidieran ponerse en movimiento y entrar en la lucha contra los que en todas las épocas se han valido de ellas y las han explotado.

Poco á poco han ido comprendiendo, no sólo que debían defenderse, sino también que esa defensa tendría que ser eficaz á la corta ó á la larga.

El engaño de que en esta república no hay razón de plantear los problemas cuya solución importa el mejoramiento de los verdaderos productores, ha tenido natural-

mente que desvanecerse ante los hechos reveladores de la verdad.

Las dificultades han crecido, la aglomeración de habitantes encarece las casas y los derechos de aduana, protectores de una industria nacional que no existe ni puede crearse artificialmente, traen consigo la estrechez que importa la carestía de los consumos.

La flagrante injusticia no podía continuar muchos años sin protesta.

El silencio y la sumisión, la abolición de la personalidad, era posible en la servidumbre de la gleba ó en las misiones jesuíticas del Paraguay.

Hóy las cosas han variado. Ya se piensa, ya el antiguo siervo y el misionero hacen balance de su debe y haber y se encuentran explotados, tanto aquí como en Europa, pues la diferencia de la moneda y la carestía enorme de los consumos destruye la apa....

A este respecto, otro órgano cuya opinión tampoco puede pecar de revolucionaria, «La Razón», de Buenos Aires, decía en su número del 30 de Diciembre pasado.

«Es necesario indicar á nuestros hombres deslumbrados por las cifras elevadas que arrojan las estadísticas de importación, y exportación sugestionados por el vertiginoso ascendente valor de la propiedad territorial, que aquí se vive, se agita, bulle, sufre y

padece una colectividad numerosísima de proletarios productores huérfanos de toda legislación que los ampare, ricos de mil legislaciones que los deprimen.

Hemos sancionado en quince días y sin discusión, un presupuesto de cuatrocientos millones de pesos, de los cuales casi la mitad van destinados á alimentar el monstruo burocrático cada año más insaciable, cada año más exigente, y si algo nos hemos preocupado, durante esa sanción, de la clase obrera, ha sido solamente para crear nuevas instituciones lujosas é inútiles aparentemente dedicadas á buscar el mejoramiento de los que en legión constituyen esa clase.

Se han creado gravámenes é impuestos para formar el fondo de recursos necesarios para afrontar el enorme presupuesto votado; esos gravámenes pesan sobre el comerciante, quien, intermediario al fin, los carga sobre el consumidor, que á su vez, en casi todos los casos es el productor.

La vida así se hace cada día más difícil, y constituye para la clase obrera un problema de vital importancia, que se convierte en una verdadera obcecación, capaz, en un momento indeterminado, de inducir á los más extraños desvaríos, y que asume los contornos de una befa sangrienta, cuando, temerosos de las consecuencias de su imprevisión, los hombres de gobierno crean

leyes estrictivas de los derechos más elementales y más humanos, cuales son el de petición y el de intercambio de ideas.

No es con la clausura de locales, ni es con el envío de tropas como se puede acallar la voz del estómago y borrar de la retina la visión de los cuadros de miseria que se dejan en el hogar cuando se va hacia el trabajo. Con esas medidas se pueden acallar los impulsos de la protesta; pero ella queda viva, hecha carne y sangre, y estalla en los momentos menos pensados, llenando de pavor á los espíritus y provocando nuevas medidas que, como hijas del miedo, de la angustia ó de la indignación, son más insensatas y más peligrosas.

No es insoluble el problema como se ha dicho y como se pretende hacer creer.

Si entre los que buscan la solución hubiese hombres cuyo corazón se acongojara en presencia de la miseria, y hombres capaces de comprender cuánta pena y cuánta indignación acumula en el pecho de los seres la conciencia de su propio injusto olvido ó sacrificio, seguramente se encontraría la fórmula satisfactoria para estos problemas, que radican casi siempre en el egoísmo de los unos y en la necesidad de los otros».

Y yo agrego. Nada en la sociedad nace á deshonra ni es prematuro: cada acto colectivo corresponde á múltiples elementos que

no pueden provocarse con artificios, y como el filósofo demostraba el movimiento echando á andar, la existencia de una cuestión social tan palpitante como la europea entre nosotros, se prueba con el levantamiento paulatino de las clases pobres, su reunión en gremios, el rápido progreso de las ideas revolucionarias, el nacimiento espontáneo y vigoroso de los grupos obreros, sus congresos, sus programas, sus huelgas.

Hace muy pocos años, casi podría decirse ayer, como todos los gérmenes que provocan esta acción resuelta estaban latentes, el trabajador buscaba su puesto en los partidos políticos que lo han defraudado en sus esperanzas y desperdiciaba así su esfuerzo.

Entonces no había llegado aun el momento de darse cuenta del papel que representaba; las clases conservadoras aprovechaban de él, no sólo como instrumento productor, sino también como arma de combate político, utilizable gratuitamente en la oportunidad, para hacer que se remachara sus propios grillos.

Pero la desgracia es un gran maestro, y la locura, el frenesí de los potentados acarrearón esa desgracia, que, destinada á caer sobre sus cabezas, fué desviada por ellos yendo á descargarse sobre los trabajadores.

La crisis, resultado del derroche, la mala

administración, las ilusiones demasiado exageradas en el porvenir, la estafa y el robo, estallaron de repente como una bomba; subió el oro á saltos y mientras los salarios permanecían los mismos, los artículos de primera necesidad costaron cuatro, cinco y seis veces más.

La estrechez, la miseria, reinó en el hogar de los hombres de trabajo que no pudieron vestirse sino de deshechos.

Entretanto el país quedaba con una inmensa deuda que era menester pagar, de modo que, ganando menos, los impuestos directos é indirectos aumentaron hasta hacerse exorbitantes y se distribuyeron, como siempre, con un desequilibrio injusto que pretenden llamar equilibrio nuestros ignaros gobernantes, como si el 10 % quitado al que tiene cinco pesos no fuera una extorsión comparado con el 10 % del que tiene diez millones.

Tuvo, pues, el pueblo, por triste experiencia propia, que apercibirse de que «algo podrido había en Dinamarca» é ir paulatinamente abandonando la tutela á que antes se entregara atado de pies y manos, y que le ha costado muchos padecimientos y muchas lágrimas.

¿Cómo no ver que mientras tenía que imponerse las más duras privaciones en nombre de la crisis, continuaban sus patrones en la abundancia de siempre?

¿Cómo no reclamar entonces el cumplimiento de los cacareados «igualdad», «libertad» y «fraternidad» de que se enorgullece la república?

Hoy está en la acción. Le ha bastado unirse para adquirir una fuerza que antes no tenía.

Las luchas políticas en que hasta ha derramado su sangre han sido inútiles y contraproducentes para él.

Hoy, desencantado de programas tan falsos como retumbantes, trabaja para sí; y de ahí el florecimiento de la flor «exótica» de marras. ¡Y tan exótica!

Estas y no otras son las causas generadoras de los movimientos obreros que han conmovido á la república. Y esos movimientos que han tenido la virtud de introducir el pavor entre las filas conservadoras que, imitando esta vez, más el pasado que el presente europeo, para defenderse han puesto en práctica sistemas de represión y castigo ya en desuso en otras partes por estériles y contraproducentes, revelan el alto grado de convicción y de conciencia alcanzado por el proletariado en este país, constituyendo una hermosa esperanza para los días que vienen.

El momento actual

Es curioso examinar el período especial en que nos encontramos. Podríamos decir

que atravesamos una época de terror. La misma que ha tocado en suerte á los pueblos viejos, de cuyos males nosotros pretendemos no adolecer. Ahí estan Francia, Italia y España. Esta tuvo, ó mejor dicho, esta tiene aún su Montjuich, aquella sus leyes y procesos terribles con condenas criminales de infausta memoria, la otra... ¡para qué hablar! la republicana, la democrática Francia, fué aún más sangrienta en sus venganzas contra el obrero en acción. La Argentina con su constitución libérrima, con sus leyes de libertad escritas, ha dado al mundo el más lamentable, el más triste de los ejemplos, aplicando leyes que inauguran tiempos de vergüenza y baldón. Vergüenza y baldón para las autoridades que las dictaron; vergüenza y baldón para los ciudadanos que las toleran.

Yo bien sé que estas cosas no pueden perdurar, que este estado enfermizo de cobardía que nos aqueja, tiene, forzosamente, que ser pasajero, porque respiramos ó sucumbimos como pueblo. Pero entretanto...

Guerra á los extranjeros

La mal llamada ley de defensa social constituye un complemento de la de residencia y ha sido sancionada con el fin primordial de combatir á los extranjeros y al extranjerismo. Es la revelación más

acabada de una tendencia perjudicial sobre la cual escribiera Alberdi la siguiente página llena de ironía y verdad:

«La voz «prójimo», deriva del latín «proximus» que significa próximo, cercano, allegado, parecido, semejante. Así unos traducen el precepto cristiano:—ama á tu prójimo: y otros:—ama á tu semejante. Que damos, pués, en que prójimo es sinónimo de semejante ó parecido.

¿Quién será pués, nuestro prójimo, según esto? El que se nos parece, el que se nos asemeja.

Luego no tenemos más prójimo que los hijos del país, y los españoles, porque sólo ellos tienen dos piernas, dos ojos, dos orejas, como nosotros.

Luego los franceses, los ingleses, los italianos, los portugueses, los alemanes, no son nuestros prójimos, porque no se parecen á nosotros en nada, pues que ellos tienen cola, tienen tres piernas, cuatro orejas, dos cabezas, cuatro ojos.

Luego no les debemos por la ley evangélica, ni por la ley de la humanidad, ningún amor, ninguna caridad, ningún derecho. Ellos son extranjeros, es decir, extraños á la humanidad, forasteros á la raza humana. Porque eso quiere decir extranjero: hombre ageno á nuestra raza, gente aparte, viviente, de otra especie. Gente que no tiene con nosotros punto alguno de con-

tacto animal, que, por mejor decir, no es hombre. Porque si fuese hombre, tendría dos pies, dos manos, dos ojos, voluntad, inteligencia, libertad, personalidad, como nosotros, es decir, sería nuestro prójimo, nuestro hermano. Y nosotros sabemos que los extranjeros no son hombres, sino franceses, ingleses, italianos, alemanes, animales sin libertad, sin personalidad, ó si la tienen, será allá, en su tierra, pero no en este suelo, donde no son hombres ni personas.

Síguese, pues, de aquí que no hay más hombres en el mundo que los españoles y los americanos, americanos del sud, se supone, porque los del norte, ¿quién sabe? Esos descienden de los extranjeros, y algo debe haberseles pegado del animal.

Nosotros, pues, no queremos nada con animales, y, por consiguiente, declaramos guerra á muerte á los extranjeros y al extranjeroismo.

Los extranjeros nos han traído cuantos males pesan sobre nuestras espaldas. Nos han hecho, como son ellos mismos, ignorantes, inhábiles, atrasados, toscos, inciviles.

Si jamás hubiese llegado la hora maldita de conocerlos, nosotros seríamos hoy ilustrados, industriosos, pacíficos, libres, felices, como no lo somos desde el día que esos bienaventurados vinieron á nuestro suelo.

¿Qué género de mal no nos han hecho conocer los extranjeros?

¿Por quién no podemos vivir en paz?

—Por los extranjeros.

Por quién no tenemos costumbres ni hábitos de orden y subordinación? — Por los extranjeros.

Por quién no amamos la patria, no tenemos desprendimiento, no respetamos las leyes, no queremos la industria, el trabajo, las artes, por quién? — Por los extranjeros.

Por otra parte. ¿Quién sino ellos, nos suministraron el ejemplo maldito de las ideas y de las instituciones que hemos llamado revolucionarias?

¿Quién nos produjo la tentación de tener papeles públicos, imprentas y escritorios?— Los extranjeros.

¿Quién nos metió en la cabeza, quién nos dió el ejemplo, quién nos dió los libros, los papeles, los pensamientos de embarullarnos el año 10, cuando estábamos tan pacíficos y tan contentos? — Los extranjeros, los franceses, estos mismos barulleros eternos que hoy también nos han venido á embarullar.

¿Quién nos metió en la cabeza que todos los hombres son libres y hermanos, que los verdaderos reyes son los pueblos, que sus gobernantes no son sino sus delegados, cuyo poder es limitado y responsable?— Los extranjeros.

¿Quién nos ha dado estas ideas, esta ciencia, este escaso saber que, sin embargo, nos vale tanto y nos asegura en el mundo el rol de hombres civilizados? — Los extranjeros.

¿Quién ha escrito estos libros que sirven de texto en las escuelas que frecuenta nuestra juventud para ser el lujo de la patria? — Los extranjeros.

¿Quién ha construído esas embarcaciones que pululan en nuestras bahías, y activan nuestra vida externa?—Los extranjeros.

¿Quién nos ha construído esas hermosas casas que señorean con tanta gallardía las ondas que azotan nuestros muros? — Los extranjeros.

¿Quién nos ha traído estas sillas, estas mesas, estos tapices, estos espejos, estas sedas, estos lienzos, estos cristales, todos nuestros muebles, todos los géneros de nuestros vestidos, y hasta una mitad de nuestros alimentos? — Los extranjeros.

¿A quién queremos imitar en el vestir, en el hablar, en el caminar, en el vivir, en el porte para parecer civilizados?—Los extranjeros.

¿Quiénes son esos que llamamos grandes hombres, espíritus ilustres, genios eminentes, cuyas ideas, cuya biografía, nos afanamos de tomar por modelos en la guerra, en la tribuna, en la ciencia, en las artes?—Los extranjeros.

¿Quién es Betham? — Un bisteque.

¿Quién es Dante? — Un carcamán.

¿Quién es Benjamín Constant? — Un gringo.

¿Quién es Camoens? — Un rabudo.

¿Quién es el mismo Cristo? — Un extranjero, un hijo de Asia, un criollo de Belén.

Los que profesan el cristianismo entre nosotros, los que piensan como Betham, los que pelean como Napoleón, los que versifican á la Boileau, los que comercian á la inglesa, los que procuran, pués, imitar en todo á los extranjeros, los que intentan parecerse á ellos, hacerse sus prójimos, sepan, pués, son traidores de la patria, desleales al suelo americano que les ha dado el ser, á las tradiciones, venerables, de nuestros antepasados los Incas y los hijos primitivos de la tierra, no de Colón, sino profanada por Colón que también fué carcamán.

Però sepan también los enemigos del extranjeroismo, que despotizan del otro lado del Plata, que sus tipos de imitación, los Calígulas, los Nerón, los Maquiavelo, también son extranjeros, y que pillar, explotar, tiranizar, embrutecer, ensangrentar el país, no es incurrir menos en el extranjeroismo».

¡Y á Alberdi no le fué dado oír, como á nosotros durante las fiestas del centenario de nuestra independencia, el grito es-

tentóreo de ¡mueran los gringos! con que afrentamos á la civilización!

No insistamos.

Imperio policial

La cuestión social ha pasado, entre nosotros, á ser una cuestión policial.

Para los obreros no existe ningún derecho en la República Argentina. El de pensar, el de asociarse, el de huelga, é incluso el de defensa, han muerto bajo el filo todopoderoso del machete sayonesco. Aquí todo se ha sacrificado á la tranquilidad de los cien capitalistas dueños de la riqueza nacional y al criterio de la bestia negra que está detrás de ellos aconsejando leyes y procedimientos.

Concretemos algunas de las maravillas republicanas más resaltantes y menos conocidas.

1.º Se ha deportado del país en los dos últimos meses á los siguientes ciudadanos: Antonio Zamboni (argentino); Eduardo G. Gilimón (argentino); José Borobio (español); José Grau (español); R. Testabrúna (italiano); D. Dellacasa (70 años, italiano); Nuncio Bartucci (italiano); Manuel Marre-ro (español) y Antonio Minotti (italiano).

2.º Se encuentran en las cárceles por igual delito—es decir, por profesar ideas distintas

á las del Estado contencioso y sectario,— los que van á continuación: Hermenegildo Grau Gímenez, A. Arin, Lucas P. Salvá, J. R. Molina, Jesús Suárez (condenado á tres años de confinamiento por regresar al país violando la ley de defensa social), J. G. Bertotto, Albino Dardo López, N. Donelli y N. Devezio.

3.º Las autoridades han solucionado con el mauser y con la prisión todos los conflictos de estos últimos tiempos habidos entre patronos y obreros. Procederes: fusilamiento de una manifestación obrera en el Tandil; intromisión violenta de los agentes de policía en la huelga de vidrieros de Berazategui; prohibición de asambleas públicas; prisión arbitraria de los componentes de la C. D. de la Federación Obrera Marítima y clausura diaria de locales sociales. Además...

La libertad de imprenta

El 19 del mes fenecido el calendario señaló el cumplimiento de una centuria desde el día en que el primer gobierno de las provincias del Río de La Plata promulgó las leyes relativas á la libertad de imprenta. ¿Sabéis, lectores de qué manera la policía argentina contribuyó á los festejos de ese centenario? Asaltando la redacción del diario democrático «Progre-

so» de la Boca, y reduciendo á prisión á todas las personas que allí se encontraban: su director Bertotto; su administrador, Bonelli y el propietario del establecimiento impresor, hoy bajo causa y á disposición de un juez, de acuerdo con el artículo 33 de la ley de defensa social que dice así:

«Art. 33. Para la aplicación de las penas »se procederá en juicios sumarios, sirviendo de cabeza de proceso el informe policial, »debiendo permanecer detenido el procesado mientras dure el juicio.»

Ahora bien. He aquí el artículo 32 de la Constitución Argentina:

«El Congreso Federal no dictará leyes que »restringan la libertad de imprenta, ó establezcan sobre ella la jurisdicción federal».

Tampoco este es caso de insistir.

Adelante..

La ley de defensa social

Para llenar este capítulo me limitaré sólo á transcribir mi contestación á la encuesta levantada por el diario socialista «La Vanguardia» de Buenos Aires.

Hela aquí:

A la encuesta sobre la «ley de defensa social» he de constatar con afirmaciones ya que está definitivamente demostrado que la ley es mala. Mala desde cualquier punto

de mira. Va contra todas las grandes conquistas alcanzadas por el hombre en el terreno de la libertad. Niega el derecho humano y hace pedazos la Constitución Argentina. Su aplicación constituye, pués, una doble vergüenza. Vergüenza para los que la dictaron en horas de cobardía, vergüenza para los que la toleran: si extranjeros, por el engaño flagrante de que se les hace víctimas, en un país que los ha llamado ofreciéndoles las garantías escritas en su carta fundamental; si argentinos, porque esa misma carta les autoriza á armarse en su defensa, en caso de ser ella desvirtuada ó agredida en su espíritu y en su letra.

Los libertadores. Su herencia

Con motivo de los últimos festejos patrióticos realizados, se ha pretendido herirnos con apreciaciones que hemos de desvirtuar una vez por todas.

Se ha dicho, aunque veladamente, que desmentimos la herencia de los ilustres varones de Mayo y de Julio, aquellos videntes de amplios cerebros gestadores de un mundo.

Se miran y se juzgan estas cosas con un criterio falso puesto que se parte para el juicio de un punto deleznable.

Lo que existe, en síntesis, es que se quiere cristalizar la vida en moldes viejos, pretendiendo que las generaciones presentes vivan y alienten con principios, ideas idas y prácticas vetustas. Con verdades viejas, que dijera Ibsen. . .

Los hombres de Mayo fueron hombres de su tiempo, y, como buenos, realizaron una alta misión libertadora. No vieron más allá de los tiempos porque el horizonte humano estaba entonces más cargado de sombras. Hoy ese horizonte se ha iluminado con nuevas verdades y la mirada ha entrado en esas claridades descubriendo otros panoramas. La vida es infinita y por eso la acción no se detiene. Tanto valdría petrificar la savia, el gérmen, sofocar la eclosión del huevo.

Lo que habría que indagar primero, es quienes son los verdaderos continuadores de la obra iniciada por esos antepasados cuyas figuras se glorifica. ¿Acaso son, por ventura, los que viven aferrados á la tradición y á la fórmula? Pero, ¿fué, por ventura, en nombre de la tradición y la fórmula que los héroes de Mayo y los de Julio levantaron su pendón de rebeldes, irguieron sus torsos de combatientes, desplegaron sus banderas libertarias, trazando en el aire con el relámpago de sus espadas el círculo de fuego que había de enceguecer al enemigo retrógrado y terco?

No. Los que en el actual momento histórico persisten en sostener la tradición legada por esos hombres,—los revolucionarios de ayer,— equivalen á los conservadores, á los atrasados que en aquéllas épocas constituían el núcleo en que se apoyaban las leyes tiránicas y de hierro de la conquista.

En realidad, pués, y aunque esto, así, á primera vista, parezca una paradoja, los continuadores de la obra de aquellos libertadores, son los rebeldes de hoy, la falange juvenil y entusiasta que sin negar la acción de sus antecesores, desea, quiere y hace lucha de ideas revolucionarias contra lo que el tiempo y el uso ha hecho malo, desplegando á los vientos del mundo otra bandera de luz en nombre, no ya de un ideal de patria, que hoy resulta mezquino, sino en nombre de la humanidad entera.

Nuestra actitud

Finalmente, vamos á permitirnos sintetizar nuestra actitud presente en cuatro frases, ya formuladas con anterioridad, palabra más ó menos.

Resueltos, como nunca á la lucha por los derechos y las libertades, burladas siempre por la prepotencia de quienes creen tener en sus manos todas las energías, sin advertir que todo lo hecho, en casos como

el que nos ocupa, no es sino síntoma de una debilidad flagrante, por cuanto la verdadera energía no puede residir ni en la culata de los fusiles, ni en el ejercicio de leyes brutales y atentatorias, aquí estamos desde el puesto honroso que las circunstancias nos han deparado, convencidos de que eludir responsabilidades ó asumir actitudes dudosas en esta hora, entrañaría un verdadero acto de traición á la gran causa emancipadora á que desde hace años nos hemos dedicado.

Con la serenidad, pués, de los que se sienten fuertes, verdaderamente fuertes, sin más apoyo que el que pueda darles la conciencia de sus deberes, no hemos de desmayar ante las consecuencias del atentado que, con la complicidad de la prensa argentina, perpetran hoy las autoridades.

Atentados á la vida del trabajo por policías asesinas, intromisión de los poderes públicos en apoyo del capital, leyes prohibitivas de la libertad del pensamiento, leyes de expulsión de extranjeros que podrían llamarse draconianas, en pleno período republicano, con constituciones que garantizan á todos los hombres del mundo la libertad de entrar, permanecer y salir del territorio, exteriorizar sus ideas, disponer de sus personas y de su propiedad, reglamentos que son armas poderosas para arrojar del suelo argentino al mejor elemento

obrero que ha llegado hasta nosotros, por cuanto es el más consciente y el más apto, acusándolo de instigador de movimientos perturbadores del orden social, del actual orden social basado en la amenaza constante de la ley, el fusil y la cárcel,—toda esa injusticia tolerada y hasta defendida por los mismos opositores de un gobierno tan despótico como antidemocrático é ignorante, tiene hoy, como ayer en nosotros, el mayor y más temible de los enemigos.

Lo decimos sin jactancia aunque arrogantes y altivos, dejando caer sobre los transgresores todo el peso de la indignación que nos está quemando la sangre, pero que no llega, que no llegará nunca á perturbarnos el cerebro.

A denunciar el abuso, á interponer nuestra propaganda entre la fuerza bruta y el pueblo, el verdadero, el único pueblo, el pueblo productor y oprimido,—ese contra el que se dictan leyes coercitivas y bárbaras,—á defender la verdad, en fin, nuestra verdad, como Stockman, á eso nos arrojamos.

¡Y ahora, como á Stockman también, ya pueden lapidarnos en la calle!

POR EL RESPETO A LA VIDA

Hace poco la sociedad argentina se manifestó conturbada por la realización de un hecho insólito. Un grupo de estudiantes de medicina había arrojado sobre un cortejo fúnebre varios trozos de cuerpos humanos utilizados anteriormente en la clase de anatomía. El acto realizado en la Morgue tuvo la virtud de provocar la indignación en toda la prensa bonaerense que pretende reflejar el pensamiento y el sentir de nuestros elementos conservadores. La indignación llegó á su grado máximo y los estudiantes de la referencia sintiéronse flajelados en forma casi apocalíptica por censores implacables erigidos en terribles defensores del respeto á la muerte.

Como á la luz del raciocinio todos los hechos tienen su explicación, voy á tratar de demostrar cómo el calificado atentado, el llamado delito, el condenado atropello, la inicua farsa, la burla macabra tan traída y llevada por la pluma de los aristarcos sociales, no constituye sinó el simple resultado de una mala educación basada en la más triste, en la más lamentable, en la más anti-humana falta de respeto á la vida.

Sí; falta de respeto á la vida, de la cual son responsables y en primer grado, esos mismos censores de esa juventud, cuyo acto menos grave quizás, ha sido el incitador de la censura y el reproche.

Y vamos á cuentas echando al efecto una rápida mirada retrospectiva.

El 1º de Mayo de 1909 la policía argentina ensangrentaba las calles de Buenos Aires, cubriendo con un manto rojo la amplia avenida cuyo nombre es símbolo de libertad. Ancianos, niños, hombres robustos sucumbieron bajo el plomo homicida. La horda policiaca cayó sembrando la muerte sobre una columna obrera, energía en camino, reserva futura de la raza cuya vida no inspiraba respeto.

Hoy, á dos años del crimen, todavía hay labios que tiemblan de indignación y de espanto al evocar con frases candentes y vengadoras, el cuadro siniestro. No son por cierto esos labios los de la juventud estu-

diosa argentina, estimulada para la condenación del crimen contra los vivos por los censores de hoy, en vista de su falta de sentimiento ante los muertos.

Ninguno de esos censores levantó entonces su grito de justicia frente á aquél gran dolor. La condenación del hecho, si condenación hubo, no pasó de frases banales. Hasta se sostuvo la teoría de que el elemento obrero y levantisco había sido el provocador. ¿Provocador de qué? ¿Se puede provocar el crimen? Y pasó aquél hecho bárbaro sin protestas. Se diría que la sangre obrera derramada en forma tan cruel y cobarde no merecía la condenación ni el lamento. Los muertos se enterraron, los heridos vendaron sus desgarraduras y los vivos siguieron pensando. Después. . .

Un día, en medio de la tranquilidad aparente, que siguió á aquel horror, un niño, un vengador, un hijo de ese pueblo herido tan á mansalva, surge, solo, en plena calle y con el crimen pretende vindicar el crimen. Cae tendido á sus pies, el responsable directo del hecho que no preocupó mayormente á los censores, y estos entonces, ante el cadaver caliente del jefe asesinado, pretenden que el pueblo, el mismo pueblo escarnecido ayer tan brutalmente, derrame todas sus lágrimas, vuelque la urna de sus sentimientos en homenaje al caído.

¿Hay sinceridad en esto?—Nó. Sin Fal-

cón no hubiera existido Radowsky. Y si la sangre obrera de la Avenida de Mayo hubiera producido el grito de indignación que arrojó á la calle á la juventud argentina vejadora de rusos judíos cuando expiró el magnate, es posible también que la violencia productora de la muerte de Falcon hubiera encontrado otro cauce.

Deducción: el sentimiento entre nosotros es de clase; no es humano. Si el cadáver ultrajado en la Morgue no hubiera pertenecido á un hombre humilde, ese cadáver hubiera tenido de parte de los estudiantes «el respeto que todos los cadáveres merecen. . .» Si los caídos en la Avenida de Mayo hubieran pertenecido á alguno de los círculos políticos conservadores que actúan en nuestro ambiente, los censores á que aludo hubieran también provocado un movimiento vindicatorio y la juventud, que no se conmovió, que no protestó ante el crimen llevado á cabo contra una colectividad obrera, hubiera, quizás, provocado una revolución.

Sigamos. Estamos en los prolegómenos de las fiestas preparadas para celebrar el centenario de la independencia argentina. Un clown empresario, secundado en sus negocios por varios patriotas, obtiene la autorización necesaria para construir un circo en plena calle aristocrática. En tal calle y pese á su aristocracia, existe un terreno baldío. El clown empresario piensa que el sitio aquél

presenta ventajas inmejorables para su negocio. Y el circo comienza á construirse. Alguien cree, ó le conviene creer, que la construcción en ciernes es antiestética, indigna de la calle aristocrática y que por lo tanto no debe permitirse. Pero ya la cosa no tiene remedio á no ser alguno heroico... Porque la concesión está hecha en forma y al clown le asisten todos los derechos legales. Por lo demás se ha trabajado en firme y el circo está ya por terminarse. Entonces...

¡Aquí de los censores! Un día, un buen día para la patria, un diario lanza la gran idea. Es una proclama á la juventud argentina; una incitación á esa brava juventud que debe mostrarse digna heredera de la pujanza y los arrestos de los hombres de Mayo. ¿Cómo? ¡Pues, incendiando el circo! Y esa pobre juventud, juguete esta vez de un clown periodístico, incendió el circo con el aplauso incondicional de la prensa conservadora y convencida para colmo de su inferioridad espiritual, de que en efecto realizaba un acto heroico. Y esta es parte también de la obra educativa de esos censores.

Otro sí... Estamos ya en vísperas de los festejos patrios mencionados. La clase obrera de la Argentina se agita y manifiesta en magna asamblea pública que una fecha de libertad, como es la del 25 de Mayo, no puede celebrarse dignamente dejando subsisten-

te en nuestro armazón judicial una ley que, como la de Residencia de extranjeros, es violatoria de todos los derechos humanos y hasta de los consagrados en la Constitución Nacional. Los obreros quieren, pués, y apoyándose en razones fundamentales, que esa ley sea derogada.

La policía toma cartas en el asunto. Un día aparecen por ahí, distribuídos por mano anónima, pequeños papeles impresos conteniendo palabras que hieren al sentimiento patrio. Se amenaza en dichos papeles con arrancar de los pechos argentinos la escarapela nacional, en caso de que la demanda obrera sea desoída. Y otra vez la voz de los censores suena estridente, incitando á la acción á la juventud gloriosa, digna heredera, etc. de los hombres de Mayo. Se echan á volar frases de efecto. Se habla mucho, en sueltos de diario, de un nacionalismo recalentado, y queda declarada la guerra al extranjero sin patria, al gringo tráfuga, al paria sin amor y sin ley. Nuevos clownes, los payasos ridiculamente trágicos de la patria, han aparecido en escena y ellos, quizás los autores de esos mismos papeles amenazadores, los manifiestos anarquistas como los tituló la policía, son los que dirigen su voz á la pobre juventud que, sin analizar los hechos, se arroja de nuevo á la calle clamando la destrucción y el incendio, inspirada por sus directores y maestros. Así la

hemos visto estimulada en la acción retrógrada por hombres que pasan, ante el criterio de las gentes, como la síntesis de la prudencia y la honradez. Después. . .

La crónica de los hechos no podrá olvidarse nunca. Se comenzó por incendiar imprentas, asaltar hogares obreros y afrentar mujeres, para terminar recorriendo la ciudad á paso de foragidos. Para qué insistir. Baste con dejar constancia de que la horda cristiana cumplió como buena. Los ascendientes querandíes pueden estar satisfechos en sus tumbas primitivas. . .

Como se comprenderá los censores aplaudieron. Los grandes diarios arrojaron un velo sobre aquellas no menos grandes vergüenzas y todavía es para ellos, aquella juventud incendiaria y ladrona, la heroica juventud del centenario argentino. ¡Valiente juventud y valiente heroicidad!

Un día, no, una mala noche estalla en la sala de un gran teatro, el Colón, la bomba causante del proceso Romanoff-Denucio. Hay heridos, muchos heridos. Felizmente la muerte no acechaba por allí.

De nuevo los censores hablan. Quieren que el pueblo vaya, enlutado y mustio, derramando sus lágrimas más puras ante las víctimas de la explosión. Piden el más terrible de los castigos para los desconocidos autores del atentado y hay quien sugiere el asesinato en masa de todos los anarquistas. Justo es

decir, que en este caso la juventud argentina fué más prudente que sus consejeros. Ella no mató anarquistas. Pero los consejeros dictaron aquella ley famosa de defensa social, asesina de libertades y cuya vigencia nos rebaja como pueblo frente al concepto universal.

Reflexionemos. ¿Es posible creer en el estallido indignatorio que siguió á la explosión de la bomba cuando no hubo un solo gesto de reprobación para los causantes de aquellas terribles escenas en que la familia obrera argentina era vilipendiada con la complicidad de todas nuestras clases conservadoras? Volvemos á nuestra deducción: el sentimiento entre nosotros es de clase. Y por ende, la justicia también...

He aquí las pruebas: Ni los que incendiaron el circo de Frank Brown en la calle de la Florida, ni los asaltantes y ladrones de La Protesta, La Vanguardia y centros obreros de Buenos Aires y sus alrededores, ni los asesinos del pueblo en la Avenida de Mayo, ni aquellos que, violando las mismas leyes recientemente dictadas, embarcaron para Europa ciudadanos argentinos, han sido condenados ni perseguidos por los jueces de esta mal llamada república, simple factoría donde, según el concepto Alberdistas, sus gobernantes sólo quieren á la libertad para violarla.

En cambio...

Veamos el reverso de la medalla. Las cárceles argentinas albergan hoy un centenar de obreros sin que ninguno de ellos haya transgredido una sola de las leyes fundamentales de la moral, al decir de Spencer. Unos por haber incitado simplemente á sus compañeros de labor para plegarse á un movimiento huelguista; otros por haber pretendido expresar sin trabas su pensamiento en algún periódico gremial, y esto de acuerdo con el artículo constitucional amparador de esa libertad; otros, y entre estos hay hasta menores de edad, por haber hecho circular una hoja con el título de un diario cuya publicación ninguna ley puede prohibir; otros por haber dado un paso más sobre el mundo, regresando al país después de su deportación; y, en fin, el resto porque así les cuadra á policías atropelladoras y á jueces sin conciencia.

Agravantes: Aun en el supuesto de ser aceptada la ley inícuca de que hablamos, escuchen cómo la aplica nuestro poder judicial.

La ley dice, que todo proceso por «delito social» debe ser solucionado en diez días por el juez que entienda en la causa. Ahora bien, existen en nuestras prisiones desde hace ocho, diez meses y un año, respectivamente, los procesados López, Grau, Arin y Salvá, (proceso de «La Protesta» y «La Lira del pueblo») sin que en ninguno de ellos haya sido

posible hasta hoy, obtener un auto definitivo.

Todos estos casos los conocen los censores, pero ninguna voz, ningún grito vindicador sale de sus bocas. Allí, en las celdas sombrías, se aniquilan cuerpos de inocentes, sin que el respeto á sus vidas mueva á un sólo argentino, de esos que hoy piden, con tono enfático y ridículo, el respeto á la muerte.

En cuanto á Romanoff y Denucio lo que ocurre es también de significación. El mayor de los silencios periodísticos se ha cernido sobre este proceso. ¿Por qué? Se sabe que la policía, empleando todos sus malos recursos, pretende echar la responsabilidad del atentado sobre dos obreros dignísimos. Pero es el caso, que éstos dos obreros están calificados como anarquistas. Y eso basta para no defenderlos. Si caen, que caigan. Son los enemigos... ¡No hay inocentes! parecen decir los censores con su mutismo. Y, con todos, la fuerza del cuarto estado, deja hacer á la policía. Es también su cómplice.

Pues bien. Yo digo que una sociedad que encubre el crimen, que una sociedad incapaz de conmoverse ante el dolor de los vivos porque no pertenecen á su «clase», es una sociedad que ha perdido el derecho de indignarse porque un grupo de jóvenes se haya burlado del cadáver de un «gringo»! La exigencia tendría fundamento si primero se les hubiera enseñado á respetar su vida.

GUERRA A LA GUERRA

Mientras en nombre de prepotencias é intereses comerciales, turcos é italianos, españoles y marroquíes se están matando del otro lado de la tierra, bolivianos y argentinos, peruanos y chilenos, como si dijéramos blancos y colorados en éste, hablan de choques sangrientos, sueñan en combates y revanchas azuzados por las banderías políticas.

Ahora por lo que á nosotros atañe, vamos á cuentas:

—¿Qué haría Vd. en el caso de una guerra?

Así, á boca de jarro, de sopetón, como quien dice, y creyendo pronunciar una demanda aplastante, exclama el primer... ingénuo, por no decir otra cosa, con quien,

frente á frente se encuentra á cada instante, en toda reunión de hombres, el bravo campeón antimilitarista.

En verdad que ganas dan de decir:

—Pues hombre! una cosa muy sencilla: emigrar del país, con viento fresco y alma tranquila. ¡Qué diantre! Que se maten los imbéciles, los comparsas trágicos, todo el rebaño inconsciente, carne negra de cañón, alimento de buitres, llevados como inertes víctimas al sacrificio en nombre de una mentira que eternizándose está, como una verdad sublime: la mentira patria.

—¿Y si vienen los enemigos á robaros el pan y el suelo, á mataros la madre y á violaros la mujer? ¿Entonces?... ¡Diablos! ¡Valiente pregunta! Hazlo tú y verás. Es el caso.

Vaya unos... hombres! Si precisamente los de aquí y los de allá luchamos hoy para eso;—digo, para lo otro—para que no haya enemigos que vengan á robarnos el pan, ni los que aquí nacimos pensemos por un momento siquiera, en ir á matar por comisión de nadie. Y digo matar solamente, porque los argentinos no roban; acordáos de la frase célebre: «la victoria no da derechos». Matan por gusto. ¡Ah, tigres!

Hombres de conciencia somos, y antes de permitir que se nos maneje como á instrumentos, antes de someternos como seres serviles, nosotros, los antimilitaristas de

hoy, los impugnadores de guerras salvajes, aquellos que tenemos el valor de rebelarnos contra imposiciones humillantes, lanzamos altivamente, contra déspotas y sicarios, la más formidable de nuestras aseveraciones, diciéndoles: no matamos á nuestros semejantes por comisión ni por gusto y mucho menos por cobardía—suele acontecer—pero entendedlo por siempre: resueltos estamos á no dejarnos sacrificar. Y entre martillo y yunque, seremos martillo; contra vosotros, se entiende! Y así, peleando contra los peleadores, haremos guerra á la guerra.

De este porte, altos y serenos, asumiendo una actitud que responde enteramente á la integridad de una convicción hecha á fuerza de conocimiento de vida, de estudio de los demás y profundización de nuestros espíritus, vamos marchando venciendo toda clase de inconvenientes, derribando obstáculos que parecían inalterables y abriendo el surco donde la buena semilla, la semilla de la solidaridad humana — ¡ah, por fin!—debe arraigar dando brotes ópimos.

Tenemos fé en la causa, porque es la nuestra la causa de los que alientan hacia la vida; de los que combaten por alcanzar el mayor desenvolvimiento del ser humano considerado física y mentalmente.

¿Cómo no hemos entonces de protestar, con toda la fuerza que nos dan nuestras ideas, contra todo lo que signifique una

valla, una cortapisa, un grillete para lo que es esencial, lo que constituye nuestra más grande y bella aspiración, nuestro gigante deseo: la igualdad del hombre dentro de la libertad?

¿Cómo hemos de tolerar impasibles la castración cerebral que de nuestros semejantes se hace hoy en los ejércitos, llevando al ánimo de la víctima el convencimiento de que es en nombre del deber, en nombre de sagrados intereses sociales en peligro, que debe realizar la anulación de su personalidad, entregándose, atado y con armas, á la vejación de la disciplina, á guisa de resorte de autómeta forjado á golpes de culata, resorte de autómeta que, para siempre jamás, la voluntad domada, obedecerá ciego y mudo, según se lo indique un toque de tambor ó el tinte de una banderola izada al tope de un barco?

¿Podéis por ventura imaginar nada que degrade al ser humano tanto como la disciplina en los ejércitos?

Fijáos bien. Tomáis un hombre y le decís: de hoy más, en adelante, vos no seréis vos. No podréis pensar sino lo que se os ordene. Cuando se os mande matar, matarás; cuando se os ordene comer, comerás; cuando se os mande correr, como un caballo, diez leguas, lo haréis, sin vacilaciones, aunque como éste reventéis, en breve.

Y para ejecutar tamaña enormidad se

convoca á todos los jóvenes de veinte años — la flor de la vida de los pueblos— se les habla de ideales falsos, se les hace flamear un trapo multicolor ante los ojos deslumbrados y se les arrastra á conscripciones que en el futuro deberán denominarse calvarios de adolescentes.

Aquí algo oportuno, algo local, que viene como apropiado.

No hace mucho, un diario, que se publica entre nosotros, se dignaba hacer la crónica de los malos tratamientos sufridos por los conscriptos, dándonos al respecto los siguientes datos:

«La última conscripción militar cuesta al país la vida de más de 120 jóvenes de 20 años, y quizás se cuentan por millares los flagelados y deprimidos en los campamentos.

En el campamento de Bella Vista, en Salta, fallecieron 47 conscriptos; en el 12 de infantería, acantonado en el Rosario, las bajas por fallecimiento se hacen subir á 14 ó 15; en los demás, se llena el remanente, hasta las 120 bajas que se mencionan.

Es incuestionable que ni los enfermos ni las defunciones pueden evitarse en los campamentos militares, pero es indudable también, que sucumbirían menos si se les atendiese con mayor cuidado cuando caen enfermos y si se les deprimiese menos.

En los primeros tiempos, en el 12 de

línea citado, hemos visto á los enfermos de tifus y otras enfermedades, tirados en el suelo vestidos, sobre una manta, descansando la cabeza sobre la chaquetilla ó saco, que les servía de almohada, á veces aumentada con un pequeño borde de tierra y casi sin asistencia médica.

En esos mismo tiempos, varios colegas locales y nosotros también denunciarnos hechos monstruosos que se cometían por oficiales y clases con los conscriptos, apaleándolos algunas veces y en otras ocasiones llegando hasta ponerlos los puños en la cara.

Si bien es cierto que el jefe del mencionado cuerpo trató que tales hechos no se repitieran, he aquí las declaraciones que los conscriptos licenciados de ese cuerpo, transmitieron á Buenos Aires, por telégrafo:

«Corrientes».—Es unánime la queja de los conscriptos que han estado en el 12 de infantería, contra los procedimientos inicuos empleados por sus superiores. Los martirios más atroces han sido impuestos por faltas leves. Carecen de palabras para ponderar el pésimo tratamiento de que eran objeto. Esto ha producido aquí viva indignación.

Algunos han muerto á consecuencia de estos tratamientos, y veinticinco quedan enfermos aún á consecuencia de las palizas recibidas.

Ponderan, sobre todo, el refinamiento de crueldad de algunos oficiales. Los conscriptos llegados, estuvieron á punto de sublevarse». (¡Debieron haberlo hecho! agregó yo).

Concluye el articulista, citando el caso de un joven, el cual se vió obligado á marchar á maniobras, á pesar de haber manifestado al jefe que se encontraba enfermo. Resultado final: fué recogido del campo el día de las maniobras y llevado al hospital militar, donde sucumbió. Y pregunta: «¿Es así como debe tratarse á los conscriptos, sacándolos de la enfermería para que presten servicio, ó estropeándolos, ó humillándolos, si no tienen el don de una comprensión fácil y rápida?».

He admirado siempre á los hombres sinceros que creen pueda existir un ejército donde la dignidad del ciudadano no esté menoscabada, que se figuran pueda germinar en una escuela del crimen—como llama Tolstoy á los ejércitos—alguna idea noble y levantada, sin fijarse que, lógicamente, un medio brutal, ocupaciones brutales, no pueden sino embrutecer á quienes están obligados á vivir en ese medio, á efectuar esas ocupaciones. El ejército argentino no tiene, desgreiadamente, el monopolio de las exacciones, de las infamias, pues si consultamos á los periódicos europeos, sobre todo los franceses—porque es en Francia donde resaltan más, debido á la mayor

intensidad de lucha entre las ideas—encontraremos infinidad de casos como los que cita el mencionado artículo, corolario ineludible de todos los ejércitos.

¡Ah, soldados, soldados!—dice un autor moderno—vos otros que humedecisteis vuestros labios con la leche de las humanas ternuras; vosotros, hechos para dar y pedir el amor sano y viril bajo los florecidos rosales, ¿hasta cuándo tolerareis servir de bestias de silla en las caballerizas de los impostores?

¿No os sube á la cara la vergüenza de andar como enmascarados borrachos en ese infame carnaval? ¿Doblaréis por siempre la frente ante ese andrajo embarrado y sangriento que llaman Bandera? ¿No consagraréis nunca á las santas revueltas de la piedad esa vida que, sin remedio, se va á pudrir con la ignominia del cuartel, la feroz embriaguez del patriotismo? ¿Llegará al fin el día en que rehuséis la obediencia vil y el odioso uniforme para ir por esos mundos resplandecientes de santa libertad, esparciendo la semilla fraternal de una sociedad más justa, de donde brote bendecida cosecha de justicia, de paz, de amor y de felicidad?

Que no puede brotar en una institución militar cualquiera un sentimiento humanitario, lo ha probado muy bien el célebre proceso Dreyfus, donde pudo verse el grado de depresión mental á que habían lle-

gado jefes y oficiales del país llamado la vanguardia de la civilización, y si se ha visto algún ejemplo de dignidad, como el de Picquart, ello no fué debido al medio en que actuó, sino á su predisposición hereditaria ó á su educación primera, que le permitió substraerse á la influencia de ese medio, á neutralizar sus efectos.

Lo ha probado Mr. Charles E. Woodruff, médico militar, quién ha publicado un descubrimiento suyo en el periódico «Army and navy Register» por el cual hace constar que las escuelas militares en general y la de «West-Point», en particular, no producen sino la aminoración física, y la aniquilación mental de sus alumnos. Por experiencia personal, afirma que un joven salido de la escuela mencionada sabe mucho menos en todas las materias que á su ingreso, aunque haya ingresado con las peores clasificaciones y salido con las mejores. Hay además en ese joven un principio de atrofia de las facultades de comprensión, de memoria y de elocución. Por otra parte, aunque hubiese sido campeón de todos los sports en la Universidad, ha perdido casi toda su resistencia, su agilidad, vigor y destreza.

¡Oh, aberración! A pesar de estos hechos bochornosos, continúan los hombres de la raza blanca, llamándose civilizados y al pronunciar tal palabra se les llena la boca. Triste es ¡oh, muy triste! tener

que convencerse de lo contrario. ¿Queréis verlo, acabadamente demostrado? Escuchad á Letourneau en los siguientes párrafos del capítulo que en su Sociología dedida á las «Costumbres guerreras»:

«El hombre primitivo, de cualquier raza que sea, es un animal salvaje. Bajo este concepto, el hombre blanco no es de una esencia superior. Ha sido y es susceptible de llegar á ser más feroz aún que un indio guaraní. Hemos visto á que grado de humanidad habían llegado los antiguos hindús; pero, en general, nada es más sangriento que la historia de todas las naciones arianas.

Nada más atroz que los hábitos guerreros de los hebreos, ó, más generalmente, de los semitas. Después de la victoria, el pueblo de Dios, degollaba, masacraba naciones enteras, tomando como divertimento el acto de aplastar las cabezas de los niños. Nino, vencedor de los medas, hizo crucificar á su rey, su mujer y sus siete niños.

En esa época, la esclavitud era el tratamiento más suave que un vencido pudiese esperar.

Los romanos no fueron más humanos y en sus historias, los ejemplos de ferocidad implacable abundan. Citaremos solamente la masacre de los judíos por el virtuoso Tito (1.100.000 personas, según Josefo) y las hecatombes gálicas cumplidas por el inmortal Julio César. Bajo este concepto, los

anales de la Europa moderna son horrosos. Aún pasando bajo el silencio los peores siglos de la Edad Media primitiva, bastará citar la guerra de Cien Años en Francia, la guerra de Treinta Años y el saqueo de Magdeburgo en Alemania, los horrosos cometidos por los españoles durante la guerra de la independencia de los Países Bajos,—todos esos espantosos saqueos de ciudades durante los cuales la matanza, el robo, la violación, llegaban á ser actos lícitos ó loables.

Actualmente todavía, los europeos más civilizados, consideran como un juego, el exterminar las razas inferiores. En Tasmania, los ingleses han destruído las razas indígenas, fríamente, con el mayor ahinco, con la Biblia en la mano é indudablemente, considerándose autorizados por los salvajes ejemplos que en el libro sagrado hormigean. El gobierno americano á puesto precio, más de una vez, á la vida de los pieles-rojas. El 2 de Octubre de 1749, el gobierno de Halifax, Cornwallis, ofrecía diez guineas por cada indio micmac muerto, inutilizado ó prisionero. El 10 de Agosto de 1763, el gobernador Amhurst ordenó la exterminación de los indígenas.

Encontramos atroces los hábitos de ciertos grupos atrasados de la raza blanca, por ejemplo, los de los «Khiviens», que recientemente aún, pagaban, á cada uno de sus soldados un tanto por cada cabe-

za de enemigo que hubiesen cortado, sin perjuicio, naturalmente, de las insignias honoríficas, precio de valentía. Pero, no hace muchos años, un general francés, después de haber masacrado un puñado de patriotas italianos, telegrafiaba á París «que los chassepots habían hecho maravillas», y, en 1870, los ejércitos de la «nación de los pensadores», bombardeaban las ciudades francesas, fusilando á los franco-tiradores. No queremos hablar de las guerras civiles.

En resumen, los europeos actuales, tan orgullosos de lo que llaman su civilización, no han alcanzado aún sino á la barbarie mitigada y disfrazada, y tienen que hacer mucho todavía, antes de haber cumplido en moral, en bondad, en humanidad, en justicia, la cuarta parte de los progresos que han realizado en mecánica en el espacio de medio siglo».

Ya el gran Darwin, años antes, y con motivo de una refutación á su «Descendencia del hombre» había escrito indignado:

«Por mi parte preferiría descender de aquel heróico y pequeño mono que afrontaba á su temido enemigo, con el fin de salvar una vida ó de aquel viejo cinocéfaló que, descendiendo de las montañas, se llevó en triunfo á sus pequeños camaradas librándoles de una manada de atónitos perros, que de un salvaje civilizado que

se complace en torturar á sus enemigos, ofrece sangrientos sacrificios, practica el infanticidio sin remordimiento, trata á sus mujeres como esclavas, desconoce la decencia y es juguete de las más groseras supersticiones».

Y Flamarión esto que, al decir vulgar, viene como de molde:

«Los habitantes de la tierra están aún en un estado tal de ineptitud, inteligencia y estupidez, que se vé en los países más civilizados cómo los periódicos relatan, como si fuese la cosa más natural del mundo, los arreglos diplomáticos que los jefes de Estado hacen entre ellos, las alianzas contra un supuesto enemigo, los preparativos de guerra; y los pueblos permiten á sus jefes que dispongan de ellos como de un rebaño, que los conduzcan al matadero militar, que los conduzcan á la nada, en colossal hecatombe, sin fijarse si quiera, que la vida de cada individuo es una propiedad personal; que es una acción criminal por parte de un hombre cualquiera, asesinar á cien mil seres humanos... Los habitantes de este singular planeta, han sido educados en la idea de que hay naciones, fronteras, banderas, y tienen un sentimiento de la humanidad tan débil, que este sentimiento se borra por completo en cada pueblo ante el de la patria... Verdad es que si los espíritus que piensan quisieran entenderse, esta situación cambiaría, por qué,

individualmente ninguno quiere la guerra... Hay además unos engranajes políticos que hacen vivir á toda una legión de parásitos».

Escuchad aún á Malato en la siguiente sugestiva escena: «Un campo de batalla en el Transvaal.—Cadáveres de ingleses, boers y cafres.—Un caballo husmea filosóficamente el suelo ensangrentado:

El caballo — ¡Qué bestias son los hombres!... He aquí unas gentes que hace dos horas estaban alegres y eran vigorosos y fuertes: después ¡cataplun! se encuentran, y sin conocerse, sin haberse visto nunca, se exterminan. Nosotros, los que pertenecemos al pueblo cuadrúpedo, somos, indudablemente, más inteligentes. Como dice el viejo Fenelón: «Los leones no hacen la guerra á los leones, ni los tigres á los tigres: ellos no atacan más que á los animales de especie diferente. El hombre, á pesar de su razón, es el único que extermina á su semejante, hecho que debe llenar de orgullo á los animales». ¡La razón del hombre!... ¡Qué farsa!

Un teniente de highlanders (con el pecho atravesado de un balazo) — Me parece oír á mi caballo que habla. Si yo no estuviera muerto me alegraría de saber lo que dice ese animal.

Un boer (con el rostro abierto de un sablazo)—Lo que dice es que somos unos bárbaros.

El teniente (ceremonioso)—Perdón; ¿á quién tengo el honor de hablar?

El boer—A Andrés Kisslabonn, ciudadano del Estado Libre de Orange.

El teniente — Tanto gusto. (Presentándose)—James O'Kelbinnet, teniente en los Gorden highlanders. . . Desolado mi querido colega, por no poder estrecharos la mano tal como lo exigen las conveniencias de una buena presentación; pero mi estado de muerto se opone á cumplir con la buena crianza.

El boer—Es lo mismo; no os guardo rencor por eso.

El teniente—¿Decíais que la opinión de mi caballo sobre nosotros revela una desdénosa severidad?

El caballo—Ya lo creo .

El boer—Escuchadle.

El teniente — Reconozco, á pesar de cuanto diga Rudyar Kipling, el cantor de las glorias inglesas, que es estúpido matarnos sin ningún motivo como lo hemos hecho. Yo no deseaba más que vivir para lucir el mayor tiempo posible mi hermoso uniforme y casarme con mi prima Berta, que tiene treinta mil libras de renta.

El boer—Y yo, creed, que tampoco sentía ganas de morir, teniendo una mujer, seis niños, y además de este rebaño familiar, una veintena de bestias en mi granja.

Un cafre (con el vientre abierto)—Entonces, ¿por qué vos, pacífico campesino,

habéis hecho con mis antecesores lo que los ingleses hacen con vosotros ahora?

El boer (pensativo)—¡Quién sabe! Tal vez nos hemos equivocado al querer civilizar esta raza con tanta severidad...

El caballo (sentenciosamente)—Es el salvaje quien tiene razón...»

Un artista hábil en el arte de la guerra, —cuenta Guy de Maupassant— el general Moltke respondió un día á los delegados de la paz las extrañas palabras que siguen:

La guerra es santa, de institución divina; es una de las leyes sagradas del mundo; ella conserva en el hogar doméstico todos los grandes, los nobles sentimientos: el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y les impide, en una palabra, caer en el más horrible materialismo.

Así, reunirse en rebaños de 400.000 hombres, agrega Maupassant, caminar día y noche sin reposo, no pensar en nada, no estudiar nada, no aprender nada, no leer nada, no ser útil á nadie, dormir en el fango y vivir como los brutos en un embrutecimiento continuo, saquear las ciudades, incendiar las aldeas, arruinar los pueblos, y tras de eso volver á encontrar otra aglomeración de carne humana, arrojarse unos sobre otros, hacer lagos de sangre y montones de cadáveres, tener los brazos y las piernas rotos y los sesos aplastados, sin provecho para nadie, quedar reventados en el campo, mientras que vuestros padres,

vuestras esposas y vuestros hijos se mueren de hambre ¡he ahí lo que se llama no caer en el más horrible materialismo!

Y bien: ya que los gobiernos se atribuyen el derecho de muerte sobre los pueblos, no tendrá nada de extraño que los pueblos usen, á su vez, el derecho de muerte sobre los gobiernos!

Hemos cerrado el ciclo de épocas muy nefastas, es cierto. ¡Épocas terribles de ignorancia y barbarie en que había Césares y circos; pobres pueblos—pasto de amos y de leones,—esclavos de sus vicios y miserias, echados á la gleya ó á la muerte; señores del feudo, dominadores de horca y cuchillo que á las multitudes sometidas manejaban á su antojo, imponiéndoles la coyunda ignominiosa del siervo; negreros que vendían carne humana so pretexto de diferencia en el color de la piel; blancos inquisidores, que, en nombre de un dios mentido, sembraron de espanto el mundo masacrando cuerpos y torturando conciencias; sombríos conquistadores, que en nombre del mismo dios, es decir, la misma superstición, fundieron en una sola hoguera el dolor de cien razas; que con la espada en una mano y la cruz en la otra, dos símbolos de muerte, asolaron continentes donde encontraron mucha luz dorada,—fúlgida

dos oros que todavía destilan sangre; épocas, en fin, en que el abuso, la opresión, la tiranía del hombre por el hombre, llegó á asumir tal importancia que las colectividades parecieron dividirse, naturalmente, en grupos de privilegiados y malditos!

Verdad es que siempre, salvando la dignidad humana, espíritus bravíos han lanzado á los vientos del mundo, la voz sonora de sus rebeliones; verdad es que, siempre, conciencias alivas, emergiendo de las mayorías esclavas, han realizado la tarea de ir sembrando la semilla tardíamente fecunda pero segura de la emancipación. Y este es un positivo consuelo y una eternamente bella esperanza para los que hoy, ideas al hombro, se lanzan, gentilmente, en la soberbia lucha del ideal humano.

La vida es movimiento, la vida es batalla, la vida es acción. Hoy por hoy estamos en la tarea de derribar escombros, escombros amontonados por nuestros abuelos; libramos nuestro combate abriendo los nuevos caminos que han de llevarnos á un mundo de libertad, de aire más puro, de horizontes más amplios, de luz más clara; hay quienes, combatiendo, han entregado sus vidas, en holocausto de una idea regeneradora; y esos —los espíritus bravíos del presente, las altivas conciencias de hoy, expirando en las horcas modernas levantadas por el egoísmo gubernamental y capitalista, tal como antes en las cruces y en las hogueras cla-

vadas y encendidas por el fanatismo religioso,—son los que salvan la dignidad de nuestras generaciones.

Porque, digámoslo de una vez, nuestra época es época de explotación y opresión. El tirano formidable del día, es el capital. A su lado, vigilante, va el mónstruo armado. Contra ellos hemos, pues, empeñado nuestro buen combate.

Somos los gallardos adalides de la contienda libertadora; tenemos fé en nosotros porque combatir es vencer. La vida es lucha y el que no lucha, no vive. Por eso el que lucha triunfa. ¡Ay de los que se entregan! ¡Esos han muerto ya!

Esta época, por lo tanto, es nefasta también, yo no lo niego; pero en realidad ¡cuán diferentemente! Veámos. Hay todavía Césares, y esto es un colmo, tal en la Rusia bárbara, con Siberias congeladas en vez de circos sangrientos como en la Roma de Nerón; pobres pueblos, sucumbiendo en la mina y en los talleres malsanos, no ya bajo la amenazá del látigo feudal, pero sí bajo la ferozmente impasible del hambre y de la intemperie,—porque la civilización que alcanzamos, la de los «derechos del hombre», le ha dado á éste el muy sagrado de morirse de hambre (excepto en algunos países, la cultísima Francia por ejemplo, donde existen severas penas establecidas por la ley de vagos ó sea más

propiamente ley de hambrientos) mercaderes de carne humana,—y en esto francamente, hemos retrogradado mucho, — que no expendea ya carne negra de trabajo sino carne fresca y blanca de prostíbulo; negros sacerdotes que han renegado de Cristo, pero que, de acuerdo con la época, explotan su nombre para negociar la fé en el más siniestro de los «trusts» modernos; y, por fin, repugnantes mercachifles que, en el Transvaal y en la China, lanzan sus ejércitos de esclavos para apoderarse de diamantes y de sedas tal como ayer lo hicieran las hordas de Fernando, con los tesoros del Azteca y del Inca.

Però también frente á este engranaje de mentiras, de abusos y de infamias, que forman una sola explotación, se alza vigoroso, fuerte, bello, radiante de juventud y vida, un ejército de bravos, sin jefes, ni gerarquías, sin otra disciplina que la de la solidaridad y la del múuo acuerdo, ejército, que va en triunfo, en marcha espléndida, hácia el amor y el bien, la verdad y el arte ó sea la belleza.

Y el ejército es numeroso. Es la ventaja que lleva nuestra época sobre las anteriores. Por eso, los que hoy formamos en este ejército de hombres libres, levantamos nuestras voces sin temor á parrillas inquisidoras, á ~~casutas~~ socráticas ni á baños cesáreos, aún que, de cuando en cuando, tengamos que abrir un paréntesis para encerrar en él

la sombra de algún castillo que vosotros, mis lectores, nombraréis, si se os viene en deseo, la mancha roja de algún patíbulo, la zona sombríamente trágica de varias horcas, el fogonazo de los «máuseres» argentinos, asesinando indios rendidos ú obreros indefensos, ó la metralla italiana y española despedazando, ayer en Milan y hoy en Barcelona, carne de héroes y mártires futuros!

CREDO ESTÉTICO

(CONFERENCIA DADA EN EL TEATRO ORFEON
DE MERCEDES - BS. AS.)

(Terminada la representación de *Alma Gaucha*, que fué todo un éxito, la repleta sala colmó de aplausos á los artistas y pidió con insistencia la aparición del autor para ovacionarlo. Aparece Ghiraldo en el escenario y el público le rinde el tributo manifiesto de sus simpatías que envuelven justicia, adhesión y estímulos; y es en este ambiente, así caldeado por el sentimiento colectivo de la idea que triunfa por la belleza en el corazón del pueblo, cuando el autor de *Alma Gaucha*, lee, tan bien como él sabe hacerlo, la conferencia sobre Arte que de seguida publicamos para deleite de nuestros lectores y honra de las páginas de LA LEY.

Héla aquí:)

La gentil actriz que antes de ayer me invitara en Buenos Aires, á recibir los aplausos del público mercedino,—descontados por ella con una penetración psicológica que habla muy en favor de su experiencia,—háme dado uno de los pocos aún que grandes placeres de esta mi vida tan peregrina cuanto azarosa y de batalla.

El público de esta ciudad ha sido el que primero ha escuchado mi palabra cuando este hombre que hoy tenéis en frente, no levantaba dos palmos del suelo. Sin paradoja, pues, ha constituido él, puede decirse, «mi» primer público. 'Cómo he de olvidar jamás, entonces, que ha sido desde aquí, desde este mismo escenario, desde estas mismas tablas, quizás, tablas que á mí se me antojaban cumbres, desde donde resonó mi voz de niño, repitiendo entusiasta y sin medida las palabras que con la sangre de su corazón escribiera la madre de mis amores! Disculpad la emoción. Para ella es este recuerdo. Se lo debía. Sí, para ella este primer recuerdo en esta noche que me dais, de gloria. Para ella que sembró en mi cerebro las primeras ideas de caridad verdadera, esas, que, evolucionando, más tarde, han dado lozanía y vigor á estas otras de redención social que hoy sostengo con la resolución de los convencidos.

Después...

¿Os acordais? El niño, ya hombre, llegó á vosotros con sus ideas formadas, en el momento solemne en que dos pueblos hermanos, como deben ser todos los pueblos, el argentino y el chileno, se amenazaban á través de la cordillera y haciendo rechinar sus dientes los enseñaban disputándose una lonja de territorio, como dos fieras frente á una presa.

Crudo y sin aliño, tal vez, pero con una firmeza que nadie puede discutir vine á deciros lo que sobre el grave conflicto me dictaba la conciencia. Y no me arrepiento. Condené la guerra, considerándola como el más grande de los azotes que aflijen á la humanidad y tuve la doble satisfacción de haber cumplido un deber ineludible de acuerdo con mis pensamientos, encontrando en vosotros un eco resonante, colmador de mis aspiraciones.

Ahora permitidme que una vez más y ante un público numeroso desarrolle á grandes rasgos el concepto que, después de corto pero ardiente combate por un ideal, he formado del arte y de su misión como factor eficiente en el desarrollo de las sociedades.

Comprender la belleza, amarla, penetrarse de ella, impregnarse de su sublime efluvio, es prepararse para pensar noblemente, es levantar la inteligencia á la altura de las armonías serenas, donde la vida se purifica y expande.

El arte es un factor de la vida, porque el arte produce la belleza y la belleza ale-

gra la vida. Matiz, color, fuego, es manantial de luz que nos alienta y redime. De nuestras propias tristezas nacen nuestras esperanzas, cuando el arte sabe encontrar hermosas formas para traducirlas. Así el arte es un redentor que nos hace soñar dorados sueños y abrigar ilusiones y utopias.

Aprenda el pueblo, enseñémosle á gozar de la belleza, para que, desarrollando todas sus energías, pueda vivir así vida completa. Ese es otro derecho al cual todavía no ambiciona sino con muy débiles fuerzas.

Por entendido que hablo aquí del arte como creador de belleza, ya está dicho. No del entretenimiento palaciego, no de ese manejo indigno de frases que el bufón lírico engarza para solaz de un rey ó de una casta con privilegios, sino del arte fecundador de pasiones fuertes y hermosas, que engalana el pensamiento rebelde y triunfal para hacerlo llegar á la masa sufriente, al hermano que suda en las batallas del yunque, llevando á sus ojos entenebrecidos una nueva luz de gloria.

Al mismo tiempo que arroja su grito de rebelión contra los tiranos modernos,—ya sea el económico, ya el de la espada,—reclame, pues, el pueblo, la belleza, la belleza que es luz, que es color, que es alegría,—alma del mundo.

Enaltezcamos el arte, defendámosle, amé-

mosle, ensalcémosle ya que él basta por sí sólo para dignificar y engrandecer la vida.

¿El drama por el drama? Nó. El drama por la vida, entonces; es decir, el drama por la idea. Lo demás será sólo asunto de feria, espectáculo de circo: negocio, nada más que negocio. A lo sumo, goce infecundo, placer de solitarios.

Frase más, frase menos, he dicho en uno de mis libros:

El arte por la idea, la ciencia por la vida. Lo bueno es bello; lo malo es feo.

Esta definición del bien y del mal, puesta en frases musicales por Sienkiewicz en boca de Petronio, el bardo romano, se halla dentro de la ciencia y del arte.

Los sectarios de Brahma, los budhistas, los sabios chinos, los israelitas, los egipcios y los estóicos griegos, como lo hace notar Tolstoy, habían ya arribado á conclusiones análogas. Apesar de ello es hoy una novedad el repetir lo que se dijo hace millares de años.

Podrá la mediocridad ambiente continuar acogiendo entre gritos y palmoteos las burbujas retóricas, los castillos de fuegos artificiales que se complacen en levantar los modernos bizantinos, los decadentes de ver-

dad, que moverían á lástima si no se pensara en que el éxito de esas creaciones huecas, banales y frívolas constituye el principal alimento de placer de sus naturalezas de hermafroditas; podrá el montón que no piensa, asistir impávido á la glorificación de los ampulosos autores de máximas falsas, de idilios tontos, fabricantes de tipos heróicos, al gusto del consumidor; podrán las inválidas multitudes seguir arrastrándose detrás de los expositores de cultos de patrias nefastas, devoradoras de hombres, y de sectas, más criminales aún, torturadoras de conciencias; podrán, todos los inconscientes del mundo rechazar, al mismo tiempo, ó mirar con indiferencia la fecunda obra social de los sembradores de ideas, los bravos paladines de la verdad en marcha, los progresivos luchadores, misioneros del futuro que, conociendo la verdadera causa de la situación desesperante en que se encuentra la mayoría de la humanidad, saben despreciar el aplauso momentáneo para descubrir con mano sincera el telón que oculta las heridas que es necesario curar; pero—¡por las lanzas que han agujereado todos los cuerpos de Cristos! —llegará pronto el tiempo en que la luz sea hecha. Y entonces, de todo el fárrago de inepticias,—algunas de ellas muy bien escritas ó muy bien rimadas por cierto,—con que hoy se refocila una casta, el pueblo, el verdadero pueblo en actual gestación, el

pueblo sábio y poeta de mañana, hará una nueva pira de incendio!

Hay que hacerse hombre para saber hablar á los hombres. Y no es manejando títeres con mayor ó menor habilidad escenográfica, títeres bien vestidos, ridículos ó solemnes, como se llevará á cabo obra duradera. Hay que echarse en la vida, bracear en el oleaje con alma enérgica y músculo férreo, sin adular á minorías privilegiadas ó á mayorías sin criterio, para poder realizar obra de verdadero arte y de verdadera ciencia.

Dice el pensador ruso ya nombrado: «La falsa situación que ocupan en nuestra sociedad la ciencia y el arte, demuestra solamente que los hombres que se llaman civilizados, con los sabios y los artistas al frente, forman una casta con todos los vicios inherentes á ella, sin contar que los que defienden el falso principio de la ciencia por la ciencia y el arte por el arte, véanse todos obligados á demostrar que esas dos ramas de nuestra actividad son necesarias y buenas á la humanidad». Así pues, para ser adeptos de la ciencia y del arte hay que interesarse por el bien de la humanidad.

En «El ideal en el arte», Taine escribe al respecto en esta forma: «El arte sólo

vive de preocupaciones grandes; lo que le rebaja es la debilidad del sentimiento. Por lo tanto, las obras que expresen un carácter bienhechor serán superiores á las obras que expresen un carácter malhechor. Aquellas forman parte del museo definitivo del pensamiento humano».

Y considerando al hombre físico con las artes que le manifiestan, agrega el mismo autor, que las obras serán más ó menos bellas, según se expresen más ó menos completamente los caracteres cuya presencia constituye un beneficio para el cuerpo. Así el arte es superior cuando, tomando por objeto la naturaleza, manifiesta, ya una porción profunda de su fondo íntimo, ya algún momento superior de su desarrollo.

Por su parte, el bárbaro de Nietzsche, que yerra tantas veces como acierta, exclama, arrebatado, en «El Crepúsculo de los ídolos»: «El arte es el gran estímulo de la vida. ¿Cómo podría entonces llamársele sin fin, sin objeto? «El arte por el arte» es una serpiente que se muerde la cola».

No hay entonces dos caminos. La fórmula falsa, se derrumba definitivamente y en esta empresa, vemos empeñados, con ardor y violencia, á los más altos cerebros contemporáneos.

Y no me digais que esto sea reducir el campo del poeta á quien hoy y siempre se ha exigido pensamiento, pese á los va-cíos y arlequinescos orquestadores de pala-

bras sin sentido, la legión de artificiosos inócuos, la bandada de incoloros parlanchines que pulula llorando sobre el limo dejado en la corriente del tiempo por todas las literaturas.

Escuchad estas profundas palabras de Maëterlink: «Siempre me ha parecido que el anciano que vejeta en un sillón, sorprendiendo en las cosas que le rodean las leyes eternas de la vida, vive, en realidad, más intensamente que el amante que estrangula á su querida, que el militar que logra una victoria, y que el esposo que venga su honor».

Es ya tiempo, pues, ¡oh apologistas de patrañas! de cesar en la ridícula confección de himnos de gloria á esos héroes militares de invención propia y agena. Es ya tiempo también ¡oh, infecundos desenterradores de muertos! de abandonar en el olvido las sombras de los pretendidos trovadores, que ni siquiera han sabido cantarse solos. ¡Mirad, oh poetas épicos del día, que también vosotros pareceis cantores asalariados!

¡Qué han de hacernos llorar dolores convencionales y añejos, cuando á la vista, tan cerca de nuestros ojos, tenemos tanto dolor fresco, que simboliza pena social, floreciendo en flores rojas y prolíficas! ¡Oh poetas, hermanos míos! lanzad las cuadrigas de vuestras estrofas en pos del dolor actual, que es el de todos, ese dolor que irrumpe

á gritos de las estepas de Rusia, de los muros de Monjuitch, de las guillotinas de Francia, de las horcas de Chicago y hasta de la Isla del Diablo si queréis!

Advertid que tenéis frente á vosotros, para estudiar de cerca, ejemplares de héroes cuya odisea á través del mundo propagando el principio de un ideal gigante, encierra más poesía que todas las luchas egoistas empeñadas por czares y emperadores, caciques y presidentes de repúblicas.

Escribid, en dramáticos diálogos, la epopeya de la idea nueva, llevada victoriosa á través de todas las sombras proyectadas por las bayonetas, sables, fusiles y patíbulos, erguidos como murallas de errores ante la verdad; cantad la gloria de la luz triunfal en medio de las espesas nieblas formadas por la ignorancia y el fanatismo y así habréis hecho obra de poetas-hombres.

Creedme: recién entonces habréis realizado el ideal del arte.

Queremos, pues, que el artista sea hombre de ideas. El arte sin misión social, podrá constituir un refocilamiento momentáneo en ciertas naturalezas incompletas, en ciertos embriones de varón, pero nunca podrá ser elemento suficiente para llenar as-

piraciones grandes, verdaderamente grandes, de esas que se lanzan al mundo con los nombres de Pasiones y Amores, Heroismos y Martirios. Es al lado de estas potentes vibraciones que debe caldearse la psiquis del artista.

Y es así como piensa este flamante autor dramático á quién la musa roja,—roja de sangre de vida, porque la sangre muerta es de color distinto,—ha hablado al oído confiándole secretos que sin pecar de avaro, no podría nunca guardarse para sí,—y á quien, valga lo que valiere, no podrá nunca negársele calor de verdad en sus concepciones, aspiraciones grandes y fuego de rebeldía contra toda opresión, contra toda injusticia.



«Por la verdad y la belleza», hemos escrito en la parte más alta de nuestro estandarte, comprometiéndonos á hacerlo flamear, victorioso, sobre el mundo.

Modernos paladines, con algo de Quijotes si queréis—¿porqué no? si, como todo, el espíritu del bravo manchego evoluciona pero no muere,—disponemos de la gran fuerza inicial que nos dan nuestras convicciones profundas surgidas de un ideal tan grande, tan ámplio, como el universo mismo.

Hemos entrado y nos sostenemos en la brega á pecho y alma en descubierto.

¿Satisfacciones? Sí. Nuestros pensamientos constituyen parte de nuestra vida. Sofocados aquéllos, disminuída ésta. Es una necesidad exteriorizarse tal como se siente y piensa. Nosotros nos exteriorizamos tal como somos. De ahí nuestro placer ó sea la realización de nuestra vida. ¡Oh, envidiadnos los que, por conveniencias mal calculadas, os sometéis al criterio ajeno rebelandoos sólo para adentro, mordiéndoos los labios cuya sangre absorveis, junto con la bilis de vuestra propia impotencia! ¡Oh, la alegría del que fué esclavo! ¿No la conocéis? ¡Arrojar las cadenas, azotando con ellas el rostro de los déspotas!

Puede arrastrarse púrpura en la corte de los poderosos sin dejar por ello de ser pordiosero del mendrugo ó de la gloria. En cambio; qué diferencia en saberse, en ser reyes de si mismos, alentando como fuertes, defendiendo y salvando la integridad fuera del manoseo de los que solo ven en el artista un instrumento á quien, como al payaso sus cascabeles, hacen sonar á tarifa determinada, sus estrofas ó sus cláusulas, más ó menos rimbombantes, más ó menos coloreadas pero siempre sonando á esterlinas!

No! Si hemos de ser, si somos artistas y hombres, es perentoria nuestra marcha hacia el pueblo. Vamos á él, á confundirnos en su grandeza que es la de todos, á templarnos en su dolor que es el nuestro,

á brillar entre sus oros,—su labor,—que es la riqueza común, á bañarnos en sus lágrimas que es nuestra amargura, vida también, á surgir, esplendentes y soberbios, de sus derrotas que son el triunfo de la humanidad.

¡Hacia el pueblo, artistas! Es decir: ¡hacia la vida!

EL REGIONALISMO EN EL ARTE

Quiero hoy rozar un tema grato á mi espíritu de luchador y artista, pese á su apariencia conservadora y tradicional. El regionalismo en el arte, he dicho. Y bien. Mucho se ha hablado ya sobre lo que a primera vista diríase en pugna con las ideas revolucionarias sustentadas por la falange rebelde en cuyo número me cuento. Es lógico, es natural, es obvio que el escritor desee, pretenda, insista en dejar en el espíritu de sus contemporáneos la mayor huella posible, pues es más fácil que así su obra perdure en los tiempos.

Un artista de verdad, un alma encendida por la pasión de la belleza, gozará siempre el encanto de la vida, sea cual fuere el ambiente social que lo rodee; se sen-

tirá herido por la luz del amor palpitante en todo lo que alienta; descubrirá la armonía de la línea; se arrojará en la música del ritmo con que sabe arrullarnos nuestra única madre y señora: la naturaleza; pero eso no bastará para presentarse ante el mundo como un revelador. Y el artista debe serlo.

Penetrar en el espíritu del hombre; extraer de su abismo el secreto; exteriorizar su luz; develar su misterio; escrudñar su sombra; sondar en sus complejidades y relacionar su existencia con la de la colectividad, con la existencia del grupo, entrando en la estructura de las sociedades para desentrañar de su seno las leyes que las rigen, como en los mares el náutico estudia y profundiza sus corrientes; he ahí la obra del que ostentar puede con derecho y altivo orgullo el título de artista, vale decir, de pensador y de poeta.

No quiero presentar un dogma. Que el arte no es esclavo. ¡Rechace el dogal, el libre! Así el arte. Quiero sólo hacer resaltar un hecho. No deja huella duradera el escritor que no supo hablar á los hombres con el lenguaje de su dolor y de su alegría; iluminar los corazones con el rayo de la propia esperanza; esclarecer las mentes con la luz de la propia amargura; distraer la mirada con los colores que combinó su fantasía.

Estudiar la vida de una familia, de un pueblo, de una nación; reflejar con propiedad un ambiente social; poner de relieve los usos, las costumbres de una colectividad; fijar en las páginas de un libro el carácter de un prototipo ó echar, hace vivir sobre la escena, el tipo encarnador del alma de una raza, equivale á dedicarse entero á una tarea magna por su tamaño y por su hermosura, tarea digna de absorber todas las potencias de un ser imaginativo y pensante.

El niño de hoy, el escritor de mañana, surge en el seno de un grupo, adquiriendo conocimientos acerca de las modalidades que distinguen á sus componentes y va así acumulando detalles que formarán su inapreciable capital futuro. No lo dudéis: con ese capital, él forjará su obra, su obra de experiencia, su obra de amor, su obra fundamental y orientadora, su obra única, esa que ha de perdurar en el tiempo, por que será obra de verdad y de vida, es decir, de poesía y de pensamiento.

He aquí como este internacionalista, este incorregible soñador de sueños humanitarios y fraternales,—locos sueños libertarios,—este demoledor de fronteras políticas y barreras de Aduanas, afirma en arte un regionalismo que así, á priori, podría juzgarse como producto de una idea que fuera una aberración. Nó. Y sostendré mi tesis con ejemplos frescos.

Tomemos á Tolstoi, el autor que quizá

cuenta hoy con más cantidad de lectores en todos los continentes. Su obra es regional. Toda su literatura, desde sus balbuceos, — si los tuvo, — desde Ana Karenine hasta Resurrección, refleja la vida del pueblo ruso, de su pueblo, del que él conoce, al unísono de cuyas palpitaciones ha vivido, amado y sufrido, por cuya libertad ha luchado durante sesenta años de gloria. A Zola en Francia. Desde los Rougon Maquart hasta los Cuatro Evangelios, con un paréntesis—Roma—toda su obra es regional: Francia en decadencia, Francia viciosa, Francia guerrera, Francia doliente, Francia gloriosa, ahí está; toda su obra es Francia, es su familia, es su pueblo, es su raza moviéndose, luchando, cayendo é irguiéndose triunfal en las páginas soberbias de sus libros; soberbias de verdad, de amor, de humanidad, de justicia.

Acabo de nombrar á los dos autores contemporáneos que más influencia han ejercido en nuestro mundo intelectual; á los dos autores sindicados como subversivos universales, porque su obra, al desparramarse por el mundo ha llevado en sus páginas el germen de las más sagradas rebeliones.

Y son dos regionalistas en arte.

Pero entendámosnos. Son éstos dos regionalistas que han realizado obra universal. Tolstoi, estudiando al hombre ruso, ha estudiado al hombre. Zola ha hecho otro tanto

en su ambiente. Ninguno de los dos ha despreciado una energía. Han ido á una finalidad con un tesón de verdaderos pensadores y poetas. Estos dos soñadores, estos dos utopistas, estos dos admirables hombres de arte, han reflejado en sus libros la vida de sus pueblos pensando en la humanidad entera porque ellos también como este autor que habla, habían borrado de sus mapas las fronteras políticas. Y la eficacia de su obra está precisamente en esa energía puesta en sus concepciones, energía imposible de adquirir cuando se anda mariposeando en la vida, viviendo á flor de piel, sin entrar en el alma de los seres por falta de voluntad y de luz.

Se me argüirá que los autores nombrados no pertenecen á aquellos á quienes ha dado en llamarse regionales. Aunque por extensión, yo sostenga que sí,—no han de ser regionales sólo los autores que escriban en dialecto; naciones hay que no los tienen,—no tendría,—y eso para traer siempre á colación ejemplos frescos,—no tendría, digo, sino que mencionar á una región de España,—he nombrado á Cataluña—para reforzar triunfalmente mi tesis. Ahí tenéis la obra literaria de esos valientes regionalistas catalanes: es la de más transcendencia, la más universal, la más revolucionaria, en el alto sentido de la palabra, que se ha escrito en España. En el teatro,—con Santiago Rusiñol, Angel Gui-

merá é Ignacio Iglesias á la cabeza—los autores catalanes del día han realizado, realizan saludable obra de zapa contra el prejuicio y la rutina, levantando á alturas de gloria y luz, la roja bandera de las redenciones humanas. ¿ Por qué? Porque ellos, dadas las condiciones en que han estudiado y trabajado su obra de arte, de acuerdo con las ideas expuestas, han podido entrar hondamente en el alma de sus pueblos; cavar en la veta más pura y extraer de allí el más límpido de los oros.

¿ Queréis ahora el ejemplo contrario? Os lo voy á dar. Fresco también. Ahí tenéis convertidos en simples cronistas bulevarderos á todos los jóvenes escritores de esta y otras tierras de la América que, al abandonarla, han abandonado también el tesoro de sus experiencias, el capital con que contaban, ese que no se improvisa, el único propio, porque no es producto de la usura, el robo ó la explotación, sin haber conseguido en el trasplante europeo otra cosa que perder en energías creadoras como si la ejecución de la obra de pasión y de arte, esa que deja huella perdurable en los tiempos, les estuviera vedada.

Y es porque la eficacia de la obra de arte, repito, está sencillamente en el mayor grado de pasión que alcancemos al concebirla y en la mayor cantidad de fuerza que tomemos del ambiente para darle forma, expansividad y duración. ¿ Qué cómo

se fecunda esa pasión y se adquiere esa fuerza? Ya está dicho: viviendo la vida de un pueblo, entrando en el espíritu de los hombres, agitando ideas y planteando problemas que interesen á la humanidad, haciendo, en fin, obra de proyecciones universales, aunque el punto de partida sea, tenga que ser, la familia, el grupo, la región donde se ha amado y sufrido, el ambiente donde el escritor se ha formado, desde que lo nutrió el seno materno hasta que una pluma comenzó á escribir, con leche de esa misma madre, la primera de sus páginas siempre blanca de ternura...

LA TRATA DE BLANCAS

La Asociación Nacional Argentina contra la trata de blancas, continúa, con tesón encomiable, su campaña contra los comerciantes de esclavas. Sabido es que la trata de estas ha alcanzado entre nosotros enorme desarrollo. En varios documentos que son públicos, la Asociación de la referencia ha demostrado la extensión de la llaga que es necesario curar. Al efecto presenta ejemplos abrumadores. El mal está muy avanzado y sus raíces han ido muy hondo. Por eso nosotros creemos que para extirparlo se hace imprescindible llegar á las fuentes. El mal es un mal social extendido en todo nuestro organismo. Su tratamiento, por lo tanto, no podrá hacerse, con resultado, mientras se le considere como enfermedad cutánea. No es un simple tópico, el que hay que aplicar, sino un regenerador. Así entendemos el problema.

Se nos presenta el cuadro de la mujer víctima de un mercader repugnante sobre

el cual se pretende descargar toda la ira social, como si él no fuera asimismo un producto del ambiente. Si el artículo abunda es porque hay demanda en plaza. Y en este caso el que compra es tan culpable como el que vende. Entre el intermediario y el sibarita existe pues una especie de convenio tácito, de pacto, de alianza criminal. Tan mercader y tan repugnante es uno como otro. Que á falta de uno de ellos no habría víctimas.

Es necesario apreciar el mal en toda su magnitud. La desgraciada que cae en el antro lo hace: 1º por hambre; 2º por exigencia fisiológica; 3º por intriga ó engaño; 4º por vengüenza de ser madre; 5º por incapacidad para ejercer otras tareas.

Ahora bien, nosotros decimos: Trate de suprimirse estas causas y se suprimirá el cáncer.

¡Pero no seamos hipócritas ni mogigatos! Una sociedad que reglamenta la prostitución, que cobra fuertes impuestos por permitir el comercio infame, no puede, honradamente, decir que busca la desaparición del mal. Lo que busca es cubrir la llaga con un tafetán rosa que en el caso nuestro se denominará: «Liga de protección á las jóvenes»... .

Las condiciones inícuas de explotación impuestas por el actual estado social á las familias obreras, condiciones que, á cada

paso, por falta de uno de sus miembros, —padre, hermano mayor ó madre,—pueden exponerlas á la más desesperante miseria; el falso concepto del honor femenino que no admite el contacto sexual sin la sanción suprema de la ley, atadura inútil que vá contra toda la fuerza de una función natural, incontrarrestable; la celada, tendida con la complicidad indirecta de la misma ley, puesto que ella es impotente para evitar á una de las partes las terribles consecuencias del contrato que ampara; el desprecio que la sociedad demuestra por la mujer capaz de concebir fuera de las condiciones legales, prefiriendo así el detenimiento de la energía procreadora y dando privilegios ridículos á las poseedoras de vientres infecundos; la pésima educación que hoy se dá á las jóvenes, pobres y ricas, educación perjudicial que las incapacita para la lucha en la vida, motivo éste que las entrega rendidas al dominio del hombre, brutal casi siempre;—esas y no otras son las causas á estudiar en el presente caso; ese el verdadero problema á dilucidar. Mientras no se le encare de frente, nada se hará en beneficio de la mujer joven, hoy sin defensa, debatiéndose, desesperada, entre el lobo hombre, enfermo de sensualismo y el hombre presa, siempre en acecho del metal sonoro.

ECOS DE UN CRIMEN

(Discurso pronunciado en la Plaza Constitución de Buenos Aires el 17 de Octubre de 1909, en el mitin de protesta organizado por la Federación Obrera Regional Argentina, contra el fusilamiento de Francisco Ferrer.)

Tres días, que fueron cien de sobreexcitación, de dolor y de angustia, debatiéndonos en medio de la más desesperante de las impotencias, luchando contra el más trágico de los silencios, tratando de penetrar en el más cobarde de los misterios, pugnando por desentrañar, á dos mil leguas de distancia, el pensamiento de los que hoy todo lo pueden en esa pobre España—agobiada y momentáneamente envilecida por una clase ruín de gobernantes—han puesto á prueba una vez más nuestro sistema nervioso hecho ya á todas las contingencias.

Sin embargo, nunca como ahora hemos sentido el choque brutal de la injusticia repercutiendo en todo nuestro ser, extreme-

ciendo todas nuestras fibras, sacudiéndonos, agiténdonos, desquiciéndonos, como si el huracán del crimen se hubiera desatado sobre el mundo.

Y es que nunca—desde las épocas consideradas bárbaras y que ya creíamos desaparecidas para siempre, desde las épocas en que el fanatismo religioso impedía la libertad del pensamiento, cuando en nombre de un dogma se exigía el sometimiento ó la muerte—los hombres han presenciado un espectáculo tan denigrante para sus entidades de seres pensantes y concientes. Compañeros de dolor y de ideas: el asesinato de Francisco Ferrer, llevado á cabo por las autoridades de España, es el más inicuo de los crímenes perpetrados en los modernos siglos. Se trata del fusilamiento de un maestro de escuela. Sí, á Ferrer se le asesina por el delito de haber enseñado á la infancia. ¡Ah, bárbaros! Ya no es el caso de decir: ¡pobré Ferrer! ¡No! Digamos: ¡pobre España, pobre humanidad que tolera el atentado!

Yo no soy enemigo de España. Claro está que la negación no sería necesaria, conocidas como son mis ideas internaciona- listas. Pero alguien que ha oído mal ó no ha oído mis opiniones, ha lanzado por ahí una afirmación que quiero levantar. No soy, por cierto, amigo de la España inquisitorial, que hoy perpetúan los gobernantes retrógrados, ni de la representada por los

académicos espías, por los alcaldes traidores ó por los capitanes verdugos; ni de esa militaresca y sombría que tan bien simbolizan los jueces prevaricadores y los testigos falsos cuyas declaraciones han servido de pretexto para condenar á Ferrer; pero si soy amigo de la España que hoy reverdece—consoladora esperanza—en el ingenio literario de un Galdós, en la ciencia de un Ramón y Cajal, en el teatro de un Jacinto Benavente, en la poesía de un Eduardo Marquina. Soy amigo de esa España nueva, en cuya formación está empeñada una generación valiente, compuesta de artistas y de pensadores, cuya voz es hoy sofocada por la mordaza gubernativa; voz que resonará mañana, actualmente ahogada en pechos altivos que han de estallar si la capa de plomo sigue pesando sobre ellos.

Bien: á esa España nueva, pertenece Ferrer, el hasta ayer apóstol de la enseñanza científica y racional en España y el desde hoy martir por obra y gracia de gobernantes asesinos.

Pese á su popularidad, la personalidad de Ferrer es poco menos que desconocida. Es para muchos un simple hombre de buena voluntad, que ha dedicado su tiempo y su fortuna á la fundación de unas escuelas ni mejores ni peores que las existentes; para los más—y esta es una opinión exclusivamente conservadora.—«un afiliado al anarquismo», que disponiendo de dinero, lo ha donado á la causa, arrastrado por el

fanatismo de sus ideas; para otros uno de tantos extraviados bondadosos, de esos que erraron el camino de su vida por debilidad de carácter; y para el resto—el montón más ignorante—un terrorista, acreedor á todos los castigos y venganzas.

Según el criterio sensato, es Ferrer un gran maestro de escuela de este siglo. Un hombre que ha tenido el concepto claro de la enseñanza del niño; tal como deben realizarla los hombres libres de prejuicios y de tiranías que coarten el desarrollo de las energías humanas. Fuera de todo dogma, la enseñanza propagada por Ferrer, reposa sobre una base científica y racional, descartando en consecuencia el empleo de toda noción mística ó sobrenatural. Desde su punto de mira, la instrucción no es sino una parte de esta educación al lado de la formación de la inteligencia, el desarrollo del carácter, la cultura de la voluntad, la preparación de un ser moral y físico bien equilibrado, cuyas facultades sean asociadas armoniosamente y orientadas hacia su máxima potencia.

Cree Ferrer que la educación moral, mucho menos teórica que práctica, debe resultar principalmente del ejemplo y apoyarse en la gran ley natural de la solidaridad. Sobre todo sostiene que en la enseñanza de la primera infancia es necesario que los programas y métodos se adapten tanto como sea posible á la psicología del niño, lo que

no sucede en ninguna parte, sea en la enseñanza pública ó privada.

En esta forma entendía Ferrer junto con los demás miembros de la Liga Internacional para la educación racional de la infancia, de que era presidente, introducir efectivamente en la enseñanza de la niñez y en todos los países, las ideas de ciencia, de libertad y de solidaridad.

¡Qué programa más hermoso para la realización de una vida! Este es el verdadero Ferrer, el único Ferrer existente á quien se acaba de sacrificar, echando mano de los más infames recursos y en holocausto del catolicismo monárquico que hoy deprime á España.

He hablado de testigos falsos al hablar de la condena de Ferrer, y quiero, aunque parezca superfluo, hacer hincapié en lo que debe de estar en la conciencia de todos: que la farsa de este proceso no tiene parangón posible. Aun con ser tan monstruoso, ni el de Chicago es igual. Para demostrarlo definitivamente, bastaría con mencionar un caso. El dato más acusador de los publicados hasta estos instantes contra el sacrificado, consiste en la declaración de dos testigos que manifiestan haberle oído hacer á los revoltosos indicaciones para levantar unos rieles. ¿Qué más? ¡Ferrer, el maestro de escuela, enseñando á los obreros que colocaron

los rieles, la manera de levantarlos!

Lo torpe del cargo subleva y conturba.

¡Y basta de discurso! Estos son momentos de acción. ¡A la acción, pues!

Y la acción en este caso, fuera de las enérgicas medidas que la clase obrera debe tomar, ha tomado ya en consonancia con la actitud que cuadra en momentos como los presentes, es, en homenaje al mártir y cumpliendo su último postulado, sembrar de escuelas racionalistas el territorio de la República, de acuerdo con las bases de la educación científica echadas por Ferrer en Barcelona—ya que por medio de la educación moderna y revolucionaria ha de regenerarse no solo España, sino el mundo.

Creo que es esta la forma más eficaz de contestar á los que vertiendo su sangre generosa han imaginado anular la obra del educador. Una vez más quedaría así sentado el principio de que la sangre es fecunda. La de Ferrer, no será estéril. Probemos que no ha caído en tierras yermas.

FRENTE A FRENTE

Un pueblo cae en la abyección cuando permite que sus mandatarios desvirtúen, abusen ó violen las instituciones que han jurado respetar y defender.

El pueblo argentino, cómplice de un gobierno tiránico, merece execración doble. Lapidémosle. Vibre en sus oídos la voz tonante de la censura que merece á los honrados quién no ha tenido en el momento de la prueba, cuando el derecho inalienable del ciudadano ha pensado en conculcarse, sino el aplauso denigrante, el gesto aprobatorio, predecesor del sometimiento indigno, de la abdicación timorata, del renunciamiento suicida.

Digo: 1º. Que el 14 de Noviembre de 1909 el Presidente de la República Argentina, José Figueroa Alcorta, al decretar el actual estado de sitio, ha violado la Constitución que nos rige, desde el momento que esta, en su artículo 23 declara termi-

nantemente: «en caso de conmoción (1) interior ó de ataque exterior «que pongan en peligro el ejercicio de esta Constitución», se declarará en estado de sitio la Provincia ó territorio en donde exista la perturbación del orden».

Ahora bien, la muerte de dos hombres, sean estos cuales fueren, producida por un tercero, responsable único de su acción ante la ley,—aunque este tercero pudiera muy bien en tal momento haber simbolizado en síntesis terrible el estado de la conciencia colectiva,—no constituye el caso expresamente determinado en el texto intergiversable de la Constitución. No ha nacido el hombre capaz, por sí solo, de originar una «conmoción» que ponga en peligro el ejercicio de la Constitución de ningún pueblo,—así fuera este el más torpe, el más ínfimo, el más misérrimo.

2º. Que esta violación se ha verificado con la complicidad del pueblo como lo demuestra el hecho insólito de que, después de haberse extinguido el eco de la descarga dinamitera, no haya surgido una sola voz serena y orientadora, voz de protesta ante la iniquidad gubernamental en ciernes, voz condensadora del sentimiento de una colectividad consciente de sus derechos. Por el con-

(1) Conmoción, es decir, tumulto, levantamiento, pronunciamiento, revolución de algún pueblo, de alguna provincia, etc.

trario. Fué en esos instantes trágicos, cuando la ignorancia y el temor aconsejaban á los hombres de gobiernos que padecemos, cuando hubimos de contemplar la más triste, la más lamentable de las escenas. Sí, fué en esos instantes trágicos, más propicios á la meditación honda y desentrañante que al acto brutal cuando la inteligencia es la guiadora de nuestros movimientos, que nos fué dado contemplar á un grupo de multitud loco, imbecilizado por prédicas absurdas, lanzarse á la calle en actitud de vengador, y, al amparo policial, renovar los actos vandálicos del malón indio. Así es como han sido asaltados los locales de los obreros, quemadas sus bibliotecas, destruídas las máquinas de sus imprentas, desde donde la palabra, sectaria ó no, pero sincera siempre de sus propagandistas salía á esparcir calor y vida por las calles de la ciudad hoy envilecida, hoy humillada.

3º. Que las autoridades argentinas después de haber violado la Constitución, al declarar en estado de sitio el territorio de la república, invocando una causa que no existía, es decir produciendo un hecho sin motivo fundado, se han abrogado poderes que esa misma Constitución les niega. A saber: han violado el secreto de la correspondencia, allanando locales públicos y privados, como ser imprentas, secretarías de centros obreros, casas particulares y realizado se-

cuestro, destrucción é incendio de objetos, verdaderos robos, asaltos pacíficos ó violentos como el llevado á cabo en el diario «La Protesta» donde se inutilizaron máquinas, en el local de los Conductores de Carros, donde se entregaron sus muebles y libros á las llamas y en las pobres viviendas de los obreros, anarquistas ó no, á quienes se desconoció como hombres y se afrentó como ciudadanos.

4º. Que actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable y sujetan á los que los formulen, consientan ó firmen, á la responsabilidad y pena de los infames traidores á la patria, de acuerdo con el artículo 29 de la Constitución mencionada, según el cual nadie puede conceder al Ejecutivo Nacional facultades extraordinarias, ni la suma del poder público, ni otorgarle sumisiones ó supremacías por las que la vida, el honor y las fortunas de los argentinos queden á merced de gobiernos ó persona alguna.

Y 5º. Que José Figueroa Alcorta presidente de la República Argentina y el pueblo que con su silencio ha «consentido» el atentado, han incurrido en esa responsabilidad y merecen esa pena.

INTENCIONES

(PROGRAMA DE «LA PROTESTA»)

Circunstancias especiales, fuera hoy de tiempo para recordar por inoficioso é inútil, han sido óbice á mi presencia en esta casa en el puesto que, con la decisión de siempre, ocupo desde el instante en que hago estos trazos y para el cual—fuerza y honroso es decirlo—habíame designado ha rato, la voluntad de compañeros en ideales y aspiraciones.

Desaparecidos los obstáculos que hubieran seguramente entorpecido el desarrollo de mi acción ayer, puedo, con toda la independencia que para el caso se requiere, dada la suma de absoluta responsabilidad personal implicada por un puesto de tan excepcional índole, asumir hoy la dirección de LA PROTESTA, esta hoja fuertemente vinculada ya al proletariado de la Argentina, sin temor á que mi libertad sea coartada, bien por sectarismos fatales en un

medio donde la pasión y el odio juegan papeles importantes, ó por participaciones imposibles en tareas de suyo incompatibles.

Y esto dicho esbochemos siquiera lo que pensamos y queremos al echar sobre nuestro pensamiento la difícil carga.

Hacer de esta hoja un arma eficaz de combate contra el enemigo de todos, la ignorancia y la opresión de arriba, al propio tiempo que un instrumento altamente educador para los luchadores de abajo, hoy divididos por la cizaña y el encono, arrastrados en el despeñadero de los rencores personales porque no han aprendido á comprender todavía que sobre el interés perentorio y egoísta del momento, existe el fundamental de la obra á realizarse, cuya trascendencia está en que ha de traer lo que un altísimo pensador denomina «el uso armónico de la libertad» en el mundo.

Llevar á las filas obreras una palabra de serenidad y de valor entendiéndola también que la energía no puede estar solo concentrada en la brusquedad simbolizada por una palabra, por un sonido, cuando detrás no se halla la idea grande, fuerte, como diciendo que aquello—esa palabra, ese sonido—es algo más que una cosa hueca, sin sustancia.

Reflejar la vida actual en las columnas de esta hoja, convencidos de que es indis-

pensable el conocimiento de todos los factores determinantes de un medio para poder apreciar mejor la calidad de elementos con que ha de combatírsele.

Deducir del hecho local, diario, la conclusión universal, encarada desde el punto de vista de nuestras ideas, de nuestra orientación sociológica basada en la historia y en la experimentación—por ser esta forma de propaganda la más práctica, la que presenta más facilidades para despertar el sentido crítico en el cerebro del pueblo, que pensará así en dar comienzo á la aplicación de teorías consideradas aún por el mayor número como utópicas y por ende impracticables.

Presentar también una palestra libre de dilucidación, donde todos los hombres de buena voluntad y con ansias de luz, encuentren campo abierto para la exteriorización de sus ideas, ya que sería una pretensión ridícula, más, indigna de estudiosos, de investigadores, el pretender constituirse en los únicos poseedores de la verdad.

Hacer por fin del arte un factor de propaganda, ya que indiscutiblemente lo es de cultura, acogiendo en este periódico toda producción cuyo punto inicial esté representado por este anhelo: la realización de la verdad y la belleza.

Y basta. Un programa puede encerrarse en dos palabras, mucho más cuando, co-

mo en este caso hay ánimo de sobra para cumplirlo. Verdad y belleza hemos dicho. ¿Qué más? Ese será, ese es nuestro lema. Si no lo cumpliéramos, la idea y el amor á la causa nos lo demanden.

LA "PROTESTA"

EN SU V ANIVERSARIO

Buenas batallas, Bravos hechos donde las armas de los luchadores modernos han relampagueado frente á frente del tremendo enemigo. Agitación del taller cuando la conciencia despierta después del sueño enervante, grito insurrecto, toque de huelga, motín de la calle, rebelión y hecatombe, toda acción, toda lucha, todo martirio ha tenido entre nosotros un vocero. Ese vocero altivo ese vocero vibrante, es una gloria obrera. Se llama «La Protesta». Diríase este un nombre insustituible. En los fastos revolucionarios fulgura ya una fecha: 1º de Abril de 1904. ¿Porqué no hacer entonces un poco de historia contemporánea?..

La fundación de «La Protesta» diaria es debida á una iniciativa individual, y es el espíritu de justicia, inspirador de mis actos, el que me induce á recordar en estos momentos un nombre: el del compañero Juan Crea-

ghe cuya decisión, cuya energía fueron la base, el punto de arranque de esta empresa á la cual yo he tenido el placer de entregarle muchas horas de mi vida, pocas siempre si se tiene en cuenta la fecundidad de la obra.

La hoja valiente apareció como un reto. Bandera de guerra flameando resuelta con gestos de amenaza sobre el torreón capitalista, hizo sonreír á algunos, despertó iras en otros, hirió á muchos, inquietó á todos. La audacia inquieta cuando detrás del ademán soberbio se presiente la intención del sacrificio. Así en este caso. Desde el primer momento se vió que la aparición del diario no implicaba un desplante botarate sino la revelación de una fuerza. Y fué temida.

Después. . .

¡Oh, días de peligro! ¡Días sombríos, días de amenazas, días de gloria que hemos vivido! Fueron mi orgullo y hoy son mis recuerdos amados. Al evocarlos, siento revivir toda una época. ¡Y son de ayer! ¡Epoca toda acción, toda lucha, sombra y luz, compasión y odio, vida en fin, que palpité, se agitó y murió como todo lo que alienta! ¡Oh, quién me volviera á hacer revivir ese pasado!

Pero nó. No lamentemos demasiado la desaparición de esos peligros. Ya vendrán otros sin que se les llame. ¡Ojalá sepamos para entonces tener contra ellos la

misma serenidad, igual valor para salvarlos!

«La Protesta» atropellada, «La Protesta» perseguida, «La Protesta» clausurada, «La Protesta» encarcelada, «La Protesta» desterrada, no fué sinó una sola en todos los momentos: ¡sobre el dolor, sobre la tiniebla, amordazada, en la cárcel, ella fué siempre «La Protesta» triunfante!

Después. . .

Como esos luchadores á quienes de pronto oculta á los ojos del espectador un remolino de polvo, una nube de humo ó llamarada de incendio,—polvo, humo ó incendio producidos por sus propios movimientos, provocados por sus propias armas al esgrimirlas contra el adversario,—así, de entre la nube, así, de entre el incendio, fuerte el brazo, resuelto el ánimo, resurgió el combatiente sosteniendo la misma bandera de luz que no ha caído, que no caerá de sus manos porque ese combatiente, como el poeta ha dicho: ¡Soldados somos y el juramento escrito queda con nuestra sangre: ¡morir un día, el más brillante, el más azul, el más espléndido, el día de la gloria, abrazados á la enseña!

Después. . .

Otra vez la mordaza, otra vez la clausura; el atropello del enemigo á quien se hace conmovér en sus cimientos, con el golpe certero de la lógica revolucionaria, con el argumento avasallador de la justicia que

no nos ha abandonado nunca, con la formidable crítica del régimen capitalista y gubernamental que soportamos, crítica de la que bien podemos envanecernos ya que, á medida que el tiempo pasa, el mismo tiempo vá confirmándonos en nuestra razón, y convenciendo para siempre jamás á los incrédulos, á los pesimistas y confundiendo á los necios.

Segundo estado de sitio y segunda vergüenza republicana.

Después. . .

Los que persisten son, han sido, serán. Nosotros persistimos. . . ¿Qué? Sí, nosotros persistimos diciendo: tenemos fé en la vida que es acción, fé en nosotros, hacedores de vida. Sí, fé, en nosotros, los que hemos luchado, fé, en nosotros los que hemos caído, como las águilas, con las alas abiertas, listas al nuevo vuelo, más fuertes después de cada derrota, más hechos al dolor, sangrando á veces, sonriendo siempre al sol, nuestro padre á quién miramos de frente exclamando: ¡Sol de verdad, sol de amor, sol de belleza, salud!

¿Qué más? Ya sé que esta no es una historia de «La Protesta» pero sí una síntesis del momento más agitado de su vida, del momento en que flameó con más brío porque fué aquel un momento excepcional en la marcha de este pueblo. Momento de prueba, prueba de fuego de la que salimos victoriosos, llenos de ardor y corage,

aunque serenos, porque la conciencia de nuestras propias fuerzas nos acompañaba. El proletariado argentino ha dado al mundo el ejemplo. Es posible ya la existencia del diario revolucionario y anarquista. Cinco años de vida lo demuestran. Este 5º aniversario de la fundación de «La Protesta» que hoy celebramos debe estimularnos á todos. A los que disponemos de una pluma templada al calor de los ideales nuevos, ideales de redención social, de arte y belleza en todas sus manifestaciones, á los que dentro de la fábrica con el cerebro abierto á la luz, forjan la vida con sus propias manos, á los obreros del campo, ya iniciados en las rebeldías dignificadoras y á todos, en fin, los que conciben una organización económica y una educación más en armonía con las leyes naturales á quienes unicamente por torpeza é ignorancia podemos contrariar.

UN DESCUBRIMIENTO Y UNA OPINIÓN

Acabo de realizar un grande, notable, enorme descubrimiento.

—¿Qué? dirán ustedes.

Sí, lectores míos, acabo de descubrir que estamos viviendo en Rusia, en plena, ingrata y bárbara Rusia. Y hasta este momento nadie, que yo sepa, se había dado cuenta de ello.

¡Eureka! podremos por fin exclamar ahora ante el cúmulo de barbaridades desarrolladas, á vista y paciencia de un pueblo que, en alguna época, tuvo envergadura heroica.

¿Cómo sinó iban ustedes á aceptar que hechos tan humillantes y vejatorios para la integridad individual—tales aquellos en que se han visto envueltos los últimos de-

portados á quienes se acusa del terrible delito de pensar por cuenta propia, es decir, contrariamente á lo establecido en cánones y protocolos oficialescos,—no tuvieran su correctivo inmediato, su protesta, siquiera en la plaza, en la calle, en el salón público, en todo sitio, en fin, donde la flor de vida de los pueblos, la juventud — esperanza pasea su triunfo y su gloria como desafiando al futuro? ¡Ay! decididamente, á pesar de las ráfagas llenas de sol que en días como el de hoy atraviesan las calles nuestras, estamos rodeados por atmósferas de estepa helada, yerta, sin vida. ¡Si en realidad, parecemos todos muertos!

Y es que cuando esa juventud tolera la injusticia, tolera el abuso, tolera la infamia, todo está muerto sin duda, y el pueblo no existe.

La sanción de una ley inicua, como la de expulsión de extranjeros, ley draconiana, cobarde y cruel, que pone en manos del poder policial la vida y hacienda de hombres conscientes y altivos que luchan por obtener un alivio en su vida agria de explotados, debiera haber conmovido ya á este pueblo hasta la médula, sacudido sus fibras más recónditas y sublevado sus sentimientos más dignos. ¡Pero si ya hasta las piedras de las calles debieran haberse levantado,—solas se entiende, por pu-

ra indignación,—para estrellarse en la frente de quienes la dictaron!

Pero la más desesperante atonía reina en «Cosmópolis». Y sólo una que otra voz se ha atrevido á lanzarse en medio del silencio y la calma, atrayendo hacia sí miradas de asombro y provocando gestos raros, como que el fenómeno vital tiene que producir escándalo en medio de atmósferas enrarecidas.

Estamos, pues, á punto de asfixiarnos. Soy de opinión que es necesario abrir la tráquea al enfermo. En caso contrario, sucumbiremos irremisiblemente.

¿Y? ¿Se han convencido ustedes? ¿Tenía ó nó razón? ¿Vivimos ó nó en plena Rusia?

No lo pongan ya en duda. ¡Ahora, para que el cuadro sea completo, dice un amigo mío que lee á mi espalda, faltan solo los nihilistas vengadores.. Claro está que, desgraciadamente, ya aparecerán si se empeñan.

¡La tráquea, entonces, la tráquea! ¡La abrimos ó nos ahogamos! ¡Es fatal!

LEYES DE RESIDENCIA Y DE DEFENSA SOCIAL

(Discurso pronunciado en la «Casa Suiza» de Buenos Aires el 11 de Diciembre de 1911).

Traigo al seno de esta asamblea la convicción profunda de que la tiranía, contra la cual luchamos, constituye una gran vergüenza que nos afrenta á todos los hombres habitantes de la región Argentina.

Esas dos leyes monstruosas, esos dos abortos legales, mal denominados «ley de residencia» el uno y «ley de defensa social», el otro, servirán de baldón de ignominia para la generación presente,—ya que ellos bastan, por sí solos, para cubrirnos de sombra ante las miradas de los que nos sucedan en el camino de la vida.

No la queja entonces, no el sonido lastimero, nota entristecida, gemido de angustia ó lágrima de débil. Sí, la voz tonante, el gesto amplio, el pulso sereno, signos todos reveladores del ánimo firme que nos alienta en este instante de prueba á los hombres sustentadores de ideas libres.

Sigamos, pues, salvando siquiera, en este gran naufragio, la dignidad personal,—ya que la colectiva está perdida sin remedio. Por otra parte, y este es nuestro gran consuelo, no olvidemos que un núcleo conciente puede, como lo demuestra la historia, salvar, en un momento dado, el honor de un pueblo entero; que siempre minorías inteligentes y enérgicas, fueron las incubadoras y propulsoras de los grandes movimientos reivindicadores y de redención.

Sin falsas modestias, considerémonos, en este momento, formando parte de ese núcleo, aunque sólo sea porque jamás nos ha faltado la entereza indispensable para atravesarnos con lo que somos y lo que valemos, en el trayecto tortuoso seguido por los usurpadores de la libertad.

Sin temblores en el labio nuestra palabra, en cascada de fuego, ha de salir lanzando el grito de protesta, la condenación sin levante, el anatema flamígero que merecen el atentado legal, la burla diaria, el bochornoso espectáculo que nos ofrece el

poder autoritario argentino, subvertido en tales formas que bien podemos, sin exageración alguna, declararlo el más torpe, el más atrasado, el más nefasto, aún comparado con el de las naciones más ensombrecidas de la tierra.

A fuer de sinceros, hemos de hacer constar el único motivo, el único factor en que podríamos apoyarnos para eximir de parte de la responsabilidad en que incurren nuestras colectividades al tolerar, con su indiferencia cómplice, el abuso, el atropello y el crimen legal.

Este motivo, este factor importante á la verdad ¿porqué negarlo?, reside en la ignorancia de los hechos deliberadamente silenciados por la prensa diaria. Si, digámoslo bien alto: la gran voz del periodismo argentino, ha callado en esta ocasión ante el dolor del pueblo obrero, ante la persecución tenaz é injusta ejercida contra él por la violencia organizada, y ha callado, guiada por un mal entendido interés, por falta de conocimientos de los actuales problemas sociales que agitan al mundo, falta de conocimiento engendradora de una actitud contraproducente, reflejo fiel de la ambiente cobardía.

E insistimos sobre este punto de capital importancia, porque él ha de darnos, quizás, la clave del fenómeno, es decir la clave del porqué de esa indiferencia cómplice, á que

aludimos. Hace un año, crecidity de talle, que las redacciones de nuestros grandes diarios,—esos órganos de opinión, como ha dado en llamárseles, minuciosamente informados de cuanto acontecimiento grande ó minúsculo ocurre en todas las latitudes del globo—, van archivando, y, por lo tanto, ocultando á las curiosas miradas de sus lectores, hechos importantísimos, verdaderos casos dignos del más trascendental comentario.

Esos diarios que llenan largas columnas ocupándose de frivolidades y accidentes nimios, hasta dar en el más desesperante de los ridículos, han ocultado sistemáticamente la infinidad de extorsiones realizadas contra la clase obrera por las autoridades argentinas amparadas por la más absurda, por la más denigrante, por la más atentatoria de las leyes.

Un abogado argentino, un hombre de estudio que sigue con atención la marcha social de este pueblo, nos decía, á raíz de la promulgación de la ley de defensa social, y refiriéndose al Congreso que la dictara, que su sanción obedecía á un fenómeno ya estudiado, de sugestión colectiva. Según su tesis, la impresión de cierto público, vibrando aún en el aire el estallido de cierta bomba, habría llegado, magnificada, hasta el seno de ese cuerpo colegiado. Después... el miedo encargádose había de los demás. Y el absurdo hecho ley,

salió á la calle. Pero, agregaba, la ley nace muerta y ya verá Vd., cómo ella no se aplicará. Es tan arbitraria, va contra tantos derechos, que yo tengo la seguridad—fueron sus propias palabras—de que, personalmente, (y aquí lo del fenómeno de la sugestión colectiva), ninguno de los diputados que la votaron, rubricaría con su firma, en la serenidad de su gabinete, semejante adehesio. Y como yo, con un gesto exteriorizador del pesimismo que me poseía, dudara de sus aserciones, terminó mi excelente amigo, refiriéndose siempre á la famosa ley:—tenga la seguridad; caerá de hecho. No habrá juez que la entienda. No puede ponerse en práctica. Va contra la ley madre, ley de las leyes, inviolable y sagrada. En una palabra: es inconstitucional.

Entonces recordé la anécdota de aquel gobernador de provincia derrocado de su puesto por un político gaucho. Cuando éste le amenazó de muerte, el gobernador contestó:—Yo no puedo ser juzgado sin proceso político. Mi vida está amparada por la Constitución. Y sacó de su más seguro bolsillo el librito que la contenía. Y el bárbaro:—¡Qué Constitución, ni qué Constitución! Yo mando aquí...¡Cuatro tiros he dicho! ¡Y ha de ser ya mismo! Llegaron los tiradores y el gobernador fué fusilado con la Constitución sobre el pecho. Después, sobre el mísero cadáver, aún caliente, zumbando como avispa de nuestros montes, la

siniestra ironía:—tomá, defendete ahora con el librito,...

Y así le está pasando á este pueblo con la ley de defensa social. Mi amigo el abogado, el digno hombre de estudio, no estuvo, desgraciadamente, en lo cierto cuando congeturó tal resultado. Y así acababan de demostrarlo de manera incontrovertible los buenos compañeros, hoy sumidos en las sombras del encierro, ejemplos palpables de la barbarie de una ley draconiana, indigna de esta época, indigna de un país hasta ayer enorgullecido por sus anhelos de libertad y de luz.

Examinemos ahora algunos de los casos en que, pese á la Constitución y para mal de todos, ha intervenido la ignominiosa ley.

Proceso Suarez—Hé aquí la primera víctima. Tres años de confinamiento en las regiones polares por el delito de haber regresado al país después de su deportación, inhumana é inconstitucional. Suarez es un muchacho, un niño casi; obrero dignísimo. Anarquista é hijo amantísimo como ya lo quisieran para sí las esposas de los jueces que lo han condenado. Después de la proscripción, Suarez, sin pensar en el peligro que corría su persona, impulsado por su gran cariño, regresó al país en busca de la madre de la cual era sostén y á quién abandonara tan forzada y brutalmente. La

sociedad argentina acaba de condecorarlo con el premio del amor filial. Ya lo sabéis: tres años de confinamiento en Ushuaia. Suarez ha partido ya á recoger su premio. La madre espera en nosotros. Hagamos nosotros porque no espere en vano.

Caso López—Este proceso se ha sustanciado,—y valga el terminacho jurídico,— en la provincia de Buenos Aires, sección de San Nicolás. López, otro joven, escritor de combate, era redactor de un periódico, «La Lira del Pueblo», en que apareció un artículo denunciado por un señor fiscal como contraventor á la ley. Preso en Junín hace un año, junto con el impresor del periódico y un niño de quince años distribuidor de la imprenta, después de una odisea evocadora de los tiempos inquisitoriales, acaba de ser condenado, en primera instancia, á tres años de encierro. No conozco la suerte del impresor y del niño. Esta causa se halla actualmente en apelación. La defensa, como el gobernador de marras, se amparará también en la Constitución para evitar la confirmación de tan insólita sentencia, pero mucho me temo y, con sobrados motivos, que en este caso tampoco sirva para nada el librito..

Caso Bertotto—Otro joven y valiente periodista acusado por haber transcripto en un periódico local un trabajo del escritor Rafael Barret, muerto prematuramente en

Europa. Bertotto se encuentra en libertad bajo fianza y á la espera de sentencia.

Caso Grau, Arin y Salvá—Proceso contra *La Protesta*—Para dar una idea exacta de la monstruosidad de la ley y del espíritu de venganza de clase, de persecución á las ideas, que guía á los jueces que han intervenido en esta causa, basta saber que aquella señala el plazo de 10 días para la dilucidación de los procesos. Pues bien, estos acusados llevan un año en los calabozos del departamento de policía sin que se haya logrado aún un auto definitivo. Todo ha sido inútil. No existe razón legal alguna que ampare el abuso. Pero la situación de los presos no ha variado.

Ahora bien, estos son los casos judiciales más salientes que han llegado á conocimiento de toda nuestra prensa. Como veis se trata de casos revestidos de una gravedad suma. Un grupo de hombres inocentes privados de su libertad durante largos meses en contra de toda razón humana ó legal, bien merece la mención y el comentario de quienes dicen reflejar en sus columnas la defensa de los intereses populares.

Quiero así mismo formular un cargo á la juventud argentina, no á la que actuó de salvaje en las tristes y vergonzosas jornadas del Centenario, sino á aquella otra que vive y alienta imbuída al parecer en

ideas de democracia y republicanismó. Esa que se embriaga de júbilo cuando evoca los preceptos de la Constitución Argentina y que por propia consecuencia no debería olvidar á sus antepasados, aquellos hombres, grandes indiscutiblemente que la dictaron, según reza el todavía admirable preámbulo «para promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para ellos, para su posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino».

Sí, yo exhorto á esa juventud, la concito y la aplazo para acusarla de traición y dolo en caso de un renunciamiento; sí, la concito á unirse en esta gran campaña iniciada por nosotros contra el crimen legal. Sí, nosotros en nombre de nuestro dogma redentor, ella en el de la fé jurada frente á las instituciones de la república pervertidas también por los que mandan.

Para demostrar definitivamente esta afirmación hagamos un poco de glosa constitucional.

Dice la Constitución en su artículo 14: «Todos los habitantes de la república gozan del derecho de publicar sus ideas por la prensa sin censura previa».

Pues bien, por si no lo saben, oígan los sordos. De acuerdo con la reciente ley de defensa social acaban de ser allanadas por la policía tres imprentas sospe-

chadas de imprimir en sus talleres el diario obrero *La Protesta*, cuya aparición, ó cuya reaparición mejor dicho, no podría impedirse sin atentar contra un derecho consagrado. Agravantes de este caso: la policía ha amenazado á los vendedores, repartidores y demás elementos de dicho diario, con encarcelarlos en cuanto pretendan reanudar sus tareas. Sin proceso, naturalmente, de ninguna clase, sin llenar una sola fórmula, así, porque ella manda aquí, como el político gaucho. ¡Cuatro tiros y ahora mismo!...

Sabido es que el artículo 14 ya mencionado, tiene un corolario que dice: «El Congreso Federal no dictará leyes que restrinjan la libertad de imprenta, ó establezcan sobre ella la jurisdicción federal».

Para no andarse cortos ni remisos los Congressales del día, resolvieron establecer sobre la libertad de imprenta—¡qué Constitución, ni qué Constitución!—la jurisdicción policial, y por delegación de esta entidad, hoy, en la gran capital argentina, la Athenas del Plata, el París sudamericano, la censura previa se encuentra en manos de la policía de investigaciones. Así como suena. ¡Oh, dolor! ¡Oh, vergüenza!

En el artículo 17, podemos leer lo siguiente: «El domicilio es inviolable co-

mo también la correspondencia epistolar y los papeles privados.»

Pedid á los obreros de cualquier gremio y os explicarán en qué forma se respeta hoy por la policía la inviolabilidad del domicilio. No hay un local social que no haya sido invadido ya por la fuerza armada. Las reuniones son impedidas á capricho, habiéndose hecho absolutamente imposible toda vida de relación. Armada con la ley sin nombre, asesina de libertades, la autoridad policial se ha declarado dueña y señora de vidas y hacienda obrera, después de haber el Congreso escarnecido el artículo 29 de la Constitución, cuyo texto no está demás repetir: «El Congreso no puede conceder al Ejecutivo Nacional, facultades extraordinarias, ni la suma del poder público, ni otorgarle sumisiones ó supremacías, por las que la vida, el honor, ó la fortuna de los ciudadanos queden á merced de los gobiernos ó de persona alguna. Actos de esta naturaleza llevan consigo una nu'idad insanable y sujetarán á los que los formulen, consientan ó firmen, á la responsabilidad y pena de los infames traidores á la patria».

Y á otro artículo para otra comprobación: «Ningun habitante de la Nación puede ser penado sin juicio previo. Nadie puede ser arrestado sino en virtud de orden escrita de autoridad competente».

Permitidme una digresión.

Hace poco tiempo se cometió en esta ciudad un atentado policial contra un hombre conocido, el Dr. Albarracín. Albarracín, como presidente de la sociedad protectora de los animales, contestó una nota al jefe de policía en términos que este funcionario consideró ofensivos para su persona ó para el cargo que investía; no sé. Lo que sabemos todos es que, á raíz del recibimiento de la nota, el formidable jefe ordenó, por sí y ante sí, los cuatro tiros del político gaucho, y Albarracín fué apresado y conducido á la mazmorra urbana, donde padeció infames horas.

La prensa diaria, y entiéndase bien que no voy á acusarla en este caso por su actitud, sino simplemente á hacer notar una contradicción, levantó su grito condenatorio y en sueltos y artículos vibrantes, hizo chasquear en los oídos del ensoberbecido funcionario, el látigo de sus indignaciones. Salió entonces á relucir, lógicamente, el artículo 18 ya mencionado: «nadie podrá ser arrestado, etc...»

La protesta era justificada, pero es necesario que el pueblo sepa que antes de ser detenido el Dr. Albarracín, por orden del jefe de policía, detención que provocó la justísima indignación general, doscientos ciudadanos habían sufrido idéntica vejación, la misma afrenta, sin que la voz

periodística se alzara en sus defensas como lo exigían las circunstancias. Doscientos ciudadanos tan dignos todos de respeto por sus derechos, como el más grande, como el más honesto, desde que ellos, al más grande, al más honesto, podrían, parodiando una frase célebre, decirle: *nos* que, juntos, valemos más que «vos»,... etc.

Y es que la cobardía ambiente engendra las tiranías como ya lo hemos remarcado alguna vez. Acatemos, dicen todos. Y se someten sin darse cuenta de que, al hacerlo, se constituyen en cómplices de la barbarie. No protestan. Cuando más tienen una frase para disimular la falta de valor. Y se suicidan. Tal la prensa bonairense, en su casi totalidad, al silenciar los atentados llevados á cabo por las huestes policiales durante el año que termina.

No! Protestemos! Por conservación propia, por bien entendido egoísmo, porque mañana ha de medirse á todos con la misma vara, (dígalo Albarracín que no es obrero), porque el abuso cometido contra cualquier miembro de una colectividad, así sea éste el más humilde, truécase en ignominia, en afrenta, para quienes lo toleran, por cuanto, moralmente, hiere á todos; porque, para la buena existencia de los grupos humanos, la solidaridad está necesaria como oxígeno para el individuo; porque no hay más que una sola justicia y el dolor de uno es el dolor de todos!

Es aplicando ese criterio con el que hemos de arribar á conclusiones hermosas y dignificantes.

Y á otra cosa.

El Gobierno Federal, dice la Constitución, en su artículo 25 «fomenta la inmigración europea y no podrá restringir, limitar, ni gravar con impuesto alguno la entrada de los extranjeros en el territorio argentino».

Creo que no hay para que extenderse sobre tal tópico. Ya sabemos todos en qué forma se fomenta la inmigración á este país, desde el año 1902, en que se dictó la ley de expulsión de extranjeros, ley que implica una traición á los mismos hombres á quienes se les llamó, abriéndoles de par en par las puertas del país y que llegaron á él amparados por las grandes y solemnes declaraciones de la Constitución más libre de la tierra.

Un mal entendido patriotismo ha sido el inspirador de esa ley que está en pugna con el espíritu y las decisiones de los fundadores de la Nación Argentina, aquellos videntes que con la visión del futuro, comprendieron que para la grandeza de la misma, menester era la cooperación mundial, y para ello, invitaron á los hombres de todos los climas, á llegar al suelo argentino, donde «gozarían libremente de los derechos de trabajar y ejercer toda industria lícita, navegar y comerciar,

entrar, permanecer, transitar y salir del territorio; usar y disponer de su propiedad; asociarse; profesar libremente su culto; enseñar y aprender».

Y ya queda dicho y demostrado cómo se cumplen tan amplios preceptos.

Con la intención de contrarrestar la influencia de una frase sintetizadora de una doctrina, frase célebre, pronunciada por un estadista norteamericano en un momento histórico memorable, otro estadista argentino, que hoy ocupa el puesto de presidente de la República, echó á volar la suya, más hermosa por cierto, dada la apariencia de su amplitud y digna de haber sido sustentada en el futuro por una actitud que condijera con el énfasis con que fué acompañada.

El norteamericano, parco, lacónico en demasía, condensó así: «América para los americanos».

Sin penetrar en el espíritu de la frase, el argentino replicó: «América para la humanidad».

Y bien, tengamos el valor de acusar de inconsecuencia al hombre de pensamiento, que desde su puesto de gobernante no ha sabido hacer honor á la frase que tuvo la virtud de consagrarlo como poseedor de un alto y generoso espíritu.

¡América para la humanidad! ¡Qué ironía! ¡No! En este caso, funcionando á toda marcha la ley de residencia, con su

acoplado, la de defensa social, se impone otra frase. Y esa es la que lanzamos nosotros, sin la ambición de inmortalizarla, pero con más convicción: América para los que no piensan...

Como cláusula final, y pése á mi pesimismo, debo declarar que creo en la eficacia de una acción conjunta contra las leyes combatidas, siempre que todas las fuerzas obreras se unifiquen en un solo *block*, impulsadas por una misma aspiración y haciendo á un lado por un momento las cuestiones de tácticas políticas, y, para siempre, las rencillas y enconos personales que hoy las mantienen divididas,—procedimiento que por otra parte, en nada puede comprometer las diferentes orientaciones de cada grupo.

¡A cerrar, pues, contra el enemigo, que es sólo fuerte por nuestra debilidad! Y si es verdad, como yo afirmo, que está perdida, sin remedio, la dignidad colectiva, después de un año de humillaciones soportadas sin un gesto de altivez, sálvese, al menos, el pundonor de la clase!

CONTRA EL CRIMEN LEGAL

(Discurso pronunciado en el meeting celebrado en la plaza Lavalle el día 7 de Julio de 1912 en Buenos Aires).

Como en los días más sombríos, como en las horas más trágicas atravesadas, esas que, para vergüenza eterna de réprobos y de mandones, han de quedar marcadas con líneas imborrables en el cuadrante de nuestra historia, aquí, frente á frente del despotismo contemporáneo, estamos de nuevo los que ayer y los que hoy hemos salvado y salvamos; — digámoslo con mucho orgullo y en voz muy alta! — la dignidad de todo un pueblo.

¡Y otra vez, con la verdad en los puños, según la frase sarmientesca, aquí, en pleno día, erguida la figura, altivo el gesto, como ayer, como siempre, venimos á lanzar

nuestro reto, nuestro guante de luchadores, sin temores humillantes, sin cobardías suicidas, contra la sombra, contra el crimen, contra la ley inícuca, contra la infamia hecha ley!

Una advertencia: Para los que nos miran, para los que nos observan, para los que nos siguen en nuestro camino de rebeldes, para los que nos amenazan, para los que nos esperan armados en los recodos y en las encrucijadas legales, para todos los enemigos, los leales, y los traidores, los que han sabido pararse en el campo como buenos ó convencidos y los que acechan en los antros, rastros y miserables; sépanlo, por nuestra boca que no quiere mentir y que ha adquirido el derecho de que se le crea: la idea está en nosotros como la luz en el sol. ¡Para perseguirla, para sofocarla, para amengüarla siquiera, tendréis también que amengüar, que perseguir, que sofocar nuestros alientos, que detener nuestros empujes, que apagar nuestra sangre, que exterminar nuestras vidas! ¡Porque así, fuertes como la misma idea que nos sustenta, emanación de ella misma, sangre de su sangre, luz de su luz, eso somos!

Y ahora á los hechos.

Como en la fábula antigüa del gigante Almanzor, el pueblo obrero argentino ama-

neció un día encadenado por sus gnomos legisladores. Confiado como el gigante, el pueblo se había dormido. Dos años de sometimiento, dos años de abyección é ignominia, son más que suficientes para castigar descuido tan infausto. Esta asamblea, este acto solemne en nuestra vida colectiva, es la demostración más terminante de su despertar. Sea él, pues, afirmación de fuerza, ostentación de energía, columna de fuego orientadora en nuestra noche. ¡Es necesario que nuestras voces, impregnadas por nuestra fé, convengan á los indiferentes ó apáticos, entonen á los remisos, se extiendan, repercutiendo en los cuatro horizontes del país y lleguen, vibrantes de justicia y de indignación, hiriendo los oídos de los propios tiranos y sus cómplices! ¿Tiranos he dicho? ¡Y bien! Desde que hay tiranizados hay tiranos. Menguados es cierto pero tiranos al fin; tanto que su escasa talla parece que rebajara el baldon... Espliquémosnos.

¡Una ley sin ley, una ley coercitiva y bárbara, ley de excepción, ley cruel porque lastima inocentes de toda culpa, ley dictada para una nación entera, nación con tradiciones hermosas de libertad; ley sin ley, repito, ha puesto en manos de una policía tan inconsciente como todas las de la tierra, la vida nuestra colectiva,

el derecho ciudadano, el de reunión, el de prensa y, por ende, hasta el honor, la integridad personal! Puntualicemos por que es del caso.

Esa policía ignara, al amparo de esa ley monstruosa, ha saqueado hogares, ha inflingido penas á hombres dignísimos, laboradores proficuos de nuestra colmena, verdaderas flores de humanidad, hombres-exepción, por sus bondades, sus fuerzas y sus luces; ha penetrado á mansalva, interrumpiendo funciones dignificadoras, en el local obrero donde se gesta actualmente la más fúlgida, la más ardiente, la más reconfortante, generosa y amplia idea de verdadera solidaridad y amor que hayan concebido los cerebros á traves de los siglos; ha escarnecido mujeres, admirables compañeras llenas de abnegación y de dulzura, aventándolas fuera de la tierra donde fueron vientres y corazones fecundos; ha encarcelado, vejado, atropellado é, indirectamente, asesinado seres dignos, por todos conceptos, del respeto y la consideración de sus semejantes!

¡Como corolario ahí tenéis á los fiscales y á los jueces, implacables, inflexibles, aplicando una ley criminal, aparentando creer—¡no creen en nada!—en su papel de salvadores sociales y condenando en consecuencia, sin remordimientos y sin escrúpulos, con penas severísimas, de

prisión y de destierro, á hombres inocentes, inocentes de toda culpa!

¿Qué hacer en tanto? Según mi pobre entender no existe sino un camino á seguir. El pueblo debe exigir la derogación total de las dos leyes que combatimos y contra cuya vigencia se realiza este meeting, la de residencia y la social, rechazando toda modificación que, al dejar una subsistente, me refiero á la primera, vendría á sentar una premisa imposible. Esto es que la ley no era mala en sí, en su espíritu, sino en su redacción. Y esto es, precisamente, lo que no puede aceptar el pueblo bajo ningun pretexto. ¿La ley es mala? ¡A derogarla, pues! Nada de enmiendas que, dadas nuestras idiosincrasias, seguramente la tornarían más perjudicial aún para aquellos á quienes enredara en sus mallas. Por la modificación en proyecto se entregaría al poder judicial la aplicación de la ley dejándole al acusado el derecho de defensa. Pues bien, no se necesita ser un clarovidente para profetizar que la enmienda sería esta vez también peor que el soneto... Hoy, en tres días, de acuerdo con los perentorios términos de la ley,—llamémosla así,—la policía pone fuera del país al sindicato por ella como víctima. Por lo menos esto es expeditivo y el ciudadano, blanco de la

injusticia, pierde pronto de vista á sus verdugos. Mañana...

En esta tierra donde los más insignificantes trámites judiciales demoran meses, cuando no años, donde para mover un expediente, como se dice en términos curialescos, se necesitan más hombros que los de Sansón, en esta tierra de los jueces tortugas y del avengrismo, cada proceso de expulsión sería un nuevo calvario. Y en cuanto al resultado, idéntico. Policial ó judicialmente, en tres días ó en tres meses salir del país con el sambenito de *peligroso*, puesto esta vez con una solemnidad agravante.

No! Rechacemos la enmienda y resolvamos aquí, en este día lleno de luz y de esperanza, no cejar en nuestro empeño, ya que otra cosa sería olvidar el lema del comité iniciador de este movimiento.

¡Contra el crimen, pues, contra la sombra, contra las leyes iníquas, contra la infamia hecha ley!

CONTRA LAS LEYES ANTI-SOCIALES

(Discurso pronunciado en el Salon - Casa
Suiza de Buenos Aires el 25 de Julio de 1912.)

Así como el movimiento se demuestra andando, los pueblos dan señal de su existencia haciendo vida colectiva. Ahora bien, á juzgar por la falta de ésta diríase que el pueblo obrero argentino está durmiendo ó yace muerto. No es posible otra suposición frente á frente de la realidad. Solo así puede concebirse la tolerancia con que permite la vigencia de leyes como la de Residencia y la Social, esos dos anacronismos legales, esos dos absurdos, esas dos ignominias articuladas, metidas á empujones y codazos por legisladores bárbaros en nuestra armazón judicial.

Porque, digámoslo de una vez, sin reatos ni cortapisas: un pueblo altivo, un pueblo consciente de sus derechos y libertades, un pueblo de verdad, se hubiera echado á la calle ya cien veces en son de amenaza y de escarmiento, evitando con un gesto digno la aplicación de cláusulas denigrantes para su integridad que lo rebajan y lo humillan dejándolo estigmatizado para siempre y en el bajo nivel de las castas esclavizadas, de los ilotas y los tristes atados de brazos y amordazados de lengua, por los tiranos más torpes, en las épocas más sombrías de los siglos que ya fueron.

Yo he nacido en esta tierra. Yo me he criado en ella embriagando mi oído desde la infancia con frases de libertad. En el hogar, en la escuela, de los labios de mis padres, de los de mis maestros, sólo llegaron á mi corazón naciente palabras de generosidad y nobleza. Buenas, grandes, francas. Sin doblez las creí. Se me explicó cómo los intrépidos abuelos, valientes y rebeldes, allá en la época trágica habían sabido solos, sobre sus caballos de pelea, frente á frente de enemigos formidables, gestar un mundo con sus manos de héroes. Un mundo nuevo lleno de amor humano, del que descartado habían el odio y la codicia; espléndido por su amplitud, molde inmenso donde encontrarían alivio, bienestar, luz de vida, todos

los parias, todos los desterrados, los miserables todos de la tierra. Me hice hombre después. Observé con mis propios ojos, estudié, hice deducciones y la duda comenzó á morderme. Hoy...

Francamente, hay momentos en que hoy, pese á mi pesimismo, me parece estar en plena pesadilla. Y no puedo rendirme á la evidencia. ¿Cómo es posible me digo que sea verdad todo lo que nos rodea? ¿Cómo es posible que los herederos directos de aquellos esforzados varones de Mayo y de Julio, esos, los videntes ensoñadores de una nación sin ejemplo, sean estos pobres lacayos del capital, estos pobres, mezquinos seres asustadizos y faltos de fé en la obra heredada, torpes y crueles, sin más norte y más brújula, sin más ambición y más objeto que el de satisfacer pasiones subalternas, llenar la bolsa, conquistar el filón de oro, trepar al puesto público en cualquier forma, la más impúdica, la más logrera? Pero ¿son ellos en realidad los herederos de los libertadores? ¿Esas turbas inconscientes, instrumento de directores criminales, que han dado hace poco en esta ciudad el más innoble de los espectáculos, incendiando imprentas, asaltando locales, al amparo de una policía cómplice, persiguiendo seres indefensos, afrentando mujeres, insultando ancianos; esa misma policía, deteniendo y martirizando en sus

antros, fuera de toda ley, legal y humana, al grupo de obreros más altivo y más valiente, probando en la hora crítica no tener corazón y tener miedo; esos legisladores que, trémulos de pavor, en sus bancas, piden la ejecución en masa de la secta criminal, como denominan al conjunto de hombres sustentadores de la idea filosófica más vasta concebida hasta hoy por mente humana; esos ciegos, esos lisiados, esos anquilosados del cerebro, esa turba, esa grey, esa indiada moderna, encharolada y lucida puede pretender ser la heredera de los gestores de la independencia de América?

Y la pesadilla sigue. Sigue, cuando evoco las figuras dolientes de los perseguidos por la injusticia social. Sigue, cuando desfilan ante mi mente las familias de los confinados, de los aventados al azar por las leyes inícuas; de los encerrados en las cárceles sin haber delinquido, de los amenazados sin tregua, músculos fuertes, conciencias claras perpetuamente bajo la garrá en acecho, lista á caer á cada instante, sobre el padre, sobre el hermano, sobre el hijo de todo obrero que no sea un sometido servil, un pobre esclavo sin ambición de libertad y de luz. Sigue, cuando pienso que una sociedad de traficantes, donde el robo se ha organizado de una manera perfecta casi, donde imperan el odio, la usura y el despojo, ha sido la

inspiradora de esas leyes contra cuyo ejercicio nos hemos levantado. Y sigue, cuando asombrado contemplo la desorganización de un proletariado que hasta ayer dió pruebas de dignidad y resistencia ante la tiranía capitalista. Sigue, cuando mi mirada ansiosa solo vé sometimientos y cobardías de parte de un pueblo cuyo proletariado es blanco de las iras, de los cálculos y de las artimañas de una clase explotadora que cuenta para el logro de sus fines con el apoyo de códigos torniquetes, el fusil del soldado y el machete del sayón.

Y si consideramos que esta situación no es de un día, que hace diez años que la ley de Residencia se encuentra en ejercicio, que hace diez años los deportados por ella, en sus peregrinaciones inenarrables, van enterando al mundo de la monstruosidad que entraña su persecución, crece el asombro y una oleada de amargura hincha el corazón, inunda el pecho pretendiendo aplastar la energía del luchador.

Y otra vez volvemos á nuestra primera aserción. El pueblo obrero argentino está dormido ó yace muerto. Despertémosle, hagamos por despertarlo los que no hemos perdido la fé en la lucha, el deseo de la acción, la confianza en nuestras propias fuerzas, la esperanza de días mejores. Despertémosle, ya que darlo por muerto equivaldría á entregarnos también nosotros los que nos hemos identificado con

sus dolores, los que hemos vivido de sus anhelos, los que defendemos ideas de redención social que no han de desaparecer aun cuando nos cubran las sombras.

Yo digo á mis compañeros, yo digo á los que me escuchan, blancos, azules ó rojos, yo digo á todos, haciendo aparte todo dogma, serenando mi espíritu, encalmado la violencia que quema mi sangre aunque no llegue nunca á oscurecer mi luz,—guía de mi noche;—yo digo, yo repito, con la insistencia de los convencidos, con la firmeza de los intransigentes,—sí, intransigentes con el mal, con el abuso de la fuerza, con todas las tiranías,—que el mal de uno es el mal de todos, que no puede herirse á un solo miembro de una colectividad sin que ésta sienta la afrenta y se levante, se ierga, fuerte y conciente, á reprimir la agresión, á defender á la víctima, á rodearla con su égida, porque esa será, porque esa es, la demostración palpable de que ese sentimiento dignificador de la especie que se llama solidaridad, ha arraigado ya en la entraña social como el árbol de amor, cuya sombra fecunda ha de amparar generaciones felices, capaces de vivir una vida á la que solo le falta libertad para ser envidiada por hermosa...

UNIVERSIDADES LIBRES

Cuando á golpes de bombo y platillos se dió á los vientos de la publicidad la iniciativa de la fundación de una «Universidad Libre» entre nosotros, no abrigamos la esperanza que ella constituyera un centro de verdadera cultura y adelanto como son las instituciones que, con parecido nombre, funcionan en algunas de las capitales europeas, París y Bruselas principalmente. Y decimos que no abrigamos esperanza en el beneficio que reportaría la realización de esta idea, porque teníamos formado nuestro juicio sobre la falta de elevación de miras de sus iniciadores.

Desgraciadamente no nos habíamos equivocado y lo que ayer no hicimos por no aparecer prejuzgando, se nos ocurre hoy que empieza á ~~di~~ñarse claramente el cuerpo de la nueva Universidad.

Por las medidas tomadas hasta ahora se sabe que serán profesores de aquélla, hombres que no traerán al escenario educacional ninguna luz desconocida y cuya palabra sólo será el eco apagado de todo lo malo aprendido en los cenáculos oficiales, algunos de los cuales no están distantes de parecerse á verdaderas cárceles en que se torturan las inteligencias jóvenes, deformándolas para siempre é inculcándoles, como en la Facultad de Derecho, por ejemplo, ideas tan falsas, convencionalismos tan perjudiciales y prejuicios tan fuera de las corrientes modernas en que hoy se encauza la mentalidad universal, como los que arrancaron á un eminente filósofo español del pasado siglo el famoso y valiente grito de «¡abajo las Universidades!»

Lo que hoy quiere y necesita el pueblo son centros de alta enseñanza,—y decimos alta en el sentido más exacto del vocablo, es decir, verdadera, amplia, libre en realidad—instituciones que no tengan ligaduras perniciosas con sistemas determinados de organizaciones sociales y económicas que luchan, desesperadamente, para continuar primando, ni vallas que impidan á sus profesores desarrollar explícitamente su pensamiento, lo que equivale á dejar sentado que lo útil sería que estas universidades no tuvieran por mentores, hombres políticos ni burócratas incorregibles, cuya especial

actuación en la vida pública les incapacita para hablar á la juventud de un pueblo con la sinceridad que reclama su sagrado destino.

¡Universidades Libres!

¡Risa nos dá el concepto que de la libertad puedan tener los respetables señores que en la Argentina se preocupan de estas cosas!

¡Libres! ¡Y no dan un paso que no se ajuste al canon establecido, no aventuran una frase, no formulan un juicio, no realizan una acción que no se encuentre dentro del círculo determinado por una autoridad, por un dogma, por una ley artificial, á quienes obedecen ciegos, inconscientes; como máquinas, maniques de resortes, ridículas parodias de hombres, sin un gesto propio, sin una chispa de rebeldía en la mirada, nunca llevada más arriba de la línea que marca el talón del poderoso!

¿Qué enseñarán tales hombres que no pueda aprenderse en los claustros tristes y polvorientos que paga el estado?

«Universidades populares Libres» con maestros discípulos de los Reclus y Duclaux, los Anatole France y Buisson—quizá alguno de ellos no encuentra hoy ubicación decente en Buenos Aires,—es lo que ambiciona y con razón, el retoño pensante, esa eterna esperanza, ese eterno futuro de las colectividades.

BUENOS AIRES MISTERIOSO

Han sido detenidos ayer por la comisaría 9.^a los conocidos jóvenes R..... y V..... quienes están acusados de los delitos de violación de domicilio, daño intencional y robo.

Los nombrados, en compañía de cuatro camaradas, penetraron anteanoche á una casa de las sometidas á la jurisdicción municipal Valentín Gómez 36, y tomaron posesión de ella apoderándose de las llaves de la puerta de calle para evitar ser interrumpidos.

Allí se entregaron á la más desenfrenada orgía, libando muchas botellas y rompiendo lo que no pudieron beber, destrozando además los muebles é instalaciones.

A la madrugada sacaron, bajo amenaza de muerte y maltratándolas, á las seis mujeres que allí había, llevándolas en carruajes á Palermo, donde las dejaron en libertad ayer por la mañana, despojándolas, antes, de sus alhajas y portamonedas.....

(De la Cronica Policial.)

Para un libro, para diez, emocionantes, llenos de sangre y lágrimas, habría tema, y fecundo, en los acontecimientos que en nuestra metrópoli se han sucedido en un término relativamente breve.

Un mal día—no ha mucho—largas columnas enlutadas, anunciaban, desde nuestros diarios, la muerte de un joven ministro del ejecutivo nacional. La noticia causó enorme sorpresa en el público, por cuanto nadie esperaba ver caer tan rápidamente, tronchada en plena fortaleza, una vida que se consideraba útil. La crónica diaria, hábil y ágilmente manejada, no quiso, en esta ocasión, lanzar á la avidez mundana el rumor que oyó por primera vez en la propia sala donde se velaba el muerto, para salir más tarde, llevado por la sonora lengua de los que se consideraban sus «íntimos», á la redacción del diario y al club, al teatro y á la calle, en avalancha incontenible, á tal punto que, en determinado momento, fué aquel el más sabroso pasto del comentario maligno. El rumor, que pasó con rapidez pasmosa á la categoría de hecho indiscutible, decía que el pobre ministro había caído pagando con su vida una traición á la amistad jurada. ¡El, desleal! Y «ella»... ¡ay, «ella»!... ¡Nadie la perdonó!

Del hecho se habló mucho, se habla aún más cada día, con nuevos detalles, increíblemente, pues hoy no existe cochero de plaza, ni mozo de restaurant que, al suscitarse el tema en un grupo y si acierta á estar próximo, deje de meter también su más ó menos limpia cuchara.

¿Verdad, lector? Vamos. A que ya ha-

béis hecho un significativo movimiento de hombros que decir quiere: «¡Vaya una novedad! Si ya lo sabemos». . . Agregando, naturalmente, el nombre del matador y el del muerto.

—¿Y la policía qué?

Ahí está, precisamente, para nosotros, el único misterio.

Otro mal día, quejumbrosa, bañada en llanto, la «crónica social» anuncia á la «élite» bonaerense la desaparición de una bella y gentil joven, gala y orgullo de sus salones.

Tres versiones, á cual más terrible, se daba al que inquiriera datos respecto al motivo de tal acontecimiento: «suicidio», «muerte repentina», «error facultativo».

¿Quién decía la verdad?

Así las cosas, una bomba. Todos mentían, todos habían mentido. ¡La desgraciada joven había sido enterrada viva!

—¿Y la policía?

Idem, idem. . . .

Hoy. . . y esto es más sucio aunque menos trágico, la crónica policial habla. ¿Qué dice? «Que unos jóvenes conocidos», etc., etc. . . «Ya lo sabemos». . .

Bueno. ¿Y? Eso es todo. No queríamos decir más....

—

Y terminamos, sin siquiera explicar el título de estas líneas. «Buenos Aires misterioso». Deberían llamarse «Buenos Aires doliente...»

"ESTUDIOS PENITENCIARIOS"

Carta abierta al Doctor Eusebio Gómez

Ha tenido Vd. la voluntad de entrar en la zona doliente, lanzando la sonda de su espíritu en la masa sombría en que mueren de desesperanza y abandono las almas desvalidas, las tristes, las lamentables almas de todos los atormentados, de todos los vencidos, de todos los estigmatizados por la madre del mundo y castigados por la venganza social. Ha tenido Vd. la voluntad y ella basta para probar la generosidad de un estudioso, el impulso heroico de un hombre que maneja una pluma, la intención altruista de un cerebro que piensa, el sentimiento de conmiseración y respeto hacia los hermanos lisiados ó victimados, el amor humano, en fin, flor de pureza y bondad con que se exornan los corazones.

Su libro es una flor de esa pureza y de esa bondad.

No quiero, pues, engolfarme en un detenido análisis que me llevaría muy lejos al exteriorizar mis radicales ideas en la materia de sus estudios penitenciarios. Como pienso al respecto cuando he creído penetrar una verdad, no es del caso manifestarlo ya que esas ideas estarían en pugna con lo que ha dado en llamarse ciencia criminológica encaminada á hacer profilaxia entre el elemento poblador de cárceles, factores considerados como disolventes, nocivos y culpables cuando, en su mayoría, son productos de una organización social basada en la injusticia y el despojo, el abuso, la opresión y la mentira, —organización que, después de haber hecho los criminales, ha construído sus encierros, parodiando así al famoso señor Juan de Pobres, aquél que según la copla:

«Con caridad sin igual

Primero hizo un hospital

Y después hizo á los pobres. . .»

Vd. y yo vemos el problema, abarcándolo yo en su conjunto con la mirada de un vidente ó de un equivocado—¡quién sabe!—que no confía en reformas sino en transformaciones fundamentales; Vd., con la del observador y detallista que ambiciona mejorar lo malo, es decir lo que «ya está», por considerar factible el remedio,

la droga con que han de purgarse estos organismos enfermos, estas instituciones perjudiciales, aceptando lo establecido como inevitable y operando sobre lo que se califica como fatal y necesario.

En el fondo Vd. y yo vemos y sentimos el mal. Eso nos aproxima y nos une como un soplo de bien y vivificante. Yo tomo en cuenta su empresa no porque crea en la eficacia de esas mejoras,—que en la gangrena no hay esperanzas,—sino porque ella implica, como le digo al principio, el deseo, el impulso hacia un fin excelso.

En las páginas de su libro que he leído sin cansancio, traslúcese un espíritu demasiado optimista acerca del grado de adelanto en que se encuentra «nuestro» gran presidio, ese gran antro de dolor que Vd. en su gran deseo hacia el bien, vé como un escalón para el perfeccionamiento y educación del delincuente.

Permítame que no crea en la firmeza de ese escalón. Y ahí vá mi utopía: luchemos no por mejorar el antro sino por suprimirlo. ¡Hay que abolir las cárceles! Ese es mi grito, el mismo que quizá ha estado más de una vez por errumpir de sus labios, habiendo sido detenido sólo por un sentimiento de impotencia ante la sombra.

Utopía he dicho. Y bien. Vd. también tiene la suya. . . . de utopías vivimos, por cuanto los que alentamos hoy gestando estamos la vida de mañana. Esa es la ley.

Utopía, sí. ¿O acaso no es utopía pretender, como Vd. lo hace en su libro, forjar psicólogos y hombres magnánimos para ubicarlos en el sitio de los carceleros? Tanto equivaldría á pretender por humanidad se entiende, convertir á los médicos en verdugos...

¿Corregir al delincuente? ¿Suprimir al criminal? Evitarlo, dirá Vd.; desarmarlo, anularlo, como factor nocivo. ¡Bah! Pensemos, digo yo, en suprimir la causa del crimen mismo. Esa sí es tarea de pensadores, digna tarea de hombres como Vd., que tienen la voluntad, el deseo, el heroico impulso hacia el bien. En esa lucha sea Vd. conmigo, yo con Vd. y la utopía con todos.

CONTESTANDO Á

UNA ENCUESTA

El autor de «Alma Gaucha» contesta á nuestra «enquéte» en la siguiente forma:

—¿Que siente Vd. la noche del estreno?

—Yo asistí á mi primero y único estreno con el ánimo predispuesto de un convencido y de un soldado que va á reñir una batalla.

El espíritu del luchador se sobrepuso en esa emergencia al del escritor y el artista, ocurriéndome en este lo que en otros momentos graves de la vida: adquirí la total serenidad frente al peligro desapareciendo, á saltos, hasta borrarse, la nerviosidad, pró-

xima á la sobreexcitación que hizo presa de mi ser en los días precedentes.

Gané la batalla—¿por qué no decirlo?—pero afirmo que una derrota no hubiera amilanado el espíritu del combatiente.

Creo si que entonces el orgullo del artista se hubiera sentido herido tanto como aguijoneado el de aquél.

No sé si explico bien esta dualidad aunque abrigo la esperanza de que han de entenderme todos aquellos que posean temple de artistas-soldados.

Yo lo soy.

—¿Desde dónde asiste á la primera representación de su obra?

—Desde la sala. Observando al enemigo..

—¿Que hace Vd. después del estreno?

—Pensar en nuevas batallas.

—¿Experimentó Vd. la misma impresión la primera vez que estrenó una obra que en la segunda ó tercera?

—Desconozco esa emoción.

Espero sentirla en breve: La espero en «La Cruz»..

(De «Ultima Hora», Buenos Aires.)

SOCIEDAD ARGENTINA DE AUTORES DRAMÁTICOS

(Discurso pronunciado en el banquete de solidaridad celebrado en Buenos Aires el 19 de agosto de 1911).

Colegas, actores y empresarios amigos:
La armonía es la flor espiritual de más intenso perfume, factible de ser cultivada por nosotros sobre la tierra. La fraternidad humana es algo así como el lazo defensivo capaz de salvarnos de todos los naufragios, amparándonos hasta de la muerte misma. Pero para que esa fraternidad exista realmente, para que esa flor purísima pueda desplegarse al viento y al sol de la vida, luciendo el esplendor de sus colores, audaz y fuerte, bella y radiante como una síntesis de gloria, menester es que

los jardineros pongan en el abono de la tierra que ha de producirla, su voluntad entera, la energía toda de sus seres; la valentía de sus cariños, el fuego de sus pasiones y hasta la sangre propia,—luz de sacrificio precursora de la bondad y el amor cuyo reino ha de llegar algún día, pese al pesimismo del presente y á los mezquinos y contraproducentes egoísmos que nos cercan como barreras de sombras.

Vengo á esta amable fiesta trayendo mi palabra que no es de guerra, que no es de rencor, que no es de simple satisfacción después de un triunfo, que no es siquiera de orgullo legítimo; de represalia ¡nunca! menos de vanidad pueril, jamás de ostentación indigna; porque es sencillamente sincera.

Quiero, si, deciros que he dudado un segundo antes de decidirme á concurrir á ella porque pensé que, al hacerlo, me imponía una obligación, como todas contrariadora de mi espíritu libre.

Parece que á las fiestas, más que todo á estas comensalias, debiera asistirse con el ánimo despreocupado de cosas serias, dispuesto sólo á la sonrisa y el aplauso, al movimiento más ó menos lleno de gracia y á la mirada amable. Bien. Culpadme los que así opineis y lamentad conmigo esta virtud ó vicio de mi espíritu, esta obsesión de mi mente, esta inclina-

ción voluntariosa, persistente que me impulsa á dar á cada acción su verdadero significado, exigiéndome la extereorización de la verdad, de mi verdad más propiamente dicho, ya que nadie que no sea un tonto de capirote, puede considerarse á salvo del error.

Voy, pues, á decir la verdad ó sea mi verdad, sobre este momento, y sin deseo de ofender á nadie, sin el prejuicio de la imposibilidad en el acuerdo definitivo entre los intereses de los hombres, sin la intención de dar pabulo á un conflicto nuevo é irresoluble. Sólo sí, con la convicción profunda de todo mi ser de que es preciso, de que es necesario decir esa verdad imperiosamente, en un instante como el actual para que ella tenga la eficacia de los grandes problemas planteados con la oportunidad de los factores al alcance de la solución.

En los comienzos de nuestro teatro,— presente y hermosa realidad,—la relación entre autores y empresarios fué hecha podría decirse á tirones. Disculpad la frase; es mala pero es gráfica. Producto del ambiente,—y fijaos bien que no culpo á los hombres,—fueron aquellos negocios que á través del tiempo resultaron de una usura tan grande que hoy nos asombra y avergüenza á todos. Así lo adquirido en diez fructificó en diez mil. Sylock no soñó nunca, pése á la exigencia de su libra de

carne que no cortó, en un negocio tan pingüe. Los mismos empresarios adquirentes no tuvieron,—y esto va dicho en honra de ellos,—no tuvieron, repito, al realizar la operación financiera, de la cesión de obras, la intención siniestra de despojar á sus autores de un capital futuro. Insisto, pues, en manifestar que aquellos negocios fueron sólo fruto del ambiente y os pido que me escuchéis todos con serenidad y calma puesto que no voy—¡menguado de mí!—en esta amable fiesta á herir susceptibilidades personales de nadie. Mi aspiración—¡noble y respetable como ninguna!—es sólo preparar el ambiente para una fiesta aún más amable, quizá la única verdaderamente, realmente amable que podrá realizarse entre autores, empresarios y actores argentinos,—todos fundadores gloriosos de nuestro teatro,—el día en que los contratos donde constan legalmente,—la legalidad no es la justicia!—aquellos negocios que sin sospecharlo nadie han llegado á asumir una característica de usura que nos asombra y avergüenza á todos,—sean rotos, digo, sobre las copas y los platos que hoy no podemos comer ni beber con la cordialidad deseada ya que en los bandos, es decir, en las fuerzas á complementarse, aparecen unos, malgrado ellos mismos, como despojadores y otros, rebelándose á su suerte, como desposeídos.

Termino, pues, formulando mis más ar-

dientes deseos porque un gesto generoso, un movimiento dignificador borre este antecedente, esta mancha de usura, de la cual nadie personalmente es culpable, sosteniendo que sólo así podrá cimentarse sólidamente la relación entre autores y empresarios de una grande, de una fecunda, de una admirable obra, como es la de nuestro teatro. Mientras subsista esta situación sostengo que esa solidaridad, esa armonía á la cual tendemos todos, no podrá ser un hecho por cuanto esa flor, á que he aludido en mi comienzo, se secaría al nacer.

¡Por la solidaridad, entonces, por la verdadera fraternidad humana, flor, esperanza única, luz futura que ha de iluminarnos á todos!

MI CANDIDATURA

No iba á tomarla en serio... Pero es necesario,—ya que la mano anónima que la lanzara ha sabido hacerlo con tanta habilidad como para alarmar á más de un aspirante á padre augusto de la patria. Mis ideas, sostenidas siempre, — ¿porqué no decirlo? — sin un desmayo, mi lucha, mi vida entera, debieron haber respondido pos sí solas en esta circunstancia. Sin embargo, no ha sido así y, en prueba de ello, ahí anda ya, avieso y torpe, el comentario prematuro é injusto, cuando no la afirmación audaz ó malevolente. No exagero. ¡Yo, el anti-parlamentarista, yo, el propagandista acérrimo de la acción directa, mezclado hoy en listas pintorescas de candidatos á la par del más ingénuo ó atrevido de los salva-

dores de ocasión, defensores incondicionales y magnánimos de la representación legislativa, la panacéa infalible para la felicidad común! ¡Por favor, no!

Y como exponer aquí en extenso mis opiniones al respecto, ya conocidas, sería abusar de un espacio destinado á cosas más actuales y más prácticas, pido que en el mismo sitio en que, á lógico título de información se recogió la especie, la dirección de «Última Hora» publique estas líneas donde quedar debe la constancia de que mi candidatura á diputado ha sido echada á los vientos sin la anuencia de quien combate el sistema de la delegación parlamentaria, con razón ó sin ella,—la verdad no es de nadie,—pero con un convencimiento confirmado en varios años de brega no desmentida y digno, por lo tanto, del más justiciero de los respetos, por cuanto no se trata en esta oportunidad de una simple cuestión de forma sino de la consideración que se merecen las ideas de un escritor que siente fundamentalmente la misión trazada y que ha puesto en su obra todo lo más grande, lo más fuerte, lo más hondo de su espíritu, como hombre y como artista.

Y... desvanecido el fantasma de mi candidatura, laboremos...

Buenos Aires, Marzo 23 de 1912.

EN LA TUMBA DE

CARLOS ORTIZ

Vengo con el alma llena de sombras á dejar sobre esta tumba querida un recuerdo y una protesta. Recuerdo que será ofrenda de amistad y de compañerismo para el poeta gentil, para el productor de belleza, victimado,—gritémoslo con valor, ya que la indignación quema los labios aunque la impotencia contra lo irreparable nos oprima,—en aras del caudilismo rastrero, en aras de esa política gaucha que reverdece como un retoño de maldición en el árbol de la raza. Recuerdo traído en nombre de esa juventud pensante, que siente y que expresa, allá en la ciudad rumorosa y llena de ansias que el muerto amó; recuerdo que en su espontaneidad, dice de condenación y dice de castigo, aun cuando sea

el más puro de todos porque él llega de un ambiente que no contaminó nunca el aliento del interés mezquino ni de la ambición personal; recuerdo que yo quisiera dejar para siempre grabado en la lápida encubridora de estos despojos como una vibración perenne, simbolizadora del sacrificio;—sacrificio que no ha de ser estéril si es que hemos de cumplir la última voluntad del desaparecido, generoso y grande al exclamar desde el umbral del misterio con alma entera y voz conminatoria: «No os fijéis en el que ha sido blanco de los bárbaros. Fijáos en el hecho».

Y bien; sea, pues, mi protesta, la que vengo á dejar sobre esta tumba querida, el compromiso adquirido con el muerto de cumplir su orden postrera: el hecho que nos conturba, el crimen que nos quebranta, es síntoma de un mal social, de un vicio colectivo encerrado en el acatamiento al mandón, en el sometimiento al caudillo, lo que implica el rebajamiento del individuo, más aún, la anulación de la personalidad. ¡Guerra al mandón, guerra al caudillo, entonces! Es decir: ¡Guerra á la sombra! Esa donde el puñal se aguza...

“SANGRE NUESTRA”

(Prólogo del libro dedicado á la memoria del poeta asesinado Cárlos Ortiz).

¡ Nuestra, sí! ¡ Sangre amiga, sangre hermana, sangre de redención y de martirio! ¡ Nuestra! Fecunda porque la voz del sacrificado, grande y magnífico en su cruz, vibra en tiempo presente pero con sonidos capaces de alcanzar el futuro,—lección eterna de abnegación, de amor humano, de dignidad y pureza dada desde el umbral de la sombra.

Triple mérito el de este libro, á la vez protesta, homenaje é historia de un momento de nuestro ambiente político. Protesta por el crimen sin nombre, por la ofensa inferida á la integridad moral de un pueblo, por la mancha roja, que se ex-

tiende á todos: á unos marcándolos para siempre con el estigma de los malditos; á otros inundándolos, de por vida, con la tristeza de lo irreparable; homenaje al hermano en belleza, en ideal, en arte; al poeta gentil y valiente, al Carlos Ortíz sobre cuyo cuerpo, sí ¡digámoslo de una vez! dirigió la mano aleve, acechando en la noche, el caño homicida; historia, por fin, documentación y crónica completa de lo que mañana constituirá el archivo del sociólogo que pretenda profundizar en la obra de la política argentina y semi-bárbara de esta época.

Además...

Una obra buena, obra de hombría, porque ella, frente á frente del mal, hace valer ante las generaciones, en forma definitiva, el dolor de esta muerte y continúa la obra del caído que sucumbe triunfando de sus enemigos: el atraso y el crimen.

Contra el atraso y el crimen va esta obra, que mal podría ser de venganza y mezquina cuando su destino es el de honrar la memoria de un espíritu cuyo horizonte era tan amplio como la vida misma, esa vida de belleza, de amor y de arte á la que consagró todas sus horas y á la que exaltó en todos sus cantos el poeta caído, el poeta triunfante, el poeta hermano...

Pocas veces la necesidad de un libro se ha impuesto como en este caso. Bien podría decirse, sin paradoja, que este libro estaba en el ambiente. No es de nadie y es de todos. Faltaba solo coordinarlo y esa tarea se la impuso como un deber el autor de estas líneas. Si él cumplió el cometido dígalo el público. No pide excusas: hizo cuanto estuvo en su mano; y hasta lo que no estuvo también, para lograr el intento. Si falló la culpa es suya. En caso contrario tampoco será suya la gloria.

—
Y ahora un deseo: que esta sangre de sacrificio no sea mezclada en las aguas pútridas del politiquerismo venal; que esta luz de dolor no sea aprovechada para abrigar ninguna ambición indigna, ningún móvil rastrero, ninguna pasión subalterna.

¡Cadáver y bandera, sí! Pero de amor y de justicia ¡oh, sangre amiga, sangre hermana, de redención y de martirio, sangre nuestra!

BARRETT

Un combativo, un combativo ante todo, lleno de coraje mental. Además, un pensador que sabía dar forma artística á sus ideas. Claro y firme, su estilo constituye un modelo de síntesis en esta América tan apta para la divagación y el atorrantismo literario. El fuego interno que lo devoraba, al pasar por el crisol de su cerebro, salía convertido en cláusulas luminosas, precisas, inconfundibles. Un afirmativo, un convencido de su verdad como todos los grandes propulsores de ideas.

Así juzgo yo á Barrett, este hombre-acción, este escritor-hombre, este ejemplo de luchador que cae «aprovechando rabiosamente las horas que le restan de vida» para dar, hasta el último átomo, la luz propia, luz de amor, luz de sacrificio, luz bue-

na, luz fraternal siempre, luz que, al irradiar en su paso por estos países jóvenes, ha de quedar para bien de ellos, para bien de todos, formando parte de esa nebulosa de gloria donde quizás se hallen en formación los grandes astros-guías, las magnas ideas-fuerzas que han de marcar el rumbo de las generaciones porvenir.

MI ABSOLUCIÓN...

Una sentencia magnánima de un tribunal inapelable—¡oh manes del molinero de Sans Souci!—acaba de colocarme en situación de poder ser nueva é impunemente atropellado por algún fantasmón magiáresco,—sin otra esperanza, por parte del ciudadano ofendido, que la de ser restituído al goce de su libertad en el único caso de que el torpe violador olvidara exhibir sus credenciales de tal. Esto es lo que íntimamente se desprende de la sentencia en el proceso, que es público, seguido contra mi persona por la policía de Buenos Aires y publicada ayer en estas mismas columnas (1). Sentado queda, pues que la violación es lícita á condición de que se lleve á cabo acreditando personería.

(1) «La Nación» de Buenos Aires.

Permítaseme ahora, ya que la información corriente no ha bastado, puedo decirlo, para poner de relieve el asunto en que me he visto envuelto, exponer cuatro palabras de imprescindible publicidad. Y esto en interés de todos.

Como el más empedernido de los delinquentes he sido asaltado en plena calle por las autoridades policiales, y después de mi resistencia violenta, encerrado, primero en una cuadra durante dos días, después en una celda muy fea y muy sucia por igual tiempo, pasando por incomunicaciones, interrogatorios y demás despóticas é inicuas fórmulas de opresión, juzgado y condenado en primeras instancias, lo que dió mérito á mi nombre para figurar en la picota de suculentas crónicas tribunalescas,—informado por la policía un diario dijo que era yo portador de «infamantes documentos»,—y por último, ignorando aún, como lo ignoro, el motivo de mi prisión, absuelto de culpa y cargo!... La ironía es tan burda como eíocuente. Ahí están los hechos. No los desnaturalizo ni caigo en pueriles detalles, pero sí me creo en el ineludible deber de dejar constancia que en el caso presente, yo, el ciudadano vulnerado en sus derechos, he tenido, para defenderme de la autoridad, primero mis puños, después un fiador responsable de mi persona, un abogado que hiciera valer la «Justicia» y extensas vinculaciones en distin-

tos círculos sociales que protestaran airadamente del atropello.

Ahora bien, es el momento de preguntar ¿qué hubiera sucedido en el caso contrario? Contesto: á falta de fiador, á falta de abogado, á falta de vinculaciones, la víctima,— y esto, poniéndonos en la mejor de las circunstancias,—habría permanecido encarcelada durante cinco largos meses á la espera de la sentencia absolutoria!

Y agreguemos que aquí no había nada que esclarecer, ni culpabilidad que dilucidar. Esto por parte del ciudadano. Bien me sé yo que á éste le queda el derecho de acusación criminal y por daños y perjuicios contra la autoridad conculcadora, pero bien sabemos todos que este derecho es un mito cuando de tal indemnizante se trata.

¡Entre tanto, el sujeto que asalta y sus mandantes, el fiscal de la causa que pide seis meses y medio de prisión para el acusado de una rebelión provocada y el juez que condena porque sí y ante sí, continuarán ejerciendo su honroso cometido que les dá carta blanca para proceder, policial y judicialmente, contra infelices sin defensa, sin fiadores ni padrinos!

Ahora, para colmo, no ha de faltar algún desfachatado que con indignación hiperborea levante su voz contra los que en el extranjero llaman por sus nombres á los que administran justicia en esta bendita tierra. ¡Todo sea por el amor á la patria!

OTRA ORDEN DE PRISIÓN...

(La policía de la capital ha dictado orden de prisión contra el escritor Alberto Ghirardo. «El Nacional» de Buenos Aires, Mayo de 1909.)

Al director de «La Argentina»:

Escribo estas líneas después de leer el suelto publicado en «El Nacional» de hoy, alusivo á la orden de prisión dictada, según este mismo diario, por las autoridades policiales contra mi persona. Ahora bien, necesito decir algo referente á la actitud que á mi vez, he resuelto asumir, en caso de que esa orden inconstitucional y atentatoria pretenda realizarse. Tengo la conciencia de los derechos que me asisten como ciudadano y como hombre y consideraré como un ataque á mi vida cualquier medida tomada por la policía para coartar mi libertad. Vale decir que defenderé mi

libertad como defendería mi vida,—como la he defendido en situación análoga en que otra policía atropelladora se me cruzó en el camino. No hablo en vano y esta carta no es un cartel de desafío sino una advertencia de la que deseo se tome nota. Abrigo la esperanza de que no ha de ser estéril el ejemplo de un ciudadano capaz, en una hora solemne para la dignidad de un pueblo, de ponerse frente á frente del mal y la sombra, frente á frente de autoridades que se consideran dueñas de los destinos de una ciudad tres veces heroica— ¡oh, Buenos Aires!—hoy sometida á la voluntad y al capricho de mandones sin ley y sin honra.

En el movimiento que actualmente agita á la República, no hay «dirección» personal posible; dirección en el sentido que la entiende la vulgaridad, incapaz de concebir un acto de esta naturaleza por espontaneidad popular. Por otra parte no podría subsistir esa dirección ya que, sin dictarla, la ley marcial impera. Los locales obreros clausurados, presos los miembros de los comités gremiales, prontos á ser deportados una centena de extranjeros, disueltas á tiros y sablazos las asambleas públicas, es punto menos que imposible adoptar resoluciones ni hacer llegar á las masas obreras indicación alguna. Precisamente ahí donde no se vé, radica la fuerza del proletariado argentino. Su tenacidad es produc-

to de la convicción que lo anima. Ciego es necesario ser para no darse cuenta de la verdad.

¿Qué podrían en estos momentos cinco ó diez propagandistas aislados si la determinación individual de cruzarse de brazos, en señal de protesta contra el crimen, no existiera en los obreros? ¿O va á creerse esta vez también que esos doscientos mil sublevados están movidos como títeres con cuerdas por uno, cinco ó diez «organizadores» de huelgas? Candidez sería solo el enunciarlo. ¡Nó! La obra de esos propagandistas, la obra de esos «empresarios de huelgas» como despectivamente se ha llamado á los sembradores de ideas, está hecha. Ellos han contribuído á formar la conciencia obrera de este país. ¡Bella obra, por cierto! ¿Se quiere castigarlos hoy dictando contra esos hombres, órdenes vejatorias y bárbaras en desacuerdo, no sólo con el espíritu de las leyes nacionales, sino hasta con su texto expreso? ¡Guay! Se está jugando con fuego.

NUESTRA VOZ

(Programa de «Buenos Aires»).

En un momento de prueba para la conciencia y el valor de este pueblo, surgimos combatientes y altivos,—tal ayer, tal hoy, tal siempre,—frente al mal y á la sombra, levantando una bandera de libertad y de justicia, de arte y de luz. ¿Vanidad? No. Entereza—¿por qué habríamos de ocultarlo?—entereza y convicción de nuestras energías, ya que la fé y el entusiasmo, inspiradores de nuestra obra, siguen acompañándonos á través de una brega,—hemos de decirlo sin temor de caer en pecado de soberbia ú orgullo,—fecunda para el pensamiento y la acción.

—

Pensamiento y acción. Sí. Ese es nuestro lema. Ajustados á él vamos realizan-

do nuestra tarea sin vacilaciones cobardes, sometimientos indignos, ni ataduras entorpecedoras, convencidos de la necesidad imperiosa en que el escritor se halla de mantener su libertad á costa de todos los sacrificios, de todas las abnegaciones y de todos los martirios si es que no ha de resignarse á dejar arrastrar su bandera entre el fangal de las adulaciones, ni rayar el diamante de su cerebro con el acero de las tiranías.

¿Líricos? Sí, aunque no hablemos desde una cumbre. Con el pueblo estamos y nuestras voces suenan desde la llanura. Pero,—pese á la oquedad ambiente,—esta vez han de oírnos todos, los de abajo y los de arriba. Que en todo caso bien podrán nuestras voces, si la verdad y la justicia las inspiran, subir hasta el sol para descender hechas rayos.

Como en momentos análogos en que otra tentativa de redención, nuestra y gloriosa, fué truncada por un poder liberticida, hoy también queremos:

Encontrar el molde en que debe vaciarse el arte para hacer llegar al pueblo la verdad y la belleza.

Exteriorizar la vida y la libertad verdadera que surgen del ejercicio consciente

de todas las energías cuando una orientación hacia la luz es guía de los actos del hombre;

Hacer comprender á los pobres, á los humildes, á todos los tristes que ambulan llevando odios y rencores dentro del pecho sublevado por las injusticias; que una nueva aurora luce el esplendor de sus colores en el horizonte humano, porque ya es un hecho la comprobación de una fuerza desconocida hasta ayer: la fuerza de la solidaridad;

Inculcar en el ánimo de los poderosos, por medio del razonamiento y de la crítica, la necesidad de ir, sinceramente, hacia el pueblo,—y esto en nombre de la armonía de todos;

Ser gesto y acción, convencidos de que no es posible rehuir la lucha, base de la existencia, realizando así la tarea educadora deparada por nuestra cultura;

Propalar ideas, encarnadoras de las verdades alcanzadas hasta el presente, buscando, en todo momento, la mejor forma de hacerlas llegar á las mayorías;

Descalificar la injuria y el insulto como contraproducentes para el logro de grandes ideales por encima siempre de toda pasión personal y, como tal, mezquina;

Ofrecer una tribuna libre donde pueden ventilarse, con absoluta amplitud de criterio, todos los problemas políticos, sociológicos é intelectuales que atañen á la colectividad;

Poner de relieve el adelanto, el grado de evolución á que ha llegado nuestro pueblo en su estructura mental, en sus costumbres y en su modo de sentir, de comprender la vida;

Levantar el arte como un pabellón de luz á cuyas proyecciones iremos haciéndonos mejores, más sanos, más buenos, más fuertes, más libres, porque su influencia nos hará más aptos para percibir la verdad y la belleza,—almas del mundo.

Y, como entonces, eso queremos, á eso venimos, á hacer de BUENOS AIRES una hoja de combate y de luz, de arte y de vida,—escenario amplísimo donde puedan exhibirse las fuerzas nuevas y sanas de la juventud.

¿Qué más? Nuestro sólo título es toda una bandera.

Aires, aires buenos, de amor y de esperanza; aires de pasión, aires de gloria; todos buenos porque en ellos,—seno de tormentas,—va una aspiración que es grande. Aires, aires buenos, sí, bravos y fuertes, no ya de fronda, sino de pampa agreste y libre, de montañas nevadas y altivas, de montes profícuos, de ríos azules, de mares vengadores. Aires, aires buenos, quemantes y purificadores, aires de verdad y de justicia, BUENOS AIRES...

“VIENTOS DE FRONDA”

FOR JUAN MAS Y PI

(Prólogo de un libro que no se publicará).

Tengo para mí que este libro, fruto de juventud y de amor, — esas dos fuerzas motoras y propulsoras de vida,—no ha de caer en tierra estéril. Creo en su virtud porque creo en el contagio eficaz del soplo generoso inspirador de sus páginas, en el calor fecundo de la fragua donde ha sido forjado, en la luz de bondad que lo ilumina, en la ternura ardiente que lo inspira y hasta en el dolor, — también fuerza creadora, — que lo ennegrece.

Vientos de Fronda es un libro de acción, donde el dogma ha podido juntarse con el arte. Hojas resplandecientes, — color y armonía, — carteles de desafío, espadas amenazadoras, — torzos de luchadores, — luz, fuego, juventud y amor, en fin,

crepitando, errumpiendo bajo la caricia de un sol de gloria.

Alguien ha dicho, — creo que Gorki por boca de uno de sus personajes, ó por cuenta propia, no sé, — que existen dos formas de vida: la putrefacción y la combustión. Deduzcamos: hay que podrirse ó quemarse. El autor de este libro, es decir, su juventud, ha preferido lo último y á fé que ha hecho bien. Saturados en esa combustión han salido estos *vientos*... ¿Tendenciosos dice la dedicatoria? Y bien, el vocablo les cuadra. No hay fuerza sin tendencia. Se va contra un mal, se arremete contra una sombra cuando un alieno grande hincha los corazones, cuando una luz deslumbra los cerebros, cuando un impulso bravío y noble nos lanza al combate. El autor de *Vientos de Fronda* es un combatiente. No podría negarlo aun cuando renegara de su obra. Fué, ha sido, es..:

Podrá el estudio, la observación directa de la vida, la experiencia y el conocimiento de los hombres amenguar esa fuerza de acometividad que nos lleva incesantemente á la acción; podrá la realidad vivida darnos una idea triste y desconsoladora del mundo; á medida que el tiempo pasa podrá debilitarse el entusiasmo que enardeció nuestras fibras, ya que los años marchan galopando sobre nuestras ilusiones; pero cuando la since-

ridad ha estado en nosotros, cuando un sentimiento puro ha sido el guiador de nuestros pasos á través de la noche social, cuando los paladines se han mantenido en la brega halagados solo por el placer de la lucha, sin esperar otra recompensa que la que pudiera brindarles la realización de su pensamiento, entonces podrán variarse las formas de exteriorizar este pensamiento pero quedando inmutable esa energía productora de rebeliones que, según el decir del filósofo, es su primer consecuencia.

Nos ha tocado en suerte ser los propagadores de un nuevo credo social en esta región del mundo. De como hemos realizado nuestra tarea, de la eficacia con que hayamos llevado á cabo esa obra no pretenderemos ser jueces. ¿Quién puede serlo de sí mismo? Hoy, al medir la distancia recorrida, al contemplar los beneficios alcanzados, se le ocurrirá á a'guien pensar que con otras tácticas que las usadas podría haberse obtenido un resultado mayor. Mi orgullo de combatiente no ha de llevarme á negar porque sí esta afirmación; pero quiero, al menos, ya que la oportunidad se presenta insistir en el concepto que, para explicar esa acción, el autor de *Vientos de Fronda* apunta en frases tan sentidas como exactas. Sí; hemos vivido nuestra juventud, hemos realizado nuestra vida al realizar esa obra. El ímpetu, la vio-

lencia que la ha caracterizado tiene la lógica de todos los excesos y de todas las culminaciones. Como una muestra de esa lucha ahí está este libro. Esos *vientos* han de soplar mucho tiempo en las mentes de estas generaciones bien que su autor no vuelva a exteriorizarse con la frescura, la espontaneidad, el arrojo y la violencia propios de la primera juventud; — esa que es divino tesoro y que se extingue...

Quizá, más que batalladores, habremos sido guerrilleros, pero esas guerrillas en que nos hemos agitado, fueron á mí ver impuestas por las circunstancias, así como se imponen las escaramuzas antes de los decisivos combates.

Es para mí un placer escribir estas líneas que á guisa de prólogo irán á la cabeza de *Vientos de Fronda*. No quiero, ni podría en este caso, hacer tarea de crítico, de disecador literario. Al releer los fragmentos que componen el libro he vuelto á sentir las hondas emociones que conmovieron mi espíritu de combatiente y he revivido las horas gloriosas en que, — todo fuerza y luz, — nuestras juventudes se estrellaron contra murallas que aún retiemblan por la fuerza del choque. Que los *tendenciosos* no hemos errado el camino lo prueba á cada instante el ensanchamiento del buraco abierto por el empuje

de nuestros brazos en el cimiento considerado incommovible; la debilidad de los que, frente á los rígidos, á los adustos, tuvieron frases de ira y encono para sus rojas banderas, esas que sacudidas siempre por vientos de fronda han de continuar flameando hasta tomar por asalto el viejo armatoste social ya socavado.

EL CIERRE DE LOS TEATROS

(Discurso pronunciado en el mitin que organizara la Sociedad Argentina de Autores contra la Intendencia Municipal de Buenos Aires el 31 de Enero de 1913).

Hace hoy diez y seis días que un úkase indentendil privó á la ciudad de Buenos Aires de todos sus espectáculos teatrales. Y bien, Es este un acontecimiento digno de ser recordado en las páginas más tristes de nuestros anales. Y no precisamente porque él implique en nuestra vida la supresión de un solaz tan artístico y educador en el más alto sentido del vocablo. No. La tristeza del hecho insólito é inconsulto, proviene del significado que él alcanza si consideramos los efectos morales y materiales que la medida autoritaria ha producido. Ella nos ha obligado á contemplar el asombro de un pueblo frente á una autoridad que lo atropellaba en sus derechos con el fútil pretexto de preocuparse de sus comodida-

des. Es decir, una autoridad que había resuelto suprimir el mal con el enfermo. Porque, á decir verdad y sin enojo aún, el Intendente bonaerense ante la resistencia de los empresarios de teatros al cumplimiento de una ordenanza considerada injusta, hizo lo que el curandero de marras: extirpar el abceso desollando al paciente. . . . Imaginaos sólo por un instante que la autoridad en cuestión, adoptara análogo procedimiento con todos los servicios públicos á donde llega su ingerencia y tendríais, desde ya, interrumpida la vida de la gran comuna. Así: porque los coches de alquiler no cumplen exactamente con la imposición del taxímetro ó del horómetro, queda prohibida su circulación; porque los asientos de los tranvías miden sólo setenta y ocho centímetros para dos personas, ó sea veintitrés más de los exigidos para una en los de teatro, se ordena la paralización de las usinas eléctricas que los mueven; porque los despachos de carne, verdura ó fruta carecen de tal ó cual aditamento, se ordena su cierre, como asimismo la de todo comercio que no ofrezca á su clientela las condiciones de holgura imaginadas indispensables por nuestros estrechos caletres édificios. Y observad que no se trata aquí de medidas tomadas en obsequio de la seguridad ó higiene públicas, razones éstas fáciles de invocar como de orden superior y por lo tanto de indiscutible ejecución perentoria.—Pero ana-

licemos el caso concreto y actual porque vale la pena. Supongamos que, efectivamente, los empresarios de teatros han resistido con cierta terquedad la imposición del Art. 77 de la ordenanza culpable y originaria del conflicto. Supongamos que la principal autoridad de la comuna haya creído, como lo ha manifestado, que dichos empresarios han herido su susceptibilidad al dirigirse directamente al Consejo Deliberante desairando la magestad de su cargo para pedir la modificación del artículo arbitrario y excesivo como se ha demostrado ya definitivamente; supongamos más: supongamos que ese artículo estuviera dictado de acuerdo con las racionales, discretas y útiles comodidades de la mayoría; nunca, jamás, ni aún de acuerdo con esta suposición peregrina, ha podido decretarse el cierre total de los teatros de Buenos Aires con el pretexto de una ordenanza para cuyo cumplimiento un Intendente Argentino, el Intendente Anchorena, el último de la serie, colocándose á cien codos por debajo de su puesto, de su dignidad y de su decoro de funcionario, ha tenido que infringir el reglamento de la constitución de su país. ¡Y para colmo: sin haber realizado su designio!

Un funcionario público verdaderamente conciente de las responsabilidades inherentes á su puesto, hubiera temblado ante las lamentables consecuencias que una deter-

minación como la adoptada por el Intendente podía acarrear á los importantísimos factores que concurren á formar el llamado mundo teatral argentino. Y observad que todavía no me he referido al público en general cuyos intereses tampoco se han tenido en cuenta esta vez por las autoridades. Aquí una pregunta. ¿Ha pensado un sólo instante el Intendente Anchorena en los intereses sagrados que su medida desconocía perjudicando? ¿Ha pensado que detrás de esas puertas que se cerraban por su orden, por su imposición, por su capricho, por satisfacer su mezquina vanidad herida, quedaba la familia obrera y artística cruzada, forzosamente, de brazos paralizada de lengua y hueca de estómago? ¿Ha pensado en los derechos adquiridos por el público sobre su diversión favorita, esa del teatro cuya libertad defendemos por ser ella la más noble, la más hermosa, la más educadora, al alcance del mayor número, del pueblo pobre de bolsillo y rico en anhelos de belleza y verdad?

Atropellando por todo, porque en su mano estaba la fuerza,—razón sin razón,—porque sólo los ignorantes oprimen, porque sólo los cortos de pensamiento, los huérfanos de luz tratan de humillar é imponerse por el poder prestado,—él, con la petulancia y el gesto de un antiguo señor feudal, se dijo: mi voluntad es la ley. . . . ¡Y la ley, la mala ley, fué cumplida!

Un funcionario á la altura de su puesto, un hombre ecuánime, un hombre de tino, es decir, un verdadero administrador de Comuna, en el caso en cuestión, razonable, sensata, serenamente, poniendo en juego la cantidad de resortes que mueve la mano de un Intendente, y, si creía como lo deja suponer el que padecemos, que el deber le imponía hacer cumplir la estrafalaria ordenanza, digo, el estupendo artículo 77, hubiera llamado ó no á los empresarios, pero contra ellos, franca, lealmente, sin comprometer al mundo entero, hubiera dirigido su acción. Lo que no equivale á decir tampoco que los empresarios debieran en tal caso haberse sometido á ella porque sí, ya que tenían para defenderse las mismas vías legales á cuyo recurso apelan hoy. Podían, considerando inconstitucional el artículo (lo es) resistirse al pago de las multas que la Municipalidad por intermedio de su P. E. debió aplicarles antes de tomar contra ellos ninguna otra medida coercitiva.

Permitidme ahora una digresión. Hace poco, en un acto de protesta también, contra una ley inicua, ley mal denominada social, ley cruel, ley absurda, ley sin ley, dictada en momentos de pánico y cuya vigencia nos afrenta á todos, yo decía ante un público tan numeroso como éste, que así como el movimiento se demuestra an-

dando, los pueblos dan señal de su existencia haciendo vida colectiva.

Orientada en esta misma corriente de ideas, una hoja argentina, «Ultima Hora», hoja argentina donde se insertan muchas verdades con gracia y talento, decía en una de sus recientes ediciones: «La enorme fuerza mental que supone la Sociedad de Autores está donde estaba: al servicio de una causa de justicia y dignidad del teatro que no puede abandonar en manera alguna. El mitin está en pié. La valiente convocatoria de la Sociedad llama á todas las conciencias de las que los deberes de ciudadanía no se hayan borrado. ¡Hay que ir al mitin! Es un deber que nadie que de cerca ó de lejos tenga relación con el teatro, puede abandonar sin que ello suponga renunciación de sus derechos á la vida. El acto será real y verdaderamente de opinión bien representada. No puede faltar el público á este llamamiento de la justicia. En un país democrático no hay fuerza más alta que la opinión y cuando está al servicio de causas justicieras es sagrada é irrefragable».

Pues bien, este ha sido en verdad el criterio inspirador de la iniciativa lanzada por la Sociedad Argentina de Autores, iniciativa cuyo éxito es debido á vosotros, elementos concientes y altivos que formais el pueblo de Buenos Aires; éxito que debe constituir un incentivo para nosotros en el

sentido de continuar esta campaña iniciada en principio contra las ordenanzas municipales en lo que al teatro en general se refiere, aunque hayamos concretado el blanco porque así convenía á los combatientes en la figura desmedrada y pálida del asintendientil.

Completando mi pensamiento diré que así hemos entendido nosotros dar señales de existencia en estas circunstancias y propendiendo, por lo tanto, al despertamiento de la vida colectiva de cuya falta se resiente este pueblo y á la cual ninguna entidad pensante puede ser ajena.

Y abramos el capítulo segundo, aunque no por segundo menos importante. La Sociedad Argentina de Autores tiene un montón de agravios que exponer contra las autoridades municipales y nunca mejor oportunidad que la presente para darles difusión notoria. No es por cierto el prurito de la queja, vana é inútil siempre, lo que moverá mis labios, pero aunque incurra en la imprudencia de reclamar de este auditorio una atención excesiva debo insistir en homenaje á la importancia del tema.

En la formación de nuestro teatro,—hoy una hermosa realidad ¿porqué no decirlo?— han contribuído tres factores importantísimos: los autores, naturalmente, es decir, el trigo, la materia prima; los actores, y no digo empresarios, por que entonces los actores lo eran, ó sea, el agua con que se

mezcló la masa; y el público que dió el calor de horno en que se hizo la cocción de tan sabroso pan de arte. En toda esta paciente, fecunda y espléndida tarea no intervino jamás para secundar á los trabajadores el aliento del poder público.

Un día, ya la obra en camino del triunfo, las autoridades municipales, avergonzadas quizás de su indolencia al respecto, como un acto de contrición, resolvieron la creación de un premio anual destinado á las mejores producciones dramáticas nacionales. Pues bien, sepa el público por mi boca y asómbrese después: hace tres años que estos premios no se adjudican, pura y simplemente por desidia de la Intendencia, de esa misma Intendencia tan celosa de las ordenanzas cuando deben acatarlas los demás. Aquí salta una pregunta: ¿Qué se ha hecho de esas sumas? ¡Cualquiera sabe en qué renglón misterioso habrán sido involucradas!

En otra circunstancia, y esto es de ayer, se resolvió la creación de lo que dió en llamarse el «teatro popular», votándose una suma considerable para dar gratis al público pobre las representaciones. De dicha suma tocóle á nuestro teatro una parte tan mínima que resulta ridículo mencionarla con exactitud. Más que ayuda fué aquello limosna; y dada con regateos. A eso, es decir: á un premio que no se adjudica y á una limosna regateada, se reduce todo

el apoyo dado hasta hoy por las autoridades argentinas al teatro Nacional, gloria y orgullo de este pueblo. Claro está que esto no constituye una queja sino una constatación de hechos. Yo, más que nadie quizás, y esto por motivos muy míos, me regocijo de tal resultado.

No es esto sólo. Una especie de teatrofobia parece haber invadido las mentes de nuestras autoridades edilicias.

Esta tierra de las libertades escritas, esta tierra que cuenta con la más amplia, más hermosa, más noble, de las cartas fundamentales, ha sido convertida por obra y gracia de espíritus pequeños, en la más burda de las mentiras republicanas.

Una propensión morbosa á la reglamentación, al ordenancismo, al decreto diario, ha dado por resultado un conjunto híbrido, una armazón absurda de leyes imposibles de ejecutarse, imposibles de llevar á la práctica, tan disparatadas, tan fuera de lógica son que, según la gráfica expresión española, no hay Dios que las entienda, incluyendo á quienes las dictaron. Y esto aparte de las imposiciones inconstitucionales esquiladoras, ejercidas contra el contribuyente en forma de impuestos, gabelas, sisas, de toda especie, de todo color, sin pizca de legalidad, y dirigidas directamente, al bolsillo del verdadero pueblo, la mayoría productora y consumidora, esa, la que trabaja de sol á sol y de sombra á

aurora, agotando su músculo y exprimiendo su cerebro en el taller, en la usina y en la misma oficina pública.

Concretando el punto, vamos á poner un ejemplo relativo á la cuestión teatral, demostrador y concluyente. De acuerdo con el presupuesto municipal, un teatro como el «San Martín», por ejemplo, debe pagar un impuesto anual equivalente á la renta producida por un capital de un millón de pesos en cualquier centro europeo.

Es decir, que la municipalidad desempeña en este caso el papel de un negociante leonino que va á pura ganancia en una empresa donde su concurso es mínimo. Suprimanse del presupuesto mencionado estos impuestos, estas sangrías formidables, déjese al teatro con las alas libres y entonces, recién entonces, creeremos en la buena, en la sana, en la noble intención de secundar por parte de las autoridades la obra de los que luchan por la prosperidad del teatro en Buenos Aires.

He de ocuparme también de otro concreto que atañe directamente á los autores.

Según la ordenanza respectiva, la municipalidad prohíbe la entrada al escenario durante la representación, á toda persona ajena al personal artístico del teatro. Pues bien, los autores, según esa ordenanza, no están comprendidos entre ese personal. Es decir, el autor de una obra no puede la noche del estreno de la misma, permane-

cer en el escenario del teatro durante su representación. No he de forzar la nota para convencerlos de lo atentatorio de tal imposición. Va contra todos los derechos. Y conste que estos son simples detalles de la ordenanza.

Respecto al asunto de los premios, se me olvidaba decir que la Sociedad Argentina de Autores, envió hace tiempo á la Intendencia una nota incitando su celo para que cumpliera con su misión de discernirlos. La nota no ha tenido hasta hoy contestación y en tanto las sumas correspondientes permanecen desde hace tres años, como ya lo hice constar, en el renglón cuyo misterio hemos de penetrar algún día aunque sólo sea por espíritu de curiosidad...

En resumen:

- 1º. El intendente no es hombre de gobierno.
- 2º. No es buen administrador.
- 3º. No es cortés...
- 4º. Debe exigírsele la renuncia.

Propongo además que esta asamblea sancione una orden del día por la cual conste que este acto constituye el prólogo de una campaña popular tendiente á obtener la derogación de la actual ordenanza de teatros por inconstitucional y por absurda.

Propongo también que se nombre una comisión formada por delegados de todas las asociaciones teatrales encargada de llevar á la práctica esta aspiración popular.

POLITQUERIAS

Hablan los regeneradores políticos. Dicen: «el voto es el arma mediante la cual los pueblos pueden alcanzar la propia felicidad. Los ciudadanos que rehuyen su presencia á las urnas no merecen el nombre de tales. Abdican, abandónanse al capricho de los acaparadores del poder. Son el juguete, el ludibrio, la befa de los vividores y falsarios. A votar, pues! Que ningún consciente deje de adquirir su libreta cívica! Esa es el arma que impondrá la libertad!»

Hasta aquí la proclama de los bien intencionados. Ahora los hechos.

La propaganda estimula á los celosos ciudadanos que piensan: para algo han de servir las tales libretas cívicas cuando con tanta insistencia se nos incita á retirarlas. Y los celosos ciudadanos múnense de las libretas.

Tienen aún sus dudas. En su fondo ellos saben, intuitivamente los unos, por experiencia los otros, que con Juan ó con Pedro en el poder, salvo rarísimas excepciones muy difíciles de repetirse en estos tiempos en que priman tan mezquinos intereses, la situación política y económica del pueblo ha de ser la misma.

La misma, porque ni Juan ni Pedro, desde las fantasmagóricas alturas gubernamentales, podrían, por mejor animados que se sintieran, transformar este medio ambiente del cual todos son producto. Decididamente las tales libretas no han de servir para nada práctico...

Empeñados en estas disquisiciones filosófico-sociales se hallan los celosos ciudadanos cuando llega el día de la elección. Los partidos regeneradores acuden á las urnas tras la ardiente propaganda. Los celosos ciudadanos, en posesión de sus libretas, hállanse dispuestos á votar. La voz de orden ha sido: *votad por quién queráis, pero votad!*... Y los celosos ciudadanos están resueltos á ello.

Un automóvil recorre las circunscripciones. Va que vuela, de sitio en sitio, llevando por la ciudad á uno de los candidatos, que no es regenerador.

—¿Hay libretas? pregunta en los grupos formados cerca de los lugares donde se realiza la elección. ¿Qué valen?...

Los celosos ciudadanos míranse estupe-

factos. ¿Con que era cierto? ¿Las libretas, realmente, servían para algo? Tenían razón los regeneradores. ¿Valían? ¿Y, cuánto?...

Hubo algunos regateos. Por fin los celosos ciudadanos cerraron tratos. —¿Tanto? Tanto. — ¿Arreglados? Arreglados. Negocio hecho.

Y el candidato del automóvil, que no es un regenerador, es elegido senador por la capital argentina.

LA LEY Y LA VENALIDAD

LO QUE DICE GHIRALDO

Uno de nuestros redactores encontró accidentalmente al conocido escritor Alberto Ghirardo, y conociendo sus ideas, creyó oportuno sondear su pensamiento, con respecto al acto comicial de ayer y la eficacia de la cacareada ley que le ha servido de base.

—¿Qué piensa usted de la ley electoral?

—No creo en su virtud, como no puedo concebir que el país pueda regenerarse en sus costumbres políticas, merced á esa imposición gubernativa. La regeneración tiene que venir por las costumbres mismas y por el grado de cultura y educación que vayan adquiriendo las masas.

Si hasta ayer todos los partidos adolecían de graves defectos, difundiendo en el pueblo prácticas viciosas de venalidad, ¿có-

mo es posible que de un día para otro, merced á una ley electoral extorsiva y atentatoria, fuera de su candidez, pueda enmendarse en uno ó más partidos esos defectos?

Por lo demás, yo creo que esa ley comienza por ser inmoral, desde que atenta contra la libertad, sometiendo al ciudadano á una pena digna de las prácticas inquisitoriales.

—¿Y cómo educación cívica?

—Como educación cívica, la creo más que perniciosa, porque á las malas prácticas de antaño ésta agrega hoy otros factores tan ó más deletéreos y perjudiciales que aquéllos, como son la mentira, el engaño y la hipocresía.

—Usted cree entonces que ni siquiera evita la venalidad?

—Cómo va á evitarla si ayer ha recrudecido la compraventa de votos según tengo entendido, no ya por una sola agrupación, como dicen algunos diarios, sino por todas las que se disputaban el triunfo. Es más, creo que la agrupación política que no haya recurrido á esa práctica, habrá sido porque creían de antemano en la seguridad del triunfo, porque no quería arriesgar capital en esa empresa; pero ya veremos, mañana, con más conciencia de una nueva derrota, si echan mano ó nó de ese recurso que la misma ley no puede impedir.

—¿Tampoco cree usted en la verdad electoral?

—Creo sí, que muchos ciudadanos se han prestado sinceramente á esta nueva comedia gubernativa, pero hoy estará en la conciencia de todos la ineficacia de esa panacea. Por lo demás, un pueblo que llegara á estar en verdaderas condiciones electorales, sería un país que habría alcanzado un grado muy alto de cultura, y que por consiguiente, aspiraría á un cambio de sistema político que lo gobernará y lo administrará.

—¿Y de los socialistas?...

—Creo que ellos están incluídos entre los ciudadanos sinceros que se han prestado á la comedia.

(De «Ultima Hora» — Buenos Aires 1912).

FASTOS OBREROS

PEREYRA

Este cadáver es una bandera! La burguesía argentina nos lo arroja; nosotros lo recogemos. ¡Bandera de guerra, pendón de combate, boca sangrienta, que habla á los pueblos convocándolos á la lucha (con la elocuencia del silencio; más poderoso mil veces, según la frase de Spies,—otro mártir,— que las mismas voces sofocadas por la muerte!

La semilla del odio ha sido sembrada por nuestros enemigos. ¡Que ellos recojan, pues, la cosecha profícua! Porque, fijáos bien, que aquí no se trata ya ni siquiera de un crimen legal; sino de una emboscada, de una traición, de un delito premeditado, consciente, realizado con todo el ensañamiento y la cobardía de quienes creen —¡oh ignorantes!— que es posible dominar, sofocar con cuatro tiros de mauser, un movimiento que obedece á causas tan comple-

jas, tan profundas, tan hondas, como lo son las huelgas en que hoy nos vemos envueltos.

Compañeros: Un consuelo nos queda. La sangre de este luchador no será estéril. Como todas las grandes ideas de redención social, la nuestra es también coronada por una aureola de sangre. Hace poco, diez y ocho años,—una hora, un minuto en la vida de los pueblos,—Chicago exhibía ante el mundo los cuerpos colgantes de sus mártires y las lenguas de los estrangulados, hablando desde sus horcas, hicieron más por la causa y el ideal que una década de propaganda escrita.

Después Milán, Massa Carrara, las dos Cicias, Jeréz, Barcelona, Río Tinto, Valparaiso y Bilbao ayer. Son nuestros fastos, nuestras fechas de gloria y de luto. Cada nombre constituye una mancha roja en la historia del proletariado moderno. ¡Mancha de sangre y de fuego que quema y empapa el mundo y que al extender sus bordes vá despertando á las almas!

Esta vez,—como siempre, podemos afirmarlo,—la autoridad argentina ha mentido por boca de la prensa conservadora. Como siempre, también esa misma autoridad no ha tenido ni siquiera el coraje de aceptar la responsabilidad de sus actos. Por eso ha declarado—¡oh, burda farsa!—que grupos de cientos de huelguistas,—diario existe que hace ascender la cifra de estos á 1.500,

—habían atacado los vapores disparando sus armas contra los marineros encargados de la vigilancia del puerto. ¡ Mil quinientos hombres haciendo fuego contra un destacamento é hiriendo á uno de los enemigos! ¿ Queréis nada más sangrientamente irónico? Y ¡oh poder de la confabulación!—los diarios en su mayoría, salvo rarísimas y honrosas excepciones, por cierto, han presentado al público, al buen público crédulo de esta tierra, el espectáculo de una agresión formidable, de un levantamiento obrero que parecía amenazar destruirlo todo, arrasarlo todo, en medio de una colisión catastrófica. Mil quinientos obreros, resueltos á la acción, me decía hoy uno de los huelguistas en frase característica y por demás expresiva, se hubieran comido á la Prefectura... ¡ Con prefecto y todo, se entiende!

Para explicar el caso, han agregado esos mismos órganos, que la desesperación de los huelguistas ante el fracaso de sus pretensiones los ha arrastrado á la consumación de actos violentos. ¡ Cuando la verdad es que esa desesperación los que la sufren hoy son todos los poderes coaligados en contra de la fuerza obrera incontrarrestable y vencedora á pesar de todo! Porque, no podemos negarlo, en este mismo momento nosotros estamos triunfando al borde de la tumba que se abre, y he ahí como flameando entre el estrago, saldrán

de aquí las ideas á los vientos del mundo vigorizadas con el holocausto de la sangre.

Mártires del ideal nuevo! La sangre del obrero asesinado por las autoridades argentinas, va á agregarse á la vuestra dando brillo á las ideas en marcha y animándonos á todos, á los que quedamos,—resueltos más que nunca á levantar la mirada hasta la cabeza de los déspotas, á forjar las armas que imperiosamente exigen hoy las circunstancias y á dispararlas, certeras, hacia donde levantemos los ojos.

Sellemos este pacto con los muertos. Que entre la sangre de los que caen y las ideas y la acción de los que sobreviven, existe un vínculo sin destrucción posible.

¡Arriba los corazones! Para poder con Goethe lanzar el grito magnánimo: ¡adelante; por encima de las tumbas, adelante!

LOS CIVILIZADORES

Acabo de regresar de mi viaje á Zárate, cuyos obreros en huelga hanme comisionado para hacer conocer al pueblo de la República las causas y los detalles del incidente sangriento á que recientemente se han sentido arrastrados por las autoridades provinciales y en el cual han caído cinco de sus hermanos de causa.

Nuestros informes, recogidos en el teatro mismo del suceso, de labios de respetabilísimos vecinos, cuyos nombres nos reservamos por el momento, teniendo en cuenta la situación anormal creada á la hasta ayer pacífica y laboriosa localidad, nos autorizan para afirmar, muy alto y muy categóricamente, que en éste, como en otros casos análogos, han sido las fuerzas al servicio del

orden las únicas y directas responsables del crimen.

Pasemos á examinar con la serenidad y altivez requeridas los acontecimientos producidos.

Declarada la huelga por los estibadores del pequeño puerto, como acto de solidaridad con los obreros de ésta, al propio tiempo que de defensa contra males exclusivamente locales, el gobierno provincial envió á Zárate un piquete de soldados armados á mauser con el objeto de reforzar el elemento policial y quizás pensando cándidamente — ¿por qué no? — que era esta la forma más práctica de terminar el conflicto establecido entre los que producen trabajo y aquellos que lo explotan.

Un comisario — el mismo de siempre, el cacique moderno dispuesto al malón cristiano, el mismo que en San Martín, trastocando papeles hizo ayer de asesino de indios — es el encargado de ponerse al frente de los soldados de la civilización, que esta vez corren á la matanza del obrero con la misma inconsciencia é idéntica pertinacia delincuente de los exterminadores de razas útiles en nombre del progreso y de la vida...

Unidos, pues, en siniestro consorcio, vigilantes y soldados resuelven al mando de un civilizador, el comisario Facio, dominar el movimiento huelguista de

Zárate, es decir, *enseñar á tiros el trabajo á los gringos atorrantes.*

Al efecto, los vigilantes toman por asalto, violan locales sociales, como el del Centro Obrero, y particulares, como el del secretario Quiroga, infunden el pavor entre las mujeres y los niños y á falta de cerrajeros, abren muebles á bayonetazo limpio, como ocurrió con la mesa escritorio del Centro de la referencia.

Después... ¡Oh! después viene el crimen. Oid.

Allá, al pié de una barranca, estaba oculto el piquete; bien oculto, como que estaba en acecho. Uno, dos carros se acercan. La comisión de obreros en huelga pasa. Ahí va la presa. ¡Atención! La comisión avanza en dirección á los carros. Un huelguista llama al conductor primero, de quién es conocido. ¿Qué pretende? Hablarle, pedirle que secunde á sus hermanos en el movimiento iniciado, que no conduzca mercancías al puerto, que, en fin haga algo por la lucha de todos. Nada más natural. El mismo comisario, el civilizador, les ha dicho á los huelguistas que pueden hacer aquello, que tienen libertad de pensamiento, y hasta les ha inducido para que lleguen á la barranca, sitio el más apropiado para convencer á los carreteros. Por eso estaba allí el piquete.

Diez minutos después todo Zárate sabía la noticia: los huelguistas habían

sido asesinados por las fuerzas del orden al pié de la barranca.

Los caídos eran cinco. He aquí sus nombres: Eusebio Sosa, Eduardo Fernández, N. N. (pudo ocultarse y no he de delatarle á la policía: está herido y curándose fuera de la localidad), Rufino Vera é Hipólito Palacios.

Es de notar que entre estos infortunados obreros figuran algunos que, como en el caso del joven español Eduardo Fernández, cayeron empuñando en sus manos las armas del trabajo. Mientras durara la huelga, Fernández había resuelto ocuparse en un trabajo de desmonte, y allí al pié de la barranca, se encontraba, pala en mano, cuando sonó la primera descarga de los soldados del orden...

Para demostrar que se ha tratado de una traición realizada por la autoridad, bastaría citar el dato de que no existe un solo herido de su lado. Ni el menor rasguño...

Sin embargo, acompañados de un sumario voluminoso, en el que se me asegura figuran declaraciones de varias mujeres y niños que *han visto* (¡los pobres!) el atentado, han sido trasladados á San Nicolás los obreros Juan M. Urruchua, Juan Gualdi, Hipólito Bustos y Tomás Altadín, acusados por disparos de armas... ¡Oh, al aire naturalmente!

Esto es lo ocurrido. Así es cómo las

autoridades de la primera provincia argentina han pretendido dominar un movimiento, que, como el que nos ocupa, obedece á causas tan profundas, tan hondas, á cuyo fondo no llegan, no pueden llegar nuestros ignaros gobernantes.

En cuanto al estado actual de ánimo de los obreros zarateños en huelga, es como se comprenderá, de exacerbación. Acosados en toda forma por las autoridades, perseguidos como fieras, véense forzados á reunirse ocultamente con el objeto de prepararse á la defensa, ya que se les presenta un caso de vida ó muerte. Claro está que esto indicaría que el mal apuntado no ha hecho sinó producir su primer efecto. No puede, pues, responderse de las consecuencias de una situación tan violenta.

—¿Con qué razón? ¡Con la razón del hecho! han dicho las autoridades. Humano es esperar que los obreros piensen y accionen de acuerdo, ya que la razón estaría en su caso por partida doble.

ACLARANDO UN REPORTAJE

A Carlos Vega Belgrano,
Director de «El Tiempo»

Estimado amigo:

Del reportaje publicado ayer en *El Tiempo* respecto al atentado de Madrid parece desprenderse que, según mi criterio, solo los miserables y los desesperados fueran capaces de realizar un acto como el de Morral.

Pues bien, no opino así. Creo que estos hechos no son sinó «resultados» y como tales los analizo pensando que una organización social basada en la injusticia, el abuso, la opresión y el despojo tiene forzosamente que originarlos. El atentado no es sino una forma de exteriorizar la violencia desorganizada de abajo en lucha permanente contra la violencia organizada

de arriba. Naturalezas férreas como las de Morral, que no era un miserable, ni un desesperado, — pueden encontrar ese único cauce para dar expansión á sus energías. Como observadores serenos de la vida tenemos, pues, que considerar estos actos como simples «consecuencias», en las que pueden intervenir actores muy conscientes.

Es este el concepto que deseo aclarar en *El Tiempo* de hoy para evitar cualquier mal entendido ó interpretación errónea. Estas líneas más que una verdadera rectificación constituyen una aclaración considerada por mi imprescindible ya que no tengo porqué dudar de la buena fe del redactor encargado del reportaje.

Por otra parte, me repugna y entristece el derramamiento de sangre humana ; pero como no pertenezco al género de los moji-gatos, hágame un deber en declarar, con toda franqueza, que comienzo sintiendo repugnancia por la que derraman los de arriba.

Pensáramos así todos y á buen seguro que evitado habríamos la ocasión de presenciar espectáculos como el de la calle Mayor, insignificantes, por cierto, desde el punto de vista «criminal» si se les compara con los provocados en guerras devastadoras por gobiernos ambiciosos ó en catástrofes obreras por la avaricia y crueldad de la actual organización económica.

UN MANIFIESTO

FERRUCCIO ZAPPALLORTI (1)

Supo morir. Fué un bueno y como tal cayó. Su muerte fué un ejemplo. Cuando se es capaz de morir así es porque se ha sabido vivir. Obreros, hermanos: imitemos esa vida, aprendamos en ese ejemplo.

Defendiendo sus derechos de obrero y de hombre, desafiando las iras de una autoridad tirana puesta como la de hoy al servicio incondicional de los patronos, Ferruccio Zappallorti, — sangre de mártir, — contribuyó en un día sombrío á marcarnos el camino del triunfo, el camino de la rebelión y de la luz.

En las horas trágicas del proletariado

(1) Obrero asesinado por las autoridades argentinas el 3 de Enero de 1903.

argentino, como Ocampo, como Pereyra, Zappallorti tiene su minuto inmortal de gloria. Los bravos no mueren, viven en la mente de los pueblos porque su energía no se pierde, porque la acción desarrollada por ellos transfórmase en fuerza latente, en corriente poderosa de actividad incansable que va incendiando los pechos en entusiasmos generosos, en odios grandes, en amores fecundos.

El quinto aniversario de esta muerte, viene á sorprender al proletariado de esta tierra en uno de sus momentos más difíciles, quizás el más difícil porque haya atravesado hasta hoy la organización obrera. Una ley coercitiva, violadora de garantías, es puesta en acción por tercera vez para dominar las altiveces del elemento productor. La implantación de esta ley erigida como sistema ha engreído á las autoridades y al capital, quienes ven en ella algo así como una áncora de salvación frente al mar proceloso de las huelgas. El estado de sitio esgrimido como arma decisiva contra el proletariado, amenaza convertirse en peligro permanente. Ya se anuncia por medio de los voceros oficiales que el gobierno resolverá la prórroga por tres meses de la ley marcial que vence el 8 de Enero corriente si los gremios obreros pretenden levantarse en defensa de sus derechos conculcados. Se exige, pues, el sometimiento pre-

maturo, la claudicación inmediata, el dolo perentorio. En caso negativo el torniquete continuará apretando el brazo para que este no se alce, el dogal ciñendo el cuello para que la lengua no grite. ¡Es necesario romper el torniquete, cortar el dogal, para que juegue el brazo á riesgo de atrofiarse, para que hable la lengua en peligro de enmudecer para siempre!

Nunca más oportuno entonces que hoy el recuerdo de los compañeros que como Ferruccio Zappallorti han hecho el sacrificio de sus vidas en aras del ideal obrero. Honremos su memoria demostrando que somos dignos de esos sacrificios, capaces de continuar la obra iniciada por los mártires, resistiendo con todas nuestras energías la obra nefasta de la autoridad empeñada en anular nuestras conciencias para entregarnos inermes — máquinas de trabajo y de explotación — á manos del enemigo.

¡Obreros, hermanos nuestros! En memoria de Ferruccio Zappallorti levantemos y resolvamos sostener esta voz: *¡Contra la prórroga del estado de sitio, la huelga general!*

LA HUELGA DE BAHÍA BLANCA

La prensa diaria ha informado ya al público de la causa de la huelga. No hizo comentarios, pero los hechos holgaban. 2000 hombres más eran escarnecidos y explotados; 2000 hombres más padecían miseria; 2000 hombres más eran juguete de una camarilla capitalista; 2000 hombres más no recibían siquiera el miserable salario porque se habían contratado!

Todos los compromisos eran para sus empresarios (el F. C. del S.) como escritos en el agua que corre.

Hasta en las pulgadas de trabajo realizadas se les robaba. Los obreros pusieron esto en evidencia y la empresa pagó.

Esto era como quien roba distraído... Conscientes de su derecho y fuerza, se organizan los trabajadores en sociedad de resistencia. La empresa siente entonces que flaquea su sistema de explotación, rompe compromisos nuevamente contraídos, quita el trabajo á los obreros y lo entrega á la voracidad esquilmante de los contratistas. Se licencian cuadrillas, se hace en fin cuanto se puede para desbaratar aquella unión.

La policía, — al fin instrumento, — realiza torpe obra de imposición; quita las carpas á los huelguistas, encarcela á los más entusiastas y despliega contra los trabajadores todo un amenazador aparato de fuerza. Entonces, los obreros, acosados por la miseria, buscan arreglo. Proponen:

- 1º. Eliminación de contratos.
- 2º. Reconocimiento de la sociedad obrera.
- 3º. Restablecimiento de los jornales antiguos.

La compañía no acepta. Quiere reducirlos por hambre y paraliza la obra.

Hechos de dolor, fuertes como robles, músculos conscientes, energías vibrantes—fibra, pasión, luz, hierro hecho carne, luz hecha nervio—toda esta condensación de vida, ahí está, juguete miserable de cuatro

mercachifles y diez sayones: una empresa carnicera y una autoridad asesina!

¿Quién detiene el torrente, qué poder invisible, qué dique misterioso, qué tajamar inviolable pone límite á la ola henchida de pujanza que, bravía y loca—loca de dolor y de coraje—esperamos, á cada paso, ver saltando con ímpetu destruyendo obstáculos para extenderse fecundante, majestuosa y serena después de la convulsión? El más meditado estudio sobre psicología individual y colectiva no nos llevaría, en este caso, sino á un terreno de asombro, á pesar de todas las deducciones que, con apariencia de lógica, pueda extraer el sabio más sesudo.

¿Que no estalle una fuerza que se comprime? ¿Que no se rebele el fuerte á quién se quiere aplastar? ¿Hay lógica en ello?

¡Mentira! Eso se demuestra pero....
¡ilógicamente!

UN 1º DE MAYO EN BUENOS AIRES

¿Lamentos? ¿Indignaciones? Ni lo uno, ni lo otro. Razón. Tenía que ser así. Por lo demás, en todas partes pasa lo mismo. No es verdad, como lo ha expresado la prensa llorona, que en París, en Londres ó en Madrid, acontezcan los hechos en forma distinta. Las calles de las grandes villas,—París, Londres, Madrid,—yá están nombradas,—saben más, mucho más que las nuestras de sangre obrera y policiaca derramada en el ara de los modernos dioses.

—¡Pobres obreros!

—¡Pobres vigilantes! ha dicho por boca de su vocero, la autoridad delincuente. Y todos nos compadecemos. ¡Tenemos todos almas tan sensibles!..

Pero ¿y quién tiene la culpa? ¡Ah, cán-

didos! Pues, yá se sabe: los obreros, ¡los pobres obreros! Y los vigilantes, ¡los pobres vigilantes! Como si dijéramos: todos los pobres...

Y es así.

—¿Una lágrima? ¿Sobre el mar una más? ¡Para qué! ¡Nó, hermanos! Se llora para ahogar la pena. Nosotros no debemos ahogarla. Al contrario. Avivemos la llaga. hurguemos en ella, con uñas, con garras. Para que grite y se subleve. Lloran los vencidos, los doblegados, los frágiles, los que yá no han de levantar las frentes. ¡Pero, nosotros!... ¡De cara al sol siempre; hasta caer, triunfantes!

—¿Y ellos? ¡Ay, ellos! Las sombras los envuelven. Sobre sus cuerpos si que hay polvo de derrota. Acordáos. Cánovas del Castillo: Monjuicht. Humberto 1º: los hambrientos de Milán. Mac-Kinley: los troust yanquis. Julio Argentino Roca y José Figueroa Alcorta: las matanzas de obreros en Buenos Aires el 1º de Mayo de 1904 y el idem de idem de 1909.

—¿Y ahora?

—Ahora pun...to!

FIN

INDICE

I—Balance social de un pueblo ...Pag.	5
II—Por el respecto á la vida	» 48
III—Guerra á la guerra	» 58
IV—Credo estético	» 79
V—El regionalismo en el arte	» 92
VI—La trata de blancas	» 99
VII—Ecos de un crimen	» 102
VIII—Frente a frente	» 108
IX—Intenciones	» 112
X—«La Protesta»	» 116
XI—Un descubrimiento y una opinión	» 121
XII—Leyes de residencia y de defen- sa social	» 124
XIII—Contra el crimen legal	» 140
XIV—Contra las leyes anti-sociales...	» 146
XV—Universidades libres	» 152
XVI—Buenos Aires misterioso	» 155
XVII—Estudios penitenciarios	» 159
XVIII—Contestando á una encuesta....	» 163
XIX—Sociedad Argentina de Autores Dramáticos	» 165

xx—Mi candidatura.....	Pag.	170
xxi—En la tumba de Carlos Ortiz...	»	172
xxii—«Sangre Nuestra»	»	174
xxiii—Barrett.....	»	177
xxiv—Mi absolución.....	»	179
xxv—Otra orden de prisión.....	»	182
xxvi—Nuestra voz.....	»	185
xxvii—«Vientos de fronda».....	»	189
xxviii—El cierre de los teatros	»	194
xxix—Politiquerías.....	»	205
xxx—La ley y la venalidad.....	»	208
xxxi—Fastos obreros.....	»	211
xxxii—Los civilizadores	»	215
xxxiii—Aclarando un reportaje....	»	220
xxxiv—Un manifiesto.....	»	222
xxxv—La huelga de Bahía Blanca.....	»	225
xxxvi—Un 1º de Mayo en Buenos Aires	»	228



OBRAS DE ALBERTO GHIRALDO

VERSO:

Música Prohibida
Triunfos Nuevos

PROSA:

- *Los Nuevos Caminos*
- Carne Doliente*
- Gesta*
- La tiranía del frac...*
- *Crónicas Argentinas* (Tomo I)

TEATRO:

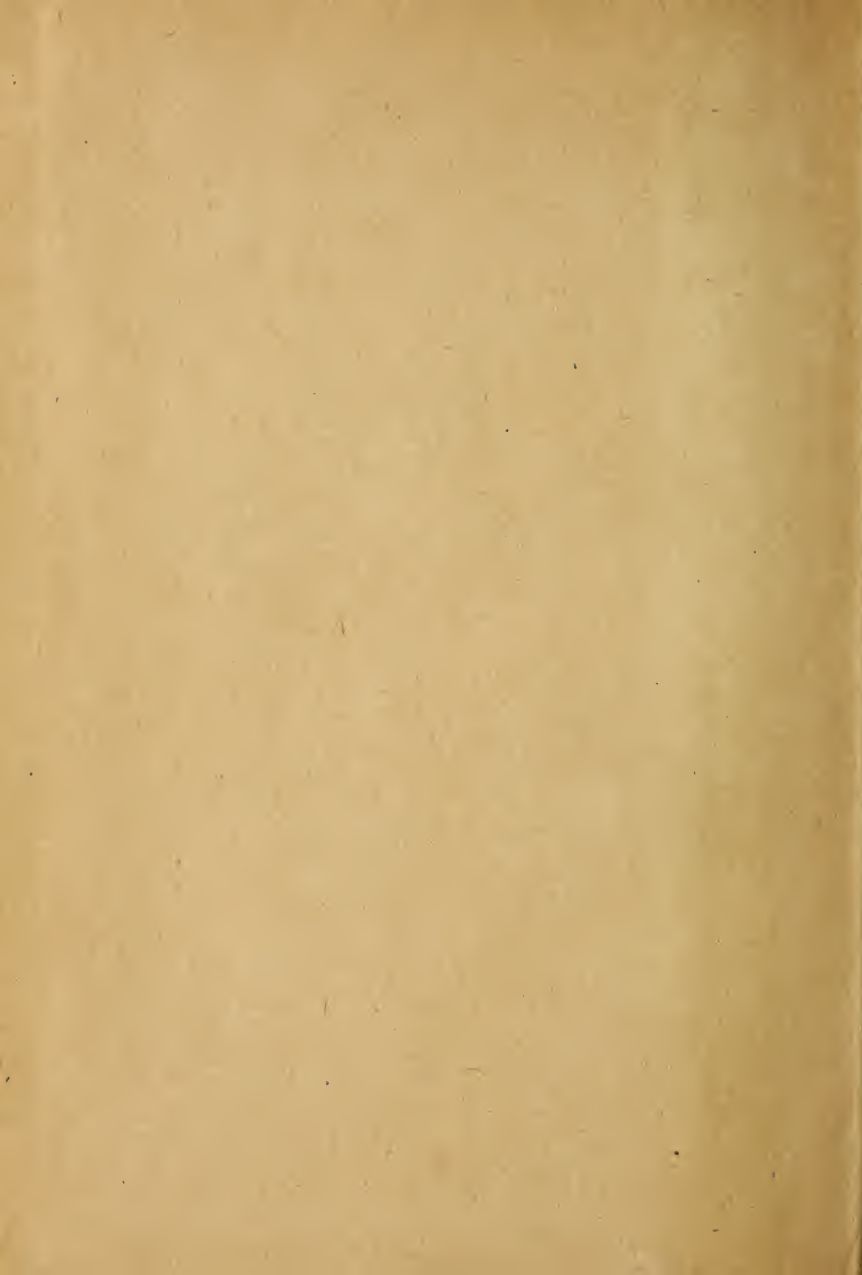
Alas — 1 acto
Alma Gaucha — 3 actos
La Cruz (en colaboración) 3 actos

A PUBLICARSE:

La Columna de fuego (drama en 3 actos)
Madre anarquía (versos)

DEPÓSITO DE ESTAS OBRAS:
ADMINISTRACIÓN DE "IDEAS Y FIGURAS"
462 - CORRIENTES - 462
Buenos Aires





Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

